

Agnès Ledig

Lo único que importa

Grijalbo narrativa

AGNÈS LEDIG

Lo único que importa

Traducción de
Teresa Clavel

Grijalbo

SÍGUENOS EN
megustaleer



[@Ebooks](#)



[@megustaleer](#)



[@megustaleer](#)

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

Lo único que importa

*A Emmanuel,
a mis hijos, por descontado,
y más en particular a mi hija.*

*A todas las sirenitas...
Y a esos hombres sensibles y delicados
que saben amarlas de verdad.*

En el fondo de uno mismo,
en la oscuridad de las fallas
profundas,
es donde a veces encontramos
fuerzas
para luchar por la luz.

El amor sin respeto no es amor.
Tomar conciencia y escapar de él
no constituye
ni un fracaso ni tampoco una
derrota,
sino una gran, grandísima,
victoria.

Después, la oscuridad

Ella nos suplica de rodillas que salvemos a su hijo.

Estoy en primera línea, no tengo elección, debo ir. Ni siquiera es una cuestión de elegir, sino de honor, de dignidad. Por eso me dedico a esto.

Se trata de una vida humana, ahí, ahora, la de un niño, el hijo de esta mujer en el suelo. La acción no admite ningún titubeo.

El apartamento en llamas está en el octavo piso. La escalera es inaccesible. La madre, aterrorizada, grita que su hijo está ahí arriba, solo. Salió a comprar mientras el niño dormía, y a su vuelta ya se había formado una aglomeración de gente, atraída por el humo negro que escapaba por las ventanas. Nos implora juntando las manos y se balancea adelante y atrás. No sé si es una muestra de locura pasajera o si se acuna a sí misma en busca de un consuelo imposible. Quizá ambas cosas. Es una mujer negra, lleva un caftán bajo una cazadora deformada, con los puños raídos y desabrochada sobre una barriga enorme que anuncia la llegada de un bebé, y unas chanclas pese al frío de este mes de febrero. Verla de rodillas, desesperada, me vuelve loco.

Me llamo Roméo Fourcade, tengo veinticinco años y soy bombero profesional. Soy sargento-jefe responsable de la EPA, o, dicho popularmente, de un camión con escalera extensible.

En acto de servicio, avanzo como un soldado en el frente, intentando llegar lo más lejos posible en medio de los obuses. Con rabia. También con miedo. Hace falta un poco de miedo para seguir con vida.

—¡Sargento, rescate por el exterior con la escalera extensible!

Obedezco. Me meto en la cesta y, justo antes de que empiece a elevarse, engancho el mosquetón a mi arnés, bajo la chaqueta. Me coloco la botella de aire comprimido sobre la espalda y me pongo la máscara. El Romeo de los tiempos modernos. Más práctico para encaramarse al balcón.

Si fuera para encontrarme con mi Julieta...

¡Anda ya!

Por un instante, pienso en el SMS de Carine que he recibido esta mañana. Me deja.

«Me voy, ya no te quiero, lo siento.»

Me deja a través de un SMS. ¡Qué vergüenza! Lo siente, al menos. ¡Es una vergüenza de todas formas! Pero ante el vacío, el verdadero vacío, frente a este edificio, debo concentrarme. Un niño me está esperando ahí arriba, y desde abajo su mamá me suplica. Entonces, sin pensar ya en nada, miro hacia la ventana convertida en chimenea. Hacia la mitad del recorrido, distingo una voz entre el ruido de mi propia respiración, que resuena bajo la máscara. Está vivo. El humo negro que escapa por la ventana permite imaginar la violencia de las llamas en el interior. Haré lo que sea para salvarlo. Lo que sea.

Me faltan dos metros para llegar. A través del auricular, mi superior me ordena que no corra riesgos innecesarios.

La rabia ha sofocado el miedo. A quien oigo es al niño, lo demás me trae sin cuidado.

Salvar al niño.

Al pisar el alféizar de la ventana, justo después de haber desprendido el mosquetón del arnés, noto un sople abrasador y salgo disparado por los aires.

Después, la oscuridad.

¿Quién es Josiane?

Atar a los enfermos para que no se arranquen los tubos me rompe el corazón.

Me he pasado parte de la noche de palique con un hombrecillo regordete y calvo de ochenta y cuatro años. Era eso o las correas. He preferido hablar. La unidad estaba vacía, podía permitírmelo. Es algo excepcional. Si no, el paciente habría permanecido firmemente atado a la cama, con la mirada angustiada, o tal vez furiosa.

Las chicas del turno de día nos informaron de que había sufrido un ictus por la mañana y que, desde entonces, repetía las mismas palabras en bucle. Por la noche, pese a todas las sondas que lo conectan a las máquinas, quería levantarse para irse. Quería ver a Josiane. Cuando le preguntábamos quién era Josiane, respondía: «Pues Josiane».

Vale.

Hemos leído su historial. Su mujer se llama Colette, y su hija, Sandrine. No tiene hermanas. Vaya por Dios. Total, que al terminar mi guardia esta mañana me he llevado conmigo el misterio Josiane. Lo único que puedo decir es que, cuando le he preguntado si esa tal Josiane había sido importante para él, sus ojos perdidos en el vacío se han enrojecido y dos lágrimas han resbalado por sus mejillas, una por cada una, bien paralelas.

Mañana por la noche volveré. Teniendo en cuenta su estado, seguirá allí, a no ser que muera en el intervalo, cosa que no le perdonaría. La verdad, irse sin haberme revelado su secreto, hacerme eso a mí, con lo amable y servicial que soy, sería de muy mal gusto. Espero que en mi próxima guardia no me encuentre todas las camas llenas y que se le haya pasado ese deseo irreprímible de partir en busca de Josiane. No soportaría tener que atarlo. Sobre todo, espero que deje de hablar de Josiane cuando su mujer vaya a verlo por la tarde, sería un desastre.

Acaban de ponerme la primera inyección en el vientre. Ya está, comenzamos el

tratamiento para conseguir que mi cuerpo se preste a concebir ese bebé que tanto deseo. Reproducción asistida. Inyecciones, hormonas, muestras, análisis, efectos secundarios e incertidumbres, no muy romántico para convertirnos en padres. Pero, dado que mi cuerpo no quiere hacerlo de otro modo y mi cabeza lo desea tanto... Estaría dispuesta a dar la vuelta al mundo en globo para ser madre. A viajar a la estratosfera, a cruzar los mares a nado, incluso a vivir un año con mi suegra. Es un decir.

Me voy a acostar, con el antifaz y los tapones de cera para no oír los ruidos de la calle y recuperarme un poco antes de volver al trabajo. Me agota encadenar guardias como nos piden ahora, porque hay tres bajas por enfermedad y dos permisos de maternidad sin sustitutos. Un día el sistema explotará. Cuando se tensa demasiado la cuerda, al final se rompe. El año pasado una compañera estuvo seis meses de baja por estrés. Sin sustituto, por supuesto. Seis meses más difíciles aún para los demás... Y con el consiguiente riesgo del efecto dominó, afortunadamente esquivado, pero ¿por cuánto tiempo?

Pese a todo, no quiero dejar escapar ninguna oportunidad. No puedo seguir esperando, necesito sentirme completa y realizada. Y sé que esa sensación llegará con un embarazo. Completa y llena de vida, llena de otra vida.

Tengo que dormir...

Una bruma suave

He pasado de la oscuridad a una especie de bruma rojiza. No distingo las caras, pero veo sombras y oigo diálogos, reconozco voces, la de mi jefe en particular, que me pide que aguante, que resista, me dice que me llevarán enseguida al hospital. Los ruidos se amortiguan en una especie de neblina en la que floto agradablemente. Mi jefe me dice que no me preocupe.

No estoy preocupado. ¿Por qué iba a estar preocupado?

Después, la bruma se disipa.

¿O soy yo quien desaparece?

No entiendo lo que me pasa. No me duele nada, pero no puedo hablar ni moverme, y solo tengo un brazo, el otro parece lleno de aire. Ni siquiera sé si sigue ahí.

Recuerdo vagamente que, mientras la escalera se elevaba, estaba pensando en Carine y mi jefe me dijo: «Vigila tu espalda». Y después, nada más.

Ahora que lo pienso, estoy tumbado boca arriba. Eso significa que mi espalda aún conserva cierta consistencia...

En cuanto a lo demás, todavía no lo sé.

Oigo otras voces, desconocidas, y noto que manipulan mi cuerpo, que cortan la ropa que llevo, alguien se pone nervioso porque no lo consigue y, justo antes de perder el conocimiento, oigo una vez más a ese niño que me llama.

La ecuación del deseo

Laurent me ha despertado cerrando la puerta sin ningún cuidado al volver del trabajo, alrededor de las seis. Es la primera vez que duermo tan bien entre dos noches de guardia. La verdad es que lo necesitaba.

—Hola, cariño. ¿Todavía estabas durmiendo?

—Sí.

—¿No hay nada preparado para esta noche?

—No he tenido tiempo.

—Vengo con hambre.

—Perdona. Últimamente estoy cansada.

—Yo también. No es fácil dirigir una sucursal bancaria, ¿sabes? Aguantar a todos esos pobretones que vienen a hostigarnos esperando que les concedamos un préstamo desgasta mucho. Pero lo hago por ti. Tú podrías hacer un esfuerzo por mí, ¿no?

Me he ido a la ducha. No le falta del todo razón. Trabaja mucho. Yo podría haber puesto el despertador para que sonara un poco antes. Pero últimamente estoy cansadísima. Y debo descansar como es debido para que las cosas me sean favorables. Al salir del cuarto de baño, lo veo delante del ordenador, y en la cocina no hay nada preparado. Se pasa el día frente a una pantalla en la oficina y en cuanto llega a casa se pone delante de otra. Hay cosas que se me escapan.

Tengo que irme. Cojo de la despensa lo primero que encuentro para comer sobre la marcha y salgo de casa después de darle un beso en la mejilla, ante unos ojos ausentes, demasiado obnubilados por la pantalla. De todas formas, cuando mira los mensajes no ve nada más. Sé que después se pasará horas jugando a juegos de guerra para desfogarse después de la jornada de trabajo estresante. No estoy segura de que vaya a cenar. Probablemente comerá alguna porquería entre partida y partida, y con eso tendrá bastante. En cuanto a mí, me conformaré con el plato insípido que sirven en el hospital: zanahorias blandas ralladas, metidas en un recipiente plastificado y sumergidas en una salsa cien por cien industrial, y

dos rodajas frías de asado de cerdo semejantes a la suela de los zuecos que llevo para trabajar.

Esta noche estoy motivada por el misterio Josiane para ir a hacer la guardia, y tranquila porque trabajaré con Guillaume, el enfermero del equipo. Es amable, alto y fuerte, muy fuerte, lo que permite pasar una noche agradable y tranquila en los pasillos oscuros del hospital. Sobre todo desde el año pasado, cuando un drogadicto con mono de metadona agredió a una compañera.

Guillaume, con sus veinticuatro años y su metro ochenta y cinco de estatura, introduce un CD de Charles Trenet en el lector de la sala de descanso y, mientras arreglamos el mundo, nos comemos unas magdalenas que ha hecho por la tarde. Dudó entre hacerse enfermero o pastelero. Acertó en la elección. No sé cómo lo verá él, para para sus compañeros es indiscutible. Le resulta más fácil hacer pasteles siendo enfermero que dispensar cuidados a la gente siendo pastelero. Y de esta forma, yo salgo ganando.

Lo primero que pregunto a mis compañeros en el momento de efectuar el cambio de turno es si el hombre que buscaba a Josiane sigue ahí.

Sí, todavía está.

Qué alivio. Con un poco de suerte, mi curiosidad se verá satisfecha.

Ha vuelto en sí y ya no habla de la tal Josiane.

¡Vaya!

De todas formas, le tiraré de la lengua. Mis compañeros siguen sin comprender que preste atención a ese tipo de detalles, pero yo me intereso por el paciente en su conjunto. Tratamos un cuerpo que alberga un alma. Cuando a esta lo atormentan pensamientos, ¿cómo se puede curar el cuerpo?

Por lo demás, se le han pasado las ganas de levantarse de la cama. Lo cual es una buena noticia. No necesitaremos atarlo. Durante la noche anuncian el ingreso de un caso grave. Un hombre de veinticinco años en muy mal estado. Bombero en acto de servicio, caída desde un octavo piso. Están intentando salvarle el brazo en el quirófano. El box está preparado, estamos esperándolo. Todo dependerá de la destreza de los cirujanos. A veces llega a la categoría de milagro. Hay uno en el equipo que se llama doctor Merlin. Un auténtico mago. Si es él quien opera esta noche, el paciente debería conservar los dos brazos. Un día, mientras tomábamos café, el doctor Merlin nos contó que de pequeño le encantaba el modelismo, que se pasaba días enteros uniendo piecitas para construir aviones y que no paraba hasta que conseguía que volaran. Debe de plantearse el mismo tipo de reto en el quirófano. Las enfermeras de su entorno

aseguran que con él más vale haber hecho pis antes de que empiece la intervención, porque no cuenta las horas y exige que el equipo al completo esté disponible en todo momento para no tener que esperar nunca cuando pide un instrumento.

Como todavía no han anunciado la llegada del nuevo paciente, voy a sentarme al lado del hombrecillo y le pregunto si ha podido ver a Josiane.

—No, claro que no.

—¿Por qué dice «claro que no»?

—Porque murió.

—¿Quién era Josiane?

Él mira hacia arriba, como para pensar.

— Hay queso en el techo —dice al cabo de un momento.

—¿En serio?

—Sí, hay que bajar la calefacción, si no, se fundirá.

—Voy a ocuparme de eso.

Salgo de la habitación diciéndome que no resolveré el misterio Josiane. En reanimación estamos acostumbrados. Los sedantes y los analgésicos fuertes a veces les hacen ver elefantes de color rosa. De todas formas, las lágrimas de la noche anterior eran reales. Pero, así son las cosas, se marchará con su Josiane toda para él solito.

Si no acaba gratinado antes. Tengo que pedir que bajen la calefacción.

Cuando llego a la sala de descanso, mi compañero está tarareando *Que reste-t-il de nos amours*. Ha sacado una caja metálica y, al verme, dice:

—He hecho *macarons*.

—¿Estás de broma?

—No, ¿por qué?

—Porque me encantan. ¿De qué sabor?

—De frambuesa.

—¿Cuántas guardias quieres que te haga?

—¿Perdón?

—Debes de querer pedirme un favor, si intentas complacerme tanto, y como tienes doce años menos que yo, no debe de guardar ninguna relación con mi cuerpo.

—Aparte de las cuestiones de prohibición legal, la edad no interviene en la ecuación que explica la atracción de los cuerpos.

—¿Y cómo es esa ecuación?

$$\frac{\text{Imaginación} + \text{ondas vibratorias} + (\text{carencia} \times \text{ganas})^2 - \text{culpabilidad}}{\text{Cultura emocional} + \sqrt{\text{miedo a no reciprocidad}}} = \text{deseo}$$

—Un verdadero programa. ¿Y qué tiene que ver la pastelería con eso?

—La pastelería no forma parte de la ecuación del deseo, pero tiene su utilidad en la fase de realización.

—¿Deseo + pastelería = paso a la acción?

—Menos contigo —me dice Guillaume poniendo cara de decepción, e inmediatamente añade—: ¡Es broma, ES BROMA! Era simplemente para tener un detalle contigo. Es una lástima que vayas a irte de la unidad.

—Voy a subir unas plantas, a trauma. No estaré muy lejos.

—Sí, pero ya no trabajaremos juntos.

—Nos veremos cuando hagamos intercambio de pacientes.

—Acaban de llamar las chicas de quirófano. Nuestro hombre llegará dentro de una hora.

—Tenemos tiempo de saborear uno o dos *macarons*...

—¿Cómo está el paciente de la 3?

—Ve queso en el techo.

—No me extraña. Desde que pusieron el falso techo de placas decoradas con agujeros, les ha pasado a varios pacientes.

—Y no me enteraré de quién era Josiane.

—¿Tan importante es?

—No.

El enamorado de Josiane duerme como un niño de pecho. Guillaume se ha apostado delante del ascensor para sujetar las puertas a los camilleros. Yo espero en el pasillo. Pienso en lo que acaba de decirme acerca de la insignificancia de la diferencia de edad en la atracción de los cuerpos. Tiene la habilidad de dejar caer frases importantes en momentos en que podrá escabullirse inmediatamente después y dejar que el destinatario se las apañe solo desentrañando el significado.

Me quedo desconcertada unos instantes. Guillaume es un chico estupendo.

El herido se encuentra en un estado lamentable, pero tiene los dos brazos. El doctor Merlin ha vuelto a conseguir reparar una de sus maquetas. Aunque esta ha volado por los aires antes de que él la reconstruyera.

¡Anda!, hablando del rey de Roma...

El cirujano se acerca a nosotros, con la mascarilla de quirófano bajada hasta el cuello y el gorro todavía puesto. Mueve nerviosamente la mano en dirección al paciente y lo señala con el índice.

—A este me lo vigiláis como si fuera un cazo de leche al fuego, no me gustaría haber pasado tanto tiempo trabajando en su brazo para tener que amputarlo dentro de tres semanas por culpa de una infección tonta.

—¿Ha sido complicado? —pregunta Guillaume.

—Creo que es mi mejor caso. Si conserva el brazo, me marco un artículo en la revista norteamericana de traumatología —responde Merlin con una sonrisa de cirujano.

Justo la que queda un escalón por debajo de Dios.

Acto seguido, nos da las instrucciones de sedación y va a acostarse, confiando en que ninguna urgencia lo saque de sus sueños de maquetas volantes.

El chico que ocupa esta cama tiene todo el aspecto de un bombero. Pelo cortísimo y hombros anchos, un cuerpo musculoso y una cara cuadrada que se adivinan bajo las heridas cubiertas de vendajes, las contusiones y la hinchazón generalizada. Cada vez me resulta más doloroso cuando los pacientes son bomberos que han sufrido politraumatismos en el ejercicio de sus funciones. Porque deben salvar una vida y ponen la suya en peligro. ¿Cuántos lo hacemos?

No sé si en la vida de este hay también una Josiane, pero lo que sí sé es que no saldrá pronto de aquí. Me siento junto a él y cojo su historial para leerlo tranquilamente.

Roméo Fourcade. Un nombre nada común. Eso me hace sonreír. Y con razón. Veinticinco años. Qué joven...

Persona de confianza: el señor Klein, capitán de la brigada de bomberos. Debe de ser el que lo acompañaba al llegar a urgencias. Qué raro que no sea alguien de su familia. En el historial no consta nadie más. Normal, en una admisión de este tipo van lo más deprisa posible.

La lista de sus males es vertiginosa. No la leo entera. Nuestro trabajo consiste en comprobar si se mantiene estable el resto de la noche. Dejo el historial y lo miro. No todos salen de aquí. En este caso, el riesgo de que pierda la vida parece descartado, pero la experiencia me ha enseñado que nunca hay que cantar victoria demasiado pronto.

Una conciencia sin conciencia

Paso de la oscuridad a la bruma como en una especie de bucle. Cuando estoy en la bruma, siento un dolor terrible. Noto una presencia a mi lado. Quizá el olor de un perfume. Quizá el ruido que se hace al pasar páginas. O puede que sea una respiración. No lo sé, percibo sin poder concretar. Y vuelvo a sumergirme en la oscuridad cuando el dolor es demasiado intenso. Acabo por refugiarme en ella.

Me gustaría abrir los ojos y no lo consigo. Moverme, menos aún. Tengo la impresión de que lo único que me funciona son los oídos y algunas neuronas. Y todos los receptores del dolor. Esos están en plena forma.

No sé qué ha pasado, no sé dónde estoy, tal vez ni siquiera sepa quién soy. Soy una conciencia en un cuerpo ausente, una conciencia que no tiene conciencia de nada, salvo de no saber.

Me sumerjo de nuevo en la oscuridad. Aliviado de alejarme de la dolorosa bruma.

Querido Tú:

En las uñas de las manos el esmalte ya está seco, así que puedo escribirte mientras se me seca el de los pies. El separador de dedos que me ha prestado Charlotte hace mucho daño. Está visto que para presumir hay que sufrir. Pues nada, sufriremos. Mi hermano va a estar fuera cuarenta y ocho horas, y mañana veré a Raphaël. Se le cae la baba cuando me esfuerzo en ser femenina. Mi hermano cree que maquillarse no es propio de mi edad y que si lo hago provocaré a los chicos. Pero, de todas formas, los del insti ya están calientes. En posición ON desde que se despiertan, así que, cuando ven pasar a una chica, un poco de rímel en los ojos o de esmalte azul en las uñas no cambia nada. Me lo quitaré cuando llegue mañana por la noche.

Esta mañana, después de tres intentos fallidos de metérmela de pie contra la pared del retrete del insti, el escuchimizado de Dylan ha acabado por darme la vuelta. Yo tenía la cabeza justo encima de la taza del váter. Muy práctico, si me entraban ganas de vomitar. No ha sido el caso, sé aguantarme, no creas. También ha tenido que ponerse tres veces el condón porque al elegir la talla en el supermercado confundió los deseos con la realidad y, claro, se le salía a cada momento. Paraba de moverse cada vez que alguna chica empujaba la puerta de los lavabos. Nos quedábamos inmóviles, no nos atrevíamos ni a respirar mientras ella hacía pis, a veces soltando un pedo porque pensaba que no había nadie. Luego Dylan volvía a la carga, mecánicamente. Menudo alivio cuando por fin ha acabado. La verdad, tengo cosas mejores que hacer que perder el tiempo esperando que él se corra de esa forma tan lastimosa. Tengo que entregar un trabajo de física. Último aviso antes del desembarco. Así es como llamamos a la expulsión temporal.

Con Dylan ha sido la primera vez y la última, ni siquiera me ha dado las gracias. ¡Tampoco es que haya que exagerar, yo quiero ser amable, pero, mierda, un poco de agradecimiento no está de más!

Esta noche no tengo ganas de estudiar. Estoy hasta el gorro de geografía-historia. ¿Para qué narices hace falta conocer el PIB de Japón y saber lo que pasó en el siglo XVI? Como mucho, hablar de la Segunda Guerra Mundial, como mi bisabuelo, porque lo que pasó es repugnante y hay que evitar que las próximas generaciones hagan lo mismo. Eso sí que quiero aprendérmelo para el próximo examen. En el control de mañana de ciencias de la tierra y del medio ambiente haré lo que pueda con mis vagos recuerdos. Odio a esa profe. Es una cortada de narices, y no sonrío nunca. Parece que nos tenga miedo. Sí, en realidad, nos tiene miedo.

No, esta noche toca bandeja delante de la tele. Bolsa de patatas fritas y Coca-Cola, salchichón, un Babybel y, de postre, a lo mejor me como un yogur sin azúcar para compensar un poco. Y *Anatomía de Grey*. Los internos están de miedo y las situaciones son de lo más tontas. Los americanos bordan este tipo de series.

Qué raro que mi hermano aún no haya dicho nada, normalmente a estas horas ya ha llamado. Debe de tener mucho trabajo.

Bueno, querido Tú, te dejo, va a empezar la serie y el esmalte de las uñas de los pies ya se ha secado. Me alegro de que estés aquí.

Un beso.

Entre *macaron* y *macaron*

El Josianófilo duerme como un bebé, y el bombero no mueve ni un pelo. Se mantiene estable. Degustamos la segunda tanda de *macarons* de frambuesa: los hemos llevado al puesto para estar junto a los pacientes, los bips y los monitores.

«Como si fuera un cazo de leche al fuego», ha dicho el mago Merlin.

—Bueno, ¿qué?

—Pues que tus *macarons* están para chuparse los dedos.

—Me refiero al bombero. Llevas un cuarto de hora comiéndotelo con los ojos.

—Miraba su historial.

—Y yo te miraba mirar su historial, y no mirabas su historial.

—Me da pena. Espero que no quede muy hecho trizas.

—Te tomas las cosas demasiado a pecho.

—Puede ser. Pero es tan joven...

—Y deportista. Se recuperará bien. A nosotros nos toca hacer lo necesario para que no se le infecte el brazo, para evitar que se lo amputen. Lo demás ya llegará. Lo que es seguro es que no va a volver a subir a una escalera extensible.

—¿Tienes la receta? —pregunto, con la boca llena.

—¿Para que no se le infecte el brazo? Desinfectar las heridas, lavarse las manos, evitar las corrientes de aire y hacer que todo el mundo lleve mascarilla.

—Me refiero a los *macarons*.

La oscuridad-refugio

En medio de la bruma, oigo hablar. Hay una voz de hombre y otra de mujer. Risas francas y diálogos, pero no entiendo lo que dicen. Están lejos.

Me duele todo. En especial el brazo. Antes notaba aire, ahora tengo la impresión de que me lo retuercen en todos los sentidos, o de que un elefante de circo está pasando por encima. Me duele también la parte baja de la espalda, y las piernas. Me duelen la mandíbula y la cabeza. En realidad, creo que el elefante se me ha tumbado encima. También tengo la sensación de haberme tragado una Coca-Cola con botella y todo, y que se me ha quedado atravesada en el esófago.

Sé que estoy en el hospital. Reconozco el ruido de las máquinas, el brazalete del tensiómetro, que se infla regularmente. O sea, que estoy intubado.

De vez en cuando noto que trajinan a mi alrededor, que me mueven ligeramente o que recolocan un hilo sobre mi piel. Todo es dolor, hasta el menor roce. Hasta un hilo.

Así que me sumerjo de nuevo en la oscuridad-refugio.

Con la yema del dedo

Son las seis de la mañana. El relevo llega dentro de media hora escasa. Nos hemos comido todos los *macarons*. Mañana habré engordado un kilo, pero me da igual, estaban buenísimos. El joven bombero ha desaturado varias veces a última hora de la noche, lo que nos ha obligado a revisar la regulación de oxígeno del respirador. Resulta que no está tan estable como parecía. Las chicas del turno de día tendrán que seguir vigilando el cazo de la leche.

Y la temperatura para evitar la fondue de queso unos metros más allá.

Estoy sentada a su lado. Guillaume ha ido a urgencias a buscar un historial.

Está inmóvil. Su tórax se eleva con regularidad, al ritmo del respirador. Ahora veo que mueve el índice. Repite varias veces el mismo gesto. El dedo tiembla, se desplaza con dificultad por encima de la sábana, pero acabo por comprender que dibuja un signo de interrogación. Necesita saber qué pasa.

—¿Me oye? Si me oye, dé dos golpecitos con el dedo sobre la cama

El índice se mueve dos veces.

—Dos veces significa «sí», una vez significa «no».

—...

—Me llamo Juliette Toledano. Soy enfermera de la unidad de reanimación.
¿Puede abrir los ojos?

(no)

—¿Siente dolor?

(sí)

—¿Sabe quién es?

(sí)

—¿Sabe lo que le ha pasado?

(no)

—¿Quiere saberlo?

(sí)

—Vale. Se ha caído desde un octavo piso. Si sigue vivo, es porque unos árboles han amortiguado la caída, aunque las ramas lo han dejado bastante destrozado. No voy a entrar en detalles, pero tardará bastante tiempo en recuperarse. ¿Lo ha entendido?

(sí)

—¿Hay que avisar a alguien?

(sí)

—¿A sus padres?

(no)

—¿A su mujer?

(no)

—¿A un amigo?

(no)

—Hummm... ¿a un hermano o una hermana?

(sí)

—Me ocuparé de eso.

Están esperándome para efectuar el cambio de turno. Le he cogido la mano un momento antes de dejarlo solo. Él me ha apretado ligeramente los dedos.

Eso reconforta.

Nos reconforta a los dos, creo yo.

Guillaume tiene razón, me tomo las cosas demasiado a pecho.

Puede ser.

Seguramente.

¿Y qué?

No voy a volverme insensible a los treinta y cinco años. Guillaume ha empezado a hablar de los historiales. Solo tenemos dos pacientes para cuatro camas. Las chicas del turno de día ya conocen al hombrecillo del gruyer. Informo sobre el bombero: las circunstancias, la intervención, las instrucciones del cirujano y el establecimiento de contacto que acaba de producirse entre él y yo. Magnánima, les propongo ocuparme de encontrar a la persona a la que hay que avisar antes de marcharme a casa. Añado, por último, que los *macarons* estaban de fábula, pero que no queda ni uno. Todo el equipo se pelea para hacer noches con nuestro pastelero, así que, por la mañana, la feliz elegida alardea de haber podido disfrutar de su compañía. Un pequeño juego entre nosotras.

Cualquiera diría que lo único que nos interesa son los pasteles.

Cojo un pósit para apuntar el número de la persona de confianza y me encierro en el despacho de la jefa. Tengo tiempo, ya hace rato que Laurent se ha ido a trabajar.

—¿Capitán Klein?

—Sí.

—Buenos días, me llamo Juliette Toledano y soy enfermera de la unidad de reanimación. Le llamo en relación con el señor Fourcade.

—¿Cómo está?

—Bastante estable.

—¿Y el brazo?

—Lo han operado.

—¿No se lo han amputado?

—No. Es un asunto delicado, pero estamos muy pendientes. Aunque el peligro no ha pasado, no está mal.

—¿Está consciente? ¿Puede hablar?

—No, está intubado. Pero he podido establecer contacto con él hace un rato. Tiene momentos de consciencia. Mueve un dedo. Quiere que avise a su hermano o hermana.

—¡¡¡Joder, su hermana!!! Me había olvidado por completo de Vanessa.

—¿Olvidado?

—Él tiene la custodia, la chica es menor. Iré a buscarla a la salida del instituto.

—Gracias.

—¿Cuándo podemos ir a verlo?

—Mejor por la tarde. Por la mañana, entre las visitas médicas y las curas...

—¿Hasta qué hora?

—En teoría, hasta las ocho. En la práctica, somos flexibles si la unidad está tranquila.

—¿Puedo hacerle una pregunta?

—Sí.

—¿Cómo ha conseguido hablarle de su hermana con un dedo?

—El sexto sentido de la enfermera...

Cuando me ha deseado que tenga un buen día, le he oído sonreír. He estado a punto de decirle que esperaba pasarlo durmiendo, ya que voy a encadenar una tercera noche de trabajo, pero, después de todo, no es su problema.

Mi plan del día es sencillo. Ir a casa, ducharme, dar un bocado, ponerme la inyección y descansar. Me gusta trabajar de noche, pero me cuesta hacérselo entender a mi cuerpo. Cuando tenía veintidós años, soportaba bien el desajuste horario. Pero con el paso de los años se me hace cada vez más cuesta arriba.

Antes de marcharme del hospital, vuelvo con mi paciente confiando en que siga oyéndole. Necesito decirle que he hablado por teléfono con el capitán y que vendrá con su hermana. Supongo que es importante para él.

Nunca he estado en el lugar de los pacientes, pero, a fuerza de tratar con ellos, llego a sentir lo que es para ellos estar aquí, con sus angustias y sus dolores, en un entorno totalmente desconocido, solos. Así que si puedo tranquilizarlos...

Un pequeño faro

Continúo con la alternancia entre la oscuridad-refugio y la bruma-dolor. Sobre todo cuando me tocan. He notado que la cama se movía. Ha avanzado, ha girado, ha montado en un ascensor y ha avanzado de nuevo. He intentado mover el índice, pero nadie le ha prestado atención. Espero que la enfermera de antes vuelva pronto.

Me gustaría sobre todo que Vanessa estuviera aquí. Es la única persona que me aliviaría de verdad. Mi faro en medio de la bruma.

Su hermana pequeña

Tercera noche consecutiva, van a acabar con nosotros a fuerza de matarnos a trabajar. Y ninguna incorporación al equipo para confiar en que se levante un poco el pie del acelerador. El hospital está en crisis, esa es la realidad. Una crisis que muy pronto afectará a los nervios del personal. Menos mal que vuelvo a estar de guardia con Guillaume. Yo también lo echaré de menos cuando cambie de unidad. Es joven, pero juicioso y competente. Autoritario pero cordial. Y no demasiado sensible. La medida justa.

Es muy raro que un hombre sea sensible en la medida justa.

Estoy impaciente por ver lo que ha preparado para esta noche y que nos comeremos en una esquina del escritorio, acompañado de un café cargado para aguantar hasta la mañana.

Estoy impaciente también por saber cómo evoluciona el joven bombero.

Guillaume siempre espera a que el equipo de día se haya marchado para sacar sus exquisiteces. Se niega a que todo el mundo se apunte a la degustación. Así es Guillaume. Le divierte esto y lo asume.

Al hombre-de-Josiane lo han trasladado a cardiología, por fin había quedado una cama libre. Lo ha sustituido otro paciente. Afortunadamente, menos grave que el bombero.

El equipo de día nos informa de que su hermana pequeña ha venido y sigue ahí. Hace más de dos horas que está sentada a su lado y lo mira sin decir nada. Y sin moverse: apenas resulta perceptible el movimiento respiratorio en la parte superior de su espalda. Apenas.

Cuando entro en la habitación, está, efectivamente, inmóvil en la silla, observándolo en silencio. Un poco encorvada, como si toda la miseria del mundo recayera sobre sus endebles hombros de adolescente. O quizá simplemente ocupa un cuerpo que ha crecido demasiado deprisa y que ella intenta retener en la infancia encogiéndolo. Le da la espalda a la puerta. A sus pies descansa una mochila Eastpak, con tres llaveros de peluche, uno en cada cremallera, que

deben de bambolearse con brusquedad cuando la chica camina por la calle. Que probablemente la tranquilizan, devolviéndola también ellos a la infancia. Debe de tener catorce años.

—Buenas noches, ¿eres Vanessa?

—Sí —me responde, al tiempo que se vuelve sin exteriorizar ninguna emoción.

Media melena, largo flequillo que le cae sobre los ojos, realzados con una gruesa raya negra. Es muy espigada y sus piernas parecen dos cerillas. Lleva unos pendientes largos de acero y una sarta de pulseras brasileñas en cada muñeca.

—¿Has venido sola?

—No, su jefe ha venido a buscarme a la salida del instituto. Está en la sala de espera.

—¿Te ha explicado lo que le ha ocurrido?

—Sí.

—¿Sabes cuál es el estado de tu hermano?

—No.

—Te lo explicaré antes de que te vayas. ¿Le has dicho algo? ¿Lo has besado o le has cogido la mano?

Dice que no con la cabeza, lentamente, mirando a su hermano.

Parece más agitado que ayer. Así que le cojo la mano y le digo que soy yo. Que estaba allí la noche anterior. Él la aprieta un poco más fuerte que la otra vez.

—¿Quiere comunicarse conmigo?

(sí)

—¿Sabe quién está aquí, a su lado?

(sí)

—¿Quiere que le coja la mano?

(sí) (sí) (sí)

Da tres golpecitos seguidos sobre la sábana. Le propongo a su hermana que venga al lado de la cama donde estoy yo, al lado del brazo ileso. Pero, en el momento en que me dispongo a guiarla, ella esconde la mano tras la espalda.

—¿No quieres?

—Es que... bueno, ayer me pinté las uñas. Él no quiere que me las pinte, así que lo hago cuando está de guardia y me quito el esmalte antes de que vuelva. Lo que pasa es que hoy su jefe ha venido a buscarme a la salida del instituto y no me ha dado tiempo.

—Ya, pero ten en cuenta que creo que te ha oído.

—¿Lo oye todo?

—Es muy posible.

Él golpea de nuevo el colchón con el dedo.

—Además, yo diría que en el estado en que se encuentra le da bastante igual. Ha estado a punto de morir, así que ese asunto del esmalte de uñas seguramente no es prioritario —le digo, guiñándole un ojo.

Temblando, muy indecisa, acerca la mano a la de su hermano. Él la aprieta largamente. Yo retengo justo a tiempo el puñado de lágrimas de emoción que querían arrojarse al vacío al ver la escena.

—Te dejo, estaré ahí afuera. Si quieres comunicarte con él, hay que hacerle preguntas cerradas.

—¿Cerradas?

—Preguntas a las que solo pueda responder con un sí o un no. Sí, da dos golpes con el dedo en el colchón, y no, solo golpea una vez. Dale tiempo, funciona un poco al ralentí.

Salgo del box y me dirijo al escritorio, donde me espera el café. El otro paciente duerme plácidamente. Será una noche tranquila, si no ocurre nada imprevisto.

Guillaume me sonrío cuando llego. Esa sonrisa angelical que trae de calle a todas las enfermeras El hombre del equipo que todas las solteras de la unidad codician. Y algunas casadas también, discretamente, como si nada, porque resulta muy agradable sentirse deseable, y deseada por otro. Y no hablemos de las estudiantes. Deploran que un hombre tan encantador no disfrute de ninguna de ellas y todas hablan de un desperdicio total. Algunas aventuran la hipótesis de que es gay, hipótesis inmediatamente descartada, porque es incompatible con su ardiente deseo.

Me divierte ver cómo se les cae la baba. Es un chico adorable, pero no me atrae. Conozco a Laurent desde hace cinco años y soy fiel. Además, le haría mucho daño enterarse de que estoy entre los brazos de otro. Con todo, aprecio mucho a Guillaume. Está al corriente de mi historia, de mi recorrido, de lo que persigo con Laurent. Me apoya. Me tranquiliza, a veces se enfada cuando le cuento las discusiones que tengo en casa. Soy demasiado buena, dice.

Puede ser.

Él tampoco lo sabe todo.

Una insolente fragilidad

La mano de Vanessa en la mía, lo más tierno que he sentido jamás. Cuando se la cogía para cruzar la calle delante del colegio. Yo era el hermano mayor. Hoy es ella la hermana mayor, porque yo no sé en qué estado me encuentro ni si voy a vivir o morir, si voy a recuperar mi vida de antes o a verme condenado al estado de vegetal. Ni siquiera sé si sigo entero o me faltan trozos. ¿Sentir dolor significa forzosamente que la zona dañada aún está presente? Quizá lo que noto son cuatro miembros fantasma y en realidad no están ahí. Un hombre-tronco. Nada más alrededor. Sí, el dedo índice. Y si conservo el índice, forzosamente tengo que conservar todo el brazo. En ese caso, un hombre-tronco con una rama. Los pájaros podrán venir a posarse en ella, me harán compañía.

No me acuerdo del nombre de esta enfermera. No me acuerdo de gran cosa. Solo de que estoy gravemente herido. Pero ¿hasta qué punto? Por el momento, oigo simplemente la voz suave de esta mujer y el ruido de las máquinas alrededor. Y ahora tengo la mano de Vanessa. He escuchado su conversación. La enfermera le ha explicado cómo comunicarse conmigo. Sin embargo, ella no me dice nada. Me gustaría decirle que sí o que no con este famoso índice sobre la sábana.

Podría preguntarme: «¿Te alegras de que esté aquí?».

SÍ.

«¿No vas a dejarme tirada?»

NO.

«¿Quieres que vuelva mañana?»

SÍ.

«¿Vas a morir?»

NO.

«¿Puedo pintarme las uñas?»

SÍ.

No dice nada.

Vanessa.

A la vez dura y tímida, rebelde y ansiosa. No tiene miedo de nada, tiene miedo de todo. Se pone chula en casa, con los profes y con la asistente social, pero es para esconderse mejor entre sus grietas. Vanessa, una insolente fragilidad.

No tengo derecho a morir. No lo tengo hasta que ella cumpla dieciocho años. Antes sería un acto cobarde, repugnante. No puedo hacerle eso. ¡Prohibido! Así que me aferro a la vida, pese al dolor. Un dolor terrible. Su dolor sería mayor si yo me fuera. Lo sé. Discutimos sin parar, me las hace pasar canutas, pero sé que está muy unida a mí. Bueno, y yo a ella.

No dice nada.

A lo mejor no sabe qué decir.

¿Hay algo que decir?

El silencio tal vez se deba a eso.

Consigo mover el pulgar por la palma de su mano. A duras penas. Normalmente eso le hace cosquillas y retira la mano. Pero ahora la deja.

Luego, a causa del cansancio o del dolor, vuelvo a alejarme en medio de la bruma. Sin haber podido darle las buenas noches como hago todos los días.

Irreconocible

Ha dejado de moverse.

Doy un respingo cuando la chica me dice eso. No la había oído llegar. Dormitaba, sentada en la silla de oficina. Con una sonrisa que intenta ser tranquilizadora, le contesto que es porque se ha dormido.

—¿Va a dormir mucho? —me pregunta.

—Unas horas. Probablemente tendrá una especie de medio despertar durante la noche.

—Me refiero a días.

—Ah, no. Los médicos no tardarán en reducir la sedación.

—¿La sedación?

—Los medicamentos para que duerma, por el dolor.

—¿Le duele mucho?

—Probablemente. Nos lo dirá él cuando se despierte.

—¿De verdad se despertará?

—Vamos a hacer lo necesario para que así sea.

—¿Puedo volver?

—Claro. ¿Quieres un *macaron*? —le ofrezco, tendiéndole la caja.

—No, gracias, no tengo hambre. Además, está esperándome su jefe.

—¿Vuestros padres no han venido?

—No tenemos padres. Roméo se ocupa de mí. —Hace una pausa—. ¿Volverá a andar?

—Es demasiado pronto para decirlo. No seas demasiado impaciente, tiene para largo, ¿sabes? Vas a tener que organizarte, porque tardará en volver a casa. ¿Te las arreglarás?

—Voy a ver. Pero ¿lo que tiene es grave?

—Sí. No voy a decirte que es cosa de nada. Es grave, pero podría haber sido peor.

—¿Es verdad que podría haber muerto?

—Con una caída desde un octavo, sí. Lo han salvado los árboles.

—Y... esto no parece él. ¿De eso también se recuperará?

—Sí, la piel cicatriza, se deshincha, vuelve a ser rosa cuando desaparecen los

hematomas. Seguramente le quedarán algunas cicatrices, pero recobrará sus facciones. ¿Tienes una foto suya?

—Sí, en mi agenda.

—Si no te importa, me gustaría verla.

—Si me la devuelve...

—Por supuesto.

Rebusca en la mochila desordenada, abre la agenda, saca la foto y me la tiende temblando, con los labios apretados. También ella contiene sus emociones como puede.

Miro la instantánea atentamente. Es verdad que está irreconocible. Comprendo la angustia de la chica. Él la estrecha contra sí rodeándola con un brazo, mientras los dos sonríen al fotógrafo. No muy alto, pero robusto y musculoso, inspira confianza. Su hermana parece frágil a su lado. Tiene la frente ancha y los ojos grandes, y las cejas apenas se ven. Seguramente era rubio de pequeño. La mandíbula cuadrada y el cuello increíblemente ancho. El pelo muy corto, de estilo militar. Tiene una sonrisa magnífica. Se le nota feliz en la foto. El contraste es todavía más sorprendente para mí.

—Te prometo que volverá a ser así —le digo con seguridad.

Seguridad no tengo ninguna, pero nada nos impide retocar un poco la verdad cuando es demasiado fea. Además, quién sabe, a lo mejor recupera de verdad las facciones de la foto. Vale más que su hermana se aferre a esa esperanza que a la tristeza de imaginar lo contrario.

—¿Qué podemos hacer para ayudarlo?

—Por mi parte, hacer mi trabajo lo mejor posible. Por la tuya, estar aquí para tranquilizarlo. No es fácil para él.

—¿Cuándo puedo volver?

—Cuando quieras.

—¿No hay horarios?

—Para ti, no.

Después, se marcha sin decir nada. Tan discretamente como ha entrado, tan silenciosamente como ha permanecido junto a su hermano. Da la impresión de que se desliza sin tocar el suelo. No sé si esta adolescente es de temperamento discreto o si se comporta así debido a la conmoción, pero camina rozando las paredes, como si quisiera mantenerse cerca de ellas por miedo a caer. Me siento mal por ella.

Guillaume también ha observado sus andares frágiles antes de mirarnos

directamente a los ojos, a mi desasosiego y a mí.

—¿Qué más quieres hacer? No eres responsable del accidente.

—De todas formas, me da pena.

—Que te dé pena no va a cambiar en nada la situación.

—Es tan joven... y solo lo tiene a él.

—Pues llévatela a casa.

—¡Ya sabes cómo es Laurent!

—¿Se te ocurre otra solución?

—Supongo que alguien encontrará alguna por ella.

—Entonces ya no es cosa tuya. Deja de mortificarte.

—Tienes razón.

—Siempre tengo razón.

Dejo que se lo crea, pero Guillaume está lleno de contradicciones. Le va bien pensar que siempre tiene razón, que escoge el camino correcto. Aunque el camino no siempre lleve a donde quiere ir, por lo menos avanza.

Querido Tú:

Estás entre las cuatro cosas que he metido rápidamente en una bolsa antes de marcharme de casa. Menos mal que te tengo aquí, si no, esta noche me sentiría demasiado sola. He llamado a Charlotte, pero, aparte de decirme que si la necesito puedo ir a verla cuando quiera, no puede hacer gran cosa por mí.

¡Mierda! ¡Joder! ¡Mi hermano! Sé que es él porque le he visto el tatuaje del hombro. Una V con tres florecitas alrededor. V de Vanessa. Se lo hizo hace dos años, cuando nos peleamos y yo dudaba de él, tenía miedo de que se fuera y me olvidase. Pero por lo demás... Podrían haberme colado a un tipo cualquiera. «Hola, aquí tienes a tu hermano», podrían haberme dicho después de plantarme delante de esa momia abotargada.

¡Vivan los tatuajes!

A lo mejor después de esto accede por fin a que me haga uno. Es verdad, ¿no?, puede ser útil si un día me encuentro en el mismo estado.

Su jefe, al que veo una vez al año en la fiesta de Navidad del parque de bomberos, me esperaba a la salida del instituto. Iba con el uniforme. Mis amigas querían saber qué pasaba. He recibido como mínimo doce SMS mientras él me explicaba que iba a llevarme al hospital porque Roméo había tenido un accidente. Por eso no llamó anoche. Mientras mi hermano estaba en el hospital entre la vida y la muerte, yo comía patatas fritas tranquilamente viendo *Anatomía de Grey*. Son la hostia, podrían haberme llamado. En fin, tampoco puedo tomarla con ellos, en el hospital debían de tener cosas más importantes que hacer que avisarme.

El señor Klein no me ha dicho nada más sobre Roméo. No había vuelto a verlo desde el accidente. En el trayecto hacia el hospital, me ha explicado que viviría una temporada en su casa, mientras Roméo se recuperaba, que así no tendría que ir a un hogar de acogida.

De todas formas, no habría ido. ¡Antes me muero!

Cuando hemos entrado en la unidad, lo único que quería era salir corriendo de allí. Un olor rarísimo, bips por todas partes y enfermos tumbados en la cama sin mover ni un dedo. He seguido a la enfermera y, cuando me he encontrado delante de mi hermano, se me ha hecho un nudo en la garganta; tenía ganas de llorar, pero no me salía ni una lágrima. En un momento se me han pasado tres mil cosas por la cabeza. Pero solo una se repetía todo el tiempo: ¿Y si se muere? ¿Y si se muere?

¿Qué haría yo, si se muriera? ¡¡Me moriría también!!! ¿Para qué iba a seguir aquí? ¿Para acabar en uno de esos hogares inmundos donde tienes que obedecer a personas que no te quieren?

Me he quedado a su lado y no he dicho nada. Simplemente me he concentrado en pensar que debía vivir. Me he dicho que, si solo pensaba en eso y en nada más, seguro que él lo oiría.

A lo mejor quería que le hablara, y yo solo tenía una cosa que decirle: «Arréglatelas como sea, pero no te mueras».

Impotencia absoluta

Poco a poco voy recordando cosas. Algunas imágenes que relaciono con fragmentos de información captados aquí y allá. Todo acaba por tomar forma, y empiezo a entender. Recuerdo el fuego, al niño que oía allá arriba, la oscuridad y a las personas que se ocupan de mí. Una caída desde un octavo piso amortiguada por los árboles, que me han roto en mil pedazos.

Y ya no controlo nada.

Soy consciente de la suerte que tengo de estar vivo. Pero me pregunto si, después de todo, es una suerte, teniendo en cuenta el estado en el que supongo que me encuentro. Debo ser fuerte. Aunque ya no controle nada. Por lo menos domino mi voluntad de vivir. Por Vanessa.

Ni siquiera sé dónde está. Si duerme sola en casa o si alguien cuida de ella, si han ido a buscarla los servicios sociales. Si me odia por haberla dejado así.

Tampoco sé si el niño ha muerto porque yo he tenido la desgracia de caer. No sé por qué me he caído.

Mi conciencia es un gruyer lleno de agujeros, con preguntas sin respuesta.

Me gustaría que me informaran.

Lo hacen todo por mí. Incluso esas cosas que pertenecen al ámbito más íntimo. Es insoportable.

La vida sigue después de ponerme entre paréntesis. Quiero saber qué pasa fuera de los paréntesis. No quiero ser tres puntos suspensivos entre esos malditos paréntesis.

Ya no controlo nada, y eso me vuelve loco. No estoy acostumbrado. Normalmente lo controlo todo. Todo. Y soy yo quien salva a la gente, no al revés.

Y ahora, impotencia absoluta. Un hombre que tiene delante a una mujer a la que quiere con locura y no consigue alcanzarla. No sé si yo quería con locura a la vida, pero estoy frente a ella y nada funciona.

Excepto mi voluntad de vivir.

Así que voy a aferrarme a eso, si es que consigo alcanzarla. Porque con un dedo no voy a aguantar mucho tiempo.

Costurera en Chanel

He dormido hasta las tres de la tarde. Encadenar tres noches seguidas de guardia dificulta el retorno a un ritmo diurno. Pero es sábado, y todos los sábados voy a merendar con mi abuela. A Laurent no le gusta que vaya a verla, no le cae bien. Pero él se va a jugar al golf con sus amigos, así que no voy a quedarme esperándolo como una idiota. Una ducha rápida y monto en mi coche para ir a visitarla. Las Alondras. Menudo nombre para una residencia de ancianos. ¡Un espejo para cazar alondras, eso sí! Te presentan el lugar como un espacio confortable y seguro para los jubilados.

Materialmente quizá.

Humanamente es otro cantar.

La sala de estar desprende tristeza. El olor acre de la muerte, cuya antesala es la vejez. Ponen a los viejos aquí y allá para que miren pasar el tiempo. Si es que todavía pueden ver. Y los que no oyen tampoco se pierden nada, entre el siniestro tictac del gran reloj de pared y el ruido incesante de la televisión, que escupe series americanas tontas durante todo el día. Verse reducido a eso, la verdad...

En medio de ese panorama, Malou, con sus ochenta y cuatro años, ha decidido no dejarse desanimar. Tras la muerte de mi abuelo, se mudó a un pisito situado encima del restaurante de mis padres. Cuando ellos se marcharon a la Costa Azul para disfrutar de una jubilación tranquila, ella prefirió instalarse en Las Alondras. Se negaba a ser un peso para la familia. Se niega también a dejarse morir aquí. Al menos de momento. Así que no para: ayuda al personal a poner la mesa, ríe con las enfermeras, anima el taller de pintura, canta en las fiestas de Navidad y acoge a los recién llegados. Malou siempre ha hecho todo lo posible por los demás. Siempre ha estado presente y ha sido atenta. Una palabra amable, un favor, una sonrisa de regalo. No va a desviarse ahora de tan buen camino.

Fue mi abuela quien me crio, mientras mis padres trabajaban. Un restaurante es muy esclavo. Se ha pasado la jubilación trabajando. El jardín, unas verduras magníficas, las conservas, las mermeladas, la repostería, las comidas para todo el mundo, la costura, mucha costura. Yo he aprendido miles de cosas con Malou. He aprendido sobre todo a hacerlas con amor, «porque, digan lo que digan, una

sopa de verduras preparada con amor sabe distinto que la que se hace dando vueltas a las preocupaciones cotidianas», profesa.

Malou me espera sentada en el banco de la entrada del edificio, con las gafas de sol de estrella de cine en la nariz. Las que compramos juntas el año pasado cuando me decía que quería parecer más joven. El increíble tamaño de los cristales ahumados oculta parte de las arrugas de su rostro. Efecto *lifting* garantizado. Su cara ligeramente vuelta hacia el sol le da un aire de estrella de cine en La Croisette. Una pierna descansa sobre la otra, las manos en la rodilla de la de arriba y la espalda erguida. Malou es muy elegante. Siempre lo ha sido. Trabajó más de treinta años como costurera en Chanel, en París, y no regresó con su marido a Alsacia hasta el momento de la jubilación. Pero siguió confeccionando prendas para ella, sus hijos y sus nietos y cuidándose a sí misma.

¿Su sueño? Coserme el vestido de novia. Aunque para eso tendría que casarme... De momento, Laurent no quiere. Dice que es demasiado pronto. Un día será demasiado tarde, pero ¿cómo hacérselo entender?

Cuando me ve llegar, me hace una seña graciosa con la mano, estilo Miss Francia. No puedo evitar reírme.

Media hora más tarde, estamos sentadas en un rincón de su pastelería preferida. Ella ha pedido un té verde al jazmín y un parís-brest. Como de costumbre. Nunca ha querido contarme por qué escoge siempre un parís-brest.

—Los hacen muy buenos aquí.

Es verdad. Pero podría variar en los placeres. Dice que siente un cariño especial por los parís-brest. Pues nada.

Acabo de acercarme la taza de café a los labios cuando me dice:

—Me gustaría ir a un sexólogo.

Casi me atraganto. Mis ojos como platos bastan para que ella baje los suyos con una leve sonrisa, casi culpable.

—Compréndelo, si conozco a alguien, me gustaría ser feliz en ese aspecto.

—¿No eras feliz con el abuelo?

—...

Han tenido que pasar un montón de años para que se atreva a abrirse. Me preparo. Ella debe de hacer lo mismo.

—¿Cómo te diría...? Nunca he vivido un 14 de Julio.

—¿Y crees que un sexólogo te ayudará a vivir la fiesta nacional?

Malou sonrío mirándome.

—Eso espero. Al fin y al cabo, es su oficio. Pero no sé a quién acudir.

—Ve a una comadrona.

—¿A una comadrona? A mi edad, corro pocos riesgos...

—Están también para eso.

—¿Para qué?

—Para enseñarte a ver fuegos artificiales.

—¿Conoces a alguna?

—Sí, a una en particular.

Consulto los contactos del móvil, apunto la dirección en una hoja que arranco de mi libretita y ella se guarda rápidamente el trozo de papel como una niña que ha robado un caramelo. Visto y no visto.

Mi abuela de ochenta y cuatro años va a ir a una comadrona para hablar de su sexualidad porque tiene ganas de ver fuegos artificiales antes del resplandor final. ¡Vaya! ¡Si me hubieran dicho que iba a hablarme de eso entre París y Brest, con aroma a jazmín en el aire, sentadas a la mesa de una pastelería, se me habría escapado una sonrisa! Y eso es lo que hago, sonreír. Después de todo, tiene razón. Quizá me convendría acompañarla y aprovechar para hacer una consulta yo también.

—¿Y no quieres decirme por qué tomas siempre un parís-brest?

—Te lo diré, cariño. Pero dame tiempo para andar. Brest queda lejos de París.

—¿Es tu camino de Santiago particular?

—En cierto modo.

Al aire libre

Han pasado unos días, creo.

Es ella. Reconozco su voz. También su perfume, ligero y afrutado. Mis sentidos se agudizan, debe de ser buena señal. Estos días sin sentir su presencia se me han hecho largos. Me habría gustado que fuese mi hermana, pero es la enfermera. La única que me coge la mano con esa ternura cuando se acerca a mí. Llevaba tres días sin venir. Me sentía preparado para abrir los ojos y no tenía ganas de hacerlo.

Me lava. Odio mostrar así mis partes íntimas a alguien que no conozco. Preferiría que lo hiciese un hombre.

En cuanto acabe, abro los ojos. A no ser que lo haga después de la visita de los médicos. Quiero despertar oficialmente en su presencia. Sin nadie más. Ha sido ella quien me ha ayudado a resistir, es lógico que desee salir a flote en su compañía.

Los médicos acaban de salir de la habitación. Ella ha vuelto a mi lado, escribe algo en el historial. Oigo el ruido del bolígrafo al deslizarse sobre el papel. Luego lo deja, acerca la silla a la cama y se sienta cogiéndome la mano.

El esfuerzo es enorme, tengo la impresión de que mis párpados son de plomo, pero logro levantarlos. Avanzo despacio hacia la luz, que al principio es muy intensa. Dolorosa. Como un espeleólogo que sale a la superficie después de haber bajado hasta las profundidades de la tierra. Así que mantengo los ojos entornados, el espacio de una fisura en la roca. Justo lo suficiente para verla.

Soy Jim, en la balada de Alain Souchon.

*Jimmy despierta en el aire ideal
el paraíso claro de una habitación de hospital
la enfermera es un ángel y tiene los ojos verdes.*

Los suyos son azules.

Me sonrío.

Yo no puedo, tengo un tubo metido en la boca. Ni siquiera con los ojos lo consigo. Así que sonrío por dentro. Me siento aliviado de volver a la realidad. Vivo. Eso parece, en cualquier caso. Vanessa puede contar conmigo. Estoy aquí. En fin, lo de «aquí» es una manera de hablar. Mi corazón sigue latiendo. En cuanto a lo demás, seguramente hará falta tiempo para que recupere mis capacidades funcionales, ocultas bajo las vendas y las contusiones, bajo el dolor y las cicatrices.

—Hola, Roméo. Bienvenido entre nosotros. ¿Recuerda su nombre? Yo me llamo Juliette. Tiene gracia, ¿no? No se preocupe, no puede hablar porque está intubado. Le quitaremos ese tubo enseguida. ¿Puede abrir y cerrar los ojos o quiere contestarme con el dedo?

—...

—Ay, perdón, es una pregunta abierta. ¿Quiere seguir utilizando el índice para decirme sí o no?

(sí)

—¿Siente dolor?

(sí)

—Voy a preguntar a los médicos si aumentamos la dosis de analgésicos. ¿Está preparado para que lo desentubemos?

(sí)

—¿Tiene miedo de algo?

(sí)

—¿Del desentubado?

(no)

—¿Del hospital?

(no)

—¿De mí?

(no) (no) (no)

Hace una pausa. Piensa. Piensa.

—¿Del futuro?

(sí)

—Todo irá bien —me dice, cogiéndome de nuevo la mano y acariciándome la mejilla con el dorso de los dedos.

Noto que una lágrima se desliza hasta mi oído. Y yo odio que se me meta agua en los oídos. Pero ve a explicar con un dedo sobre la sábana que se te ha metido una lágrima en el conducto auditivo y detestas eso, y que le estarías enormemente agradecido si resolviera el problema de una u otra forma. Ilusorio, en efecto. Pues nada, conservaré esa lágrima en el oído. Les parecerá extraño

que me detenga en ese tipo de detalle cuando el resto de mi cuerpo es puro dolor. Pues precisamente: es la gota que colma el vaso.

Soy dependiente para todo.

De pronto veo que acerca una compresa para secarme el pabellón del oído. Esta mujer es un ángel.

Un ángel con los ojos azules. Que vuelve a irse.

Yo cierro los míos. Así los párpados, esos cobardes que han perdido rápidamente la costumbre de trabajar, descansan unos instantes. Pero es solo para abrirlos mejor cuando ella vuelva.

Van a quitarme esta cánula de la garganta. Por fin podré hablar y decir todo lo que llevo dentro.

Me gustaría que Vanessa estuviese aquí. Hace varios días que no viene. Y ni siquiera sé por qué. A lo mejor se ha asustado al verme así. O no le apetece. O le ha pasado algo.

Ya no puedo ni cuidar de ella. Menuda pena haber hecho tantos trámites cuando era pequeña si no soy capaz de cuidarla.

Han venido dos médicos con Juliette.

Me gusta que se llame Juliette. Tiene gracia, es verdad.

Prepara el material. Espero que sea ella quien lo haga. Estaré confiado.

Es ella.

Me preparo. No debe de ser muy agradable. Pero resulta enormemente liberador.

Me aspira la saliva y desinfla la bolsa. A continuación, tira rápidamente del tubo y aplica de inmediato una mascarilla sobre mi cara. No sé muy bien qué siento. Una mezcla de dolor y alivio. Tengo la sensación de reencontrarme, de haber adquirido más autonomía. Respiro solo. ¡Menuda autonomía! Respiro solo, pero ¿y lo demás?

Los médicos me auscultan, escrutan el monitor, verifican las constantes. Soporto bien la situación. Aparte de la impresión inquietante y desagradable de que la cánula sigue estando ahí. Uno de ellos dice que mis necesidades de oxígeno son escasas y que no debería tener que llevar la mascarilla mucho tiempo. Firma un último documento del historial y sale de la habitación con su colega. Intento hablar bajo la mascarilla.

—*Ennnññño...*

—No le entiendo —me dice, levantando ligeramente la boquilla de plástico a través de la cual me llega el oxígeno.

—*Nnnññño...*

—Todavía le resulta difícil. ¿Quiere intentar escribirlo? ¿Le doy un bloc y un bolígrafo?

—Hummm...

No sé qué voy a conseguir hacer manejando un bolígrafo con la mano izquierda, pero la mano apta para la escritura está averiada, así que no tengo elección.

Juliette me ha colocado el bloc bajo la mano y me ha puesto el bolígrafo entre los dedos. Escribo lentamente la palabra, sin verla, ya que no puedo levantar la cabeza. Suelto el bolígrafo cuando creo que he terminado el mensaje.

Ella coge entonces el papel y lo mira atentamente frunciendo el entrecejo.

—¿El niño?

—Hummm...

—¿Quiere saber algo acerca de un niño? ¿Qué niño?

—Hummm...

—¿Tiene un hijo?

(no)

—¿Guarda relación con el momento del accidente?

—Hummm...

—Quiere que llame a su jefe para que venga?

—Hummm...

—De acuerdo. Ahora descanse. Ha hecho muchos esfuerzos para alguien que vuelve de tan lejos.

Me gustaría no haberme ido nunca.

Intento grabar su rostro en lo más profundo de mí. Es asombroso descubrir a una persona sin verla. Su voz, su perfume, sus gestos cuidándome. Intentaba imaginar sus rasgos, pero ¿cómo iba a ser posible? Hoy he podido completar el hermoso cuadro con colores. Sus ojos, azules. Sus mejillas, sonrosadas. Su piel, blanca. Sus labios, de un rojo muy claro. Sus cabellos, castaños.

El sonido sin la imagen ya no me bastaba. Cuando mis párpados han accedido a dar a mis ojos tiempo para acostumbrarse a la luz, la he observado detenidamente, me la he aprendido de memoria para que permanezca conmigo incluso después de que se haya marchado de la unidad.

No me he sentido decepcionado.

Algo es algo

¿Puedes hablar?

—Un poco... —Joder, nos has dado un susto de muerte... Pero has salido de esta. ¿Qué dice la enfermera?

—*No che...*

—Bueno, no te vas a morir, eso está claro. Te tomas el tiempo que haga falta para recuperarte y ya está.

—*El nnnño...*

—¿Cómo?

—El crío...

—¿Qué crío?

—Incendio...

—¿Quieres saber si el niño que estaba dentro del piso se ha salvado?

—Sí.

He dado mecánicamente dos golpecitos en el colchón al tiempo que mis cuerdas vocales articulaban el sonido. La memoria del cuerpo.

—Ha salido de esta también. Tiene heridas graves, pero está vivo. Sigue ingresado. En este hospital, por cierto. Cuando saliste volando por los aires a causa de la explosión de una bombona de gas, otros dos pudieron entrar en el piso. Tú fuiste el único afectado. Menos mal que llevabas el ERA, el aire comprimido te salvó los alvéolos. De no ser por la mascarilla, tus pulmones habrían muerto, ¡y tú con ellos! El soplo de la explosión apagó parte del incendio. Pudieron evacuar al niño. No sé muy bien cómo, me encontré a tu lado. Joder, Roméo, al verte caer sobre los árboles pensé que había perdido a uno de mis hombres. Hiciste que nos entrara a todos un canguelo...

—¿*Vanecha*?

—¿*Vanessa*?

—Sí.

—Me la he llevado a casa. No podía quedarse sola, es evidente.

—¿Está bien?

—Sí. Protestó por que no le diera otra opción, y con Solange las cosas están un poco tensas. Ya conoces a mi mujer, es muy estricta con las normas, así que

tener a una adolescente como tu hermana en casa... Pero nos acostumbraremos.

—¿Cuándo viene?

—Mañana te la traigo. No quería volver hasta que te hubieras despertado. Está muy afectada por todo esto. No ha dicho gran cosa desde que vinimos. Mañana, te lo prometo.

—*Grachias.*

—¿Son amables las enfermeras?

—Sí.

—Algo es algo, ¿eh?

Sí. Algo es algo...

Por una cerveza

Ha dado un portazo al llegar.

Cuando la noche empieza así, rara vez acaba bien. Yo había preparado una cena sencilla y la mesa estaba puesta. Me ha besado antes de ir a abrir el frigorífico.

—¿Qué tal, cariño?

—Bien. Tenemos casos graves en el hospital, pero es interesante.

—¿No queda cerveza?

—No, no he tenido tiempo de ir a comprar nada.

—Solo piensas en ti, en tu trabajo, en tus pacientes.

—Perdona. La próxima vez estaré más atenta.

—He tenido un día complicado. No puedo contar con nadie, en la sucursal tengo que hacerlo todo yo, estoy rodeado de inútiles. Quería beberme una cerveza fría al llegar a casa y resulta que no quedan.

—¿Quieres que vaya a comprar a la tienda de abajo? Está abierta hasta las ocho.

—No, déjalo, tomaré otra cosa.

La noche ha acabado haciendo el amor de una forma apresurada, expeditiva y brutal. Me ha dado la impresión de que quería desquitarse y seguía pensando en la cerveza que no había podido tomarse.

Cuando le digo que sea más delicado, me dice que estoy agarrotada.

Es posible que tenga razón. Pero ¿cómo saberlo? Algunas de las cosas que me pide me desagradan, pero él asegura que todas las demás las hacen, y muy bien. Malou me dice que en esta vida nunca hay que forzarse a hacer cosas que a uno le desagradan. Pero, si no las hago, dejaré de gustarle. Chicas como yo las encontraría a montones, me lo dice cada dos por tres. Y no quiero que me deje.

Así que a veces me obligo a hacerlas.

¡Ya vale!

Mi dicción mejora de día en día. No tenía la mandíbula rota, solo hematomas que se van reabsorbiendo poco a poco, y el fantasma de la cánula en la garganta ha acabado por desaparecer.

Vanessa ha venido a verme. Parece aliviada de que esté vivo. Dicho esto, cuanto mejor estoy, más recupera ella su carácter de antes. Su mutismo, probablemente vinculado a la conmoción de haberme visto en este estado, y sobre todo en coma, ha dejado paso a su endemoniado carácter. Esta cría es un encanto chorreante de caramelo rosa o un mal bicho, según le da. Raras veces hay un término medio en su actitud. Cabe reconocer que la idea es bastante desestabilizadora para quien no la conoce, así que me imagino la situación con Solange. Yo sé cómo manejarla. No hay que ceder ni cuando es un mal bicho ni cuando es un encanto. Necesita puntos de referencia, normas, rigor. Y amor. Todo lo que le faltó con los padres que tuvimos. Yo, siguiendo los consejos de la psicóloga a la que nos hicieron ver cuando conseguí que me concedieran la custodia, intento compensar, reparar. Una chica estupenda, la psicóloga. Joven, dinámica y apasionada. Mi tipo. Pero casada, y embarazada a más no poder. Tengo tendencia a enamorarme de mujeres que ya lo están de otro.

Carine estaba libre. La excepción. Y se ha ido.

Tengo la negra.

He conseguido el calendario de guardias de Juliette. Hasta me lo ha pegado junto a la cama. Ha sido una negociación dura, pero ha acabado por marcar sus días de trabajo en un calendario de bolsillo. Eso me ayuda a resistir durante las guardias en que la enfermera no es tan agradable o la auxiliar es odiosa. Las hay. Juliette siempre se muestra bondadosa conmigo. Sabe decir las palabras idóneas, las que me tranquilizan y me animan. Cuando vives algo semejante, si no tienes una rama a la que agarrarte, te hundes en las arenas movedizas. Nada te retiene. Solo un hilo. Ella también parece frágil, pero, aun así, más resistente que yo. Yo, encargado de proteger a la población del fuego, los accidentes, las caídas en la

montaña y las avispas, me aferro a una enfermera menuda y amable para que me proteja. El mundo al revés.

¡Ya vale!

Querido Tú:

Que mi hermano se encuentre en ese estado solo tiene una ventaja: no podrá castigarme cuando se entere de la noticia. Por supuesto, habría preferido que me castigara. Incluso sin tele durante un año y sin teléfono durante una semana, lo habría preferido.

Es imperdonable, con lo que ya está sufriendo, que vaya a hacerle sufrir más aún. Teniendo en cuenta su estado, no podrá hacer nada en contra de mí. El problema es que tampoco podrá hacer nada por mí. Y estoy de mierda hasta el cuello.

Me da pena verlo así. Me siento aliviada por que esté vivo, pero no sé cuánto tiempo se quedará en el hospital ni si recuperaremos nuestra vida de antes.

¿Por qué me toca vivir todas estas cosas?

¿Qué he hecho en otra vida que sea tan grave para pagarlo tan caro en esta?

Espero que la próxima sea mejor.

Víctima

No parece muy en forma esta mañana. Un bajón, probablemente. Suele pasarles. Cuando cobran verdadera conciencia de lo que les pasa. Cuando se preguntan cómo saldrán adelante. En qué estado, con qué secuelas. Puede mover la cabeza. Incorporarse ligeramente. Todavía no ha visto su cuerpo, pero no tardará en pedírmelo. Lo sé, todos pasan por esta fase. Yo tampoco estoy muy en forma. El tratamiento me produce náuseas. He engordado tres kilos, duermo mal, parece que me vaya a estallarme la cabeza y tengo sofocos.

Menudo ambiente...

—Buenos días, Roméo. No parece que las cosas vayan muy bien esta mañana.

—Podrían ir mejor.

—¿Qué es lo que va mal?

—Todo. Nada. ¿Qué puede ir bien en mi situación?

—¿Ver a su hermana?

—Mi hermana nunca se queda mucho tiempo.

—¿Verme a mí?

Intento relajar el ambiente.

—Eso es lo único que me ayuda —dice, mirándome a los ojos.

Desvió la mirada.

—Es la hora del aseo.

Suficiente para volver a tensar el ambiente.

—Quiero ver qué aspecto tengo. Que me incorpore para poder ver la extensión de los daños.

Ya estamos...

—No estoy segura de que sea una buena idea.

—¿Qué cambiará?

—Su visión de las cosas.

—¿Tan catastrófico es?

—No, pero es posible que se asuste.

—He visto cosas peores. Cuerpos despedazados después de un suicidio en las vías del tren, accidentes de carretera y quemados críticos...

—Eran otros. No su propio cuerpo.

—Me da igual, enséñemelo. Levante la sábana, por favor.

La levanto. Observo su reacción. Me la esperaba. Me mira, desamparado. ¿Por qué me toca esto a mí? Así son las cosas, a fuerza de ser amable, se encariñan y me piden que los acompañe en los peores momentos. Te lo has ganado a pulso. Ningún paciente pide nunca nada a los compañeros antipáticos.

—¿¿¿Por qué está tan negro??? —pregunta, alarmado.

—Es un hematoma a la altura de la pelvis. Impresionante, pero no tan grave. Todo eso se reabsorberá.

—¿Estoy negro desde el ombligo hasta los muslos y me dice que no es grave? ¿Me toma el pelo?

—No, Roméo, no me permitiría hacer una cosa así. Conozco mi trabajo. Le digo que el hematoma se reabsorberá.

—¿Y todo funcionará normalmente?

—Eso espero. Es un poco pronto para decirlo. Pero creo que sí.

—De todas formas, ¿para qué? ¿Quién querrá tener algo que ver conmigo en estas condiciones?

—No diga eso, no lo sabe.

—¿Lo sabe usted?

—No. No sabemos nada del futuro.

—Me gustaría verme la cara.

—Eso sí que es una idea pésima.

—Por favor.

—Insisto en que es una idea muy mala.

—Asumo el riesgo.

—Como quiera. Voy a buscar un espejo.

Aprovecho para decir a mi compañera que estaré un rato ocupada con el paciente, presiento que tendré que sentarme y cogerle la mano para que no se desmorone. Podría no ir a por un espejo, decirle simplemente que no, para protegerlo, pero si insiste tanto es que necesita saber.

Muy bien.

Pero sigue siendo una mala idea.

Dudo un poco, sé que el espectáculo va a producirle el mismo efecto que un bofetón. Un fortísimo bofetón. Incluso diría que un puñetazo. En realidad, va a dejarlo anonadado. Me mira, decidido. Así que levanto el espejo cogiéndole la mano. Se mira unos segundos y aprieta mi mano unos instantes antes de mirarme de nuevo a mí, mientras se traga como puede las lágrimas haciendo una mueca.

—Llore, Roméo, le sentará bien.

—¿De qué Roméo habla? Yo solo veo un monstruo en el espejo. Comprendo que mi hermana no venga todos los días. Debe de vomitar cuando sale de aquí,

¿verdad? ¿Vomita?

—¿Ya está? ¿Ha terminado? Su hermana lo mira al fondo de los ojos. Le he dicho que todo esto volverá a la normalidad. Es cuestión de tiempo, pero el cuerpo humano tiene una fantástica capacidad para recuperarse.

—No la creo.

—¿Nos apostamos algo?

—¿Qué?

—Una cena cuando reconozca que yo tenía razón.

—No se arriesga mucho.

—¡Usted sí! A verse obligado a reconocer un día que yo tenía razón. Y eso, se lo advierto, no será un trago fácil. ¡Peor que una cánula de intubación!

—Me encantaría poder hacerlo.

—Podrá.

—¿Por qué estoy así?

—La caída, las contusiones múltiples, las ramas, el aterrizaje en el suelo... Es una suerte que haya sobrevivido.

—No sé cómo debo tomarme eso. ¿Es una suerte encontrarse en este estado?

—Es una suerte estar vivo, ¿no?

—No siempre. ¿Para no poder seguir ejerciendo mi oficio, quizá no poder seguir ocupándome de mi hermana? ¿Para vivir solo el resto de mi vida, con unas secuelas irreversibles?

Está sacándome de quicio. Así no saldrá adelante. Compadecerse de sí mismo no servirá de nada. Algunos pacientes necesitan que los zarandeen. Me dispongo a remover la coctelera.

—¿Le dejo acabar con sus lamentos o...?

—...

—Deje de presentarse como una víctima. Sí, lo ha sido, de un terrible accidente, pero recreándose en esa condición de víctima no saldrá adelante. ¿Quién vendrá a compadecerse de usted? Nadie. Porque eso no conduce a nada. A los demás les gustan las personas positivas y alegres, porque las personas positivas y alegres les benefician. Los que se quejan sin parar no causan ningún bien. No hacen daño a nadie, pero tampoco causan ningún bien. Su accidente se produjo, no hay vuelta atrás, es un hecho. Y si no me equivoco, el niño se salvó, en parte gracias a usted. Así que ahora puede tomar la decisión de luchar y subir la pendiente, de volver a disfrutar de los pequeños placeres de la vida, aceptando todo lo demás que no es de su agrado pero que forma parte de ella. De todas formas, ¿tiene elección? ¡No! Ah, sí, perdón, podría quitarse de en medio. Sí, pero está Vanessa. De modo que no tiene elección. Entonces ¿qué sentido tiene lamentarse? Tiene a su alcance todas las herramientas para progresar, no puede

sino progresar, ¡progrese, entonces! Y cuanto más positivo sea, ¡más eficaz será también! Cuando me incorporo a la guardia, deseo que me sonría, que me hable de los progresos que ha hecho, de los que espera hacer al día siguiente, y también de algunos momentos buenos, pongamos tres, que recuerda del día que ha pasado, seguro que los hay, y que se conforme con eso. Dentro de unos días lo trasladarán a traumatología. Eso significa que ha salido de esta. Es una buena noticia para usted, ¿no? Resulta que dentro de una semana me asignarán a la unidad donde va a estar usted, solo hago sustituciones. No sé si es una buena o una mala noticia. Todo dependerá de usted y de la forma en que haya decidido ver las cosas. Puede escoger entre amargarme la vida mientras trabajo rezumando ganas de morir o alegrármela desprendiendo ganas de vivir y de revivir. *Up to you!* Y aquí acabo, porque me esperan mis compañeros para el cambio de turno. Buenas noches. Hasta pronto. Tengo dos días de descanso. Así podrá reflexionar con calma.

Una vida ordenada

Me ha dejado plantado después de lanzarme una mirada furibunda. Creo que la he sacado de sus casillas. No sé si es así con todos los pacientes, pero más nos vale apostar cuanto antes por el optimismo. Me he quedado boquiabierto unos instantes. Me ha parecido dura. En mi situación, ¿qué otra cosa puedo hacer sino lamentarme? No me queda nada. Mi novia me ha dejado, estoy hecho trizas, mi hermana ha tenido que instalarse en casa de mi jefe, ni siquiera sé si seguirá siendo mi jefe, ¿y debería dar saltos por sentir esa inconmensurable alegría de seguir vivo? Seguro que ella lleva una existencia ordenada, tranquila, sin grandes riesgos, con un marido encantador, unos niños educados, una casa bien cuidada y fiestas familiares en familia.

Entonces ¿con qué derecho se atreve a decirme qué debo hacer, pensar y sentir? Ella no está en mi lugar. Nadie está en mi lugar. Ni siquiera yo sigo estando en mi lugar.

¿Estar contento en medio de todo eso?

Menuda broma.

Una tarta de manzana

He quedado con Malou. Laurent se ha ido a un congreso.

Siempre es difícil cuando está de viaje, porque me envía sin parar mensajes diciéndome que me echa de menos, que debería haber ido con él. Pero yo sé el giro que toman siempre ese tipo de encuentros. Cuando Laurent está reunido, paso el rato como puedo, y por la noche, durante la cena, debo poner buena cara ante los jefazos del banco.

Muy poco para mí.

Sin embargo, me reprocha que sea de las pocas esposas que no van y le haga pasar por el hombre solitario cuya compañera no se ocupa de él. Yo estoy cansada a causa de mi trabajo. No puedo añadir ese tipo de fines de semana a mis días de descanso. Me ha propuesto que deje el trabajo. Su sueldo es más que suficiente para permitirnos vivir cómodamente, pero me gusta mi profesión. Y los dulces de Guillaume, también. Además, en casa me aburriría.

Malou y yo hemos quedado en la pastelería. Llega, tan elegante como siempre.

—¿Cómo estás? —me pregunta, sonriente.

—Estoy.

—Ah, eso lo dice todo —responde, dejando de sonreír.

Le cuento mis estados de ánimo del momento. Lo difícil que resulta soportar el tratamiento, el hecho de que Laurent no parece entusiasmado con la idea de acompañarme en este recorrido. Como si yo lo hiciera expresamente.

Hace tres años que intentamos tener un hijo. Un año que tratamos de averiguar qué es lo que no funciona. Le costó aceptar la idea de consultar a un especialista. Según él, es culpa mía.

Es culpa mía. Me lo recuerda regularmente cuando le reprocho que no hace muchos esfuerzos.

Es culpa mía, sobre todo, desear tanto tener un hijo. Así es. Si abandono ahora, no lo conseguiremos. Empezar el tratamiento en un momento en que mi horario laboral está sobrecargado quizá no haya sido una buena idea, pero no

tengo elección. Si lo retraso demasiado, llegaré al límite de edad.

En la época de Malou, todo esto no existía. En la época de Malou, era más bien lo contrario lo que planteaba problemas. Tenerlos cuando no los querías.

Luego le hablo de ese paciente que me conmueve. Ese paciente que me preocupa. Porque me gustaría que estuviese bien y, muy al contrario, su punto de partida se encuentra a una distancia enorme. Quebrado a la edad de todas las posibilidades. Un caballo fogoso derribado. Me digo que quizá me he pasado un poco queriendo azuzarlo. Pero compadecer a los pacientes no facilita en absoluto la recuperación.

—Un bombero que ha caído desde un octavo piso tiene motivos para temer por su futuro. ¿Se lo has dicho con amabilidad? —me pregunta Malou.

—No, creo que no.

—Lo arreglarás... sonriendo, pasa siempre.

—¿De verdad?

—Si la sonrisa es sincera, sí.

—¿Te he dicho que se llama Roméo?

Verla marcharse

No la he oído llegar. Dormitaba para olvidar un poco el dolor. Los analgésicos no siempre lo ahogan. De todas formas, creo que estoy acostumbrándome. Como les sucede con el ruido del tren a los que viven junto a las vías. Solo cuando están cansados o bajos de moral oyen pasar de nuevo las locomotoras.

Además, me aburro mortalmente. El sueño ayuda a que pase el tiempo. Tengo la impresión de ser un perro que dormita todo el día en su cesto esperando a su amo.

Yo no sé a quién espero. Y no muevo la cola.

A Vanessa ya no la esperaba. Está aquí. Incluso me sonrío. Qué honor. O bien tiene que pedirme algo, o bien siente, pese a todo, una pizca de compasión por mí.

—Hola, hermanita.

—Hola.

—¿Qué tal estás?

—Es a ti a quien hay que preguntárselo.

—Yo estoy bien. En plena forma —digo en tono irónico—. Pero has venido a verme, así que me siento mucho mejor. ¿Va todo bien en casa de mi jefe?

—Se hace lo que se puede. Solange es un auténtico plomo. No me deja hacer nada. Y antes de poner los pies en mi habitación, tengo que pisar unas bayetas para desplazarme patinando el parquet. ¡Unas bayetas! No había visto nada semejante en mi vida. Es una maniática. ¡No hay quien la aguante!

—Un poco de paciencia, Vanessa. Gracias a ellos, no has ido a un hogar de acogida, ¿lo habrías preferido?

—No.

—Pues ya está.

—Pero ¿no hay nada más en su vida que el brillo del parquet?

—A lo mejor no.

—Acaba conmigo antes de que me vuelva así.

—Tú no serás nunca una maniática de la limpieza. Hacen falta unas bases sólidas antes de llegar eso...

—¡Bufff!

—Bueno, ¿y aparte?
—¿Aparte de qué?
—¿Alguna novedad?
—He sacado un cinco en mates. Está bien, ¿eh?
—No está mal. Puedes hacerlo mejor.
—Siempre puede hacerse mejor. Pero con el aprobado tengo suficiente, ¿no?
—No te conformes con tener suficiente.
—Aparte de eso, he ido a ver al bisabuelo.
—¿Le has dicho lo mío?
—¡¡¡No!!! ¿Estás loco? No quiero cargármelo.
—No habrá más remedio.
—¿Que cargárselo?
—¡¡¡Que decírselo!!! Preguntará por qué he dejado de ir a verlo. Cuéntaselo. No hace falta que le des detalles. De todas formas, no va a venir a verme. Podemos inventarnos lo que queramos.
—Vale. La próxima vez se lo digo.
—¿Y cómo está?
—Está como un anciano en una residencia de ancianos.
—¿Necesita algo?
—Un paquete de Amsterdamer y papel de liar.
—¿Se lo comprarás?
—No puedo. Sabes perfectamente que el del estanco solo te lo vende a ti.
—Hazme una foto y enséñasela para que vea que lo tengo un poco difícil para ir en una temporada. O pídele a mi jefe que lo compre. En cuanto al dinero, ¿cómo te las arreglas?
—No me queda nada. Tenías que ir a sacar al volver de la guardia.
—Dile a Christian que venga, tenemos que hacer papeles.
—¿Qué papeles?
—Poderes. No puedo moverme de esta cama, alguien tendrá que administrar nuestras cosas.
—¿Es que piensas quedarte mucho tiempo aquí?
—Vanessa, tengo para semanas, quizá meses.
—¿¿¿Meses??? ¡¡¡Pero yo no quiero pasarme meses patinando sobre bayetas!!!
—¿Se te ocurre otra idea?
—Puedo arreglármelas sola en casa.
—Ni hablar.
—¿Por qué?
—Porque eres demasiado joven.

—Para ti siempre soy demasiado joven. Te recuerdo que tengo catorce años.

—Catorce años no es edad para vivir sola. Con bayetas o sin bayetas, te quedas en casa de Christian y Solange. Eso o el hogar de acogida.

—Me pones mala.

—Ya lo sé, pero así es la vida.

Después se ha marchado sin despedirse.

Me ha dolido. Sobre todo por no poder levantarme de esta cama y alcanzarla en el pasillo. Cogerla por los hombros para retenerla y rodearla entre mis brazos para contenerla. En modo mal bicho, explota y no se controla. Solo consigo apaciguarla abrazándola fuerte y diciéndole palabras dulces, poco a poco. Y aun así, a veces cuesta mucho.

No sé adónde ha ido. Podría hacer cualquier cosa, yo no me enteraría y, sobre todo, no podría impedirselo. Soy consciente de que cada vez es más autónoma, de que debo aflojar la cuerda, pero no tanto como ella quisiera, al menos en este momento, en este período difícil para ella.

Verla marcharse así, dejándome clavado en la cama, me ha hundido. La auxiliar ha entrado en ese momento para cambiarme la bolsa de orina. Ha empezado a ponerme la cabeza como un bombo porque estaba demasiado llena y debería haber llamado antes. Hace rato que estoy deseando decirle lo que pienso a esta especie de Rocky de la unidad, de mirada bovina y con la delicadeza de un leñador. He gritado tan fuerte que me deje en paz que la enfermera de día ha venido corriendo. Dentro de un rato me trasladan de unidad. Mejor, así no volveré a verla. En todas partes hay monstruos, pero cuando uno está en lo más bajo no debería tener que cruzarme con ellos.

Mi querido Tú:

Estoy harta. Nadie cree en mí. Todos piensan que soy un fracaso. Me exigen cada vez más. Trabajar a tope en clase e ir a donde me dicen que vaya, andar por casa pisando bayetas y sentarme erguida a la mesa. No hay muchas posibilidades de que me sienten delante de la tele con una bandeja para ver *Anatomía de Grey*. En fin, ya veremos, no son mis padres. Sí, vale, se han enrollado dejándome estar con ellos para evitar el hogar de acogida, pero no tengo ninguna obligación de rendirles cuentas. A mi hermano, sí, porque es la condición para que me tenga a su cargo. Pero se ha torcido todo. ¡¡¡¿¿¿Meses???!!! ¿¿¿Cómo voy a aguantar meses???

Y ahora tengo un problema añadido que afrontar. Todavía tengo una o dos semanas, pero no me queda más remedio que decírselo. Voy a esperar a que esté un poco mejor.

A veces me gustaría ser ya una adulta. O haber dejado del todo de estar aquí. Dudo entre esas dos cosas.

¡Vacía!

Hace cuatro horas que espero a Laurent.

Son las doce del mediodía y sigo esperándolo. Me había prometido que estaría aquí. Me había asegurado que podría coger tiempo libre. Le he llamado veinte veces al móvil y todas me ha saltado el contestador.

Tenía que venir para la muestra y no se ha presentado. La comadrona lo siente muchísimo por mí, me mira con una sonrisita de incomodidad, como si se disculpara por la situación. Me promete que intentará incluirme lo antes posible en otro ciclo, pero sin garantizarme nada. A veces hay que esperar seis meses. He hecho todo esto para nada. El cansancio, las inyecciones, las hormonas, los efectos secundarios. Para nada.

Cuando llego a su sucursal, respiro hondo. Su coche está aparcado en el patio. O sea, que está allí. Me dirijo hacia su despacho con paso decidido, sin hacer caso de las recriminaciones de una empleada que intenta impedirme entrar, y me encuentro delante el espectáculo que esperaba. Me he pasado toda la noche trabajando. He ido directamente del hospital al laboratorio, habíamos quedado allí para poner nuestro futuro en manos de grandes especialistas, y el señor está reunido con unos compañeros.

—¿Por qué no has venido?

—¡Juliette, estoy reunido, no puedes molestarme así!

—Me importa un bledo tu reunión, me habías prometido que vendrías.

—¿Qué iría adónde?

—¡A la cita para la reproducción asistida!

—¿Era hoy?

—Sí, era hoy. Y por tu culpa, habrá que esperar seis meses más. ¿Cómo has podido olvidarlo? A veces me pregunto si de verdad quieres un hijo.

No miro a sus compañeros, pero me siento observada. Laurent intercambia sonrisas con ellos, como si se burlara de mí.

—Teníamos que tratar cosas importantes.

—¿Y yo? ¿Yo no soy importante? ¿Y el niño? ¿Tampoco es importante?

—En la vida hay prioridades. Y ahora vas a salir y a cerrar la puerta para dejarnos tranquilos. No pintas nada aquí. Te recuerdo que tenemos que hacer todo eso por tu culpa. Y te había dicho que me lo recordaras.

—Te he llamado veinte veces al móvil, pero, si está apagado, hay pocas posibilidades de que consiga que suene.

—Siempre que estoy reunido lo apago.

—Se suponía que no ibas a estar reunido.

Laurent se levanta golpeando la mesa con las palmas de las manos —cosa que hace dar un respingo a la única mujer presente, sentada junto a él—, se acerca a mí y, tras agarrarme con fuerza de un brazo, me empuja hasta otra habitación.

—Disculpadme, vuelvo enseguida. A veces se pone un poco histérica, pero es buena chica. Seguramente el tratamiento se le sube a la cabeza.

Miro a su compañera, que parece incómoda por la escena, pero no se atreve a reaccionar en medio de esos hombres que despliegan una sonrisa estúpida de aprobación. Me siento humillada en mi aflicción. Doble aflicción.

—Volveremos a empezar, no es para tanto —me dice en voz baja.

—Sí, dentro de seis meses, cuando las otras parejas, las que han hecho bien las cosas, las que acuden a las citas, lo hayan conseguido. Y entre tanto yo envejezco, pierdo oportunidades, veo grandes barrigas por la calle y me siento vacía. ¡¡¡VACÍA!!!

—No es razón para que te creas que lo tienes todo permitido e irrumpas así en mi despacho. Y si no te gusta, no sigas contando conmigo para esto. Venga, deja de lloriquear y vuelve a casa. Esta noche hablamos. ¡Y no olvides hacer la compra, la nevera también está vacía!

Me hace salir por otra puerta y le oigo decir a los reunidos lo difícil que es vivir con las mujeres, rebosantes de hormonas y de emociones, a lo que ellos responden riendo. La empleada también debe de sonreír y hacer como que le parece gracioso para que no la tomen por una mujer rebosante de hormonas y de emociones, porque es preciso ser fuerte en este mundo de tiburones que no tienen ningún interés en saber lo que sienten los demás.

Necesito cambiar de aires. Me voy a ver a Malou. Ella sí que me ofrece ternura y amabilidad.

Echar de menos

Lleva tres días sin venir.

La echo de menos. No sé dónde está ni lo que hace. No sé si sigue viva, si se levanta por la mañana y se acuesta por la noche. No sé nada y la echo de menos. Pero la conozco, es capaz de hibernar en la gruta de su rencor y despertar más adelante como si tal cosa.

La echo de menos.

Mi hermana es mi razón para vivir, mi carburante, mi motivación permanente. No debería. Debería ser yo mismo mi razón para vivir. Pero es así. Con Vanessa, sé por qué existo. Salvo en estos momentos. Aparte de molestias, no le apporto nada.

A veces me preocupa. Dice que nadie la quiere, que más le valdría estar muerta o, mejor aún, no haber nacido. Por más que le digo que la quiero, replica que entre hermanos eso no tiene ningún valor.

Para mí es valiosísimo. Lo que más vale. No dejo de repetírselo, un día acabará por entenderlo.

Dentro de un tiempo, seguramente podré volver a utilizar el teléfono. De momento todavía estoy prácticamente inmóvil. Cada pequeño movimiento añadido que adquiero es una victoria. Lo tomo como tal desde que Juliette me echó una buena bronca porque me encontraba demasiado negativo.

Que conste.

Pero en ocasiones me resulta insoportable distanciarme y ver las pocas cosas que soy capaz de hacer. Aparte de pensar y sentir, todo lo demás está embridado. Así que, para compensar, pienso y siento con el triple de intensidad.

La echo de menos.

Las echo de menos.

Malou y la desdicha de la gente

Al entrar en el comedor, Malou se fija enseguida en la enfermera que está en cuclillas junto al anciano, sentado un poco aparte, y le coge la mano. Parece que él está llorando, aunque intenta disimularlo gesticulando y frotándose torpemente los ojos con la manga.

Malou y la desdicha de la gente. Siempre esa necesidad de tratar de aliviarla. Así que se acerca discretamente, coge una revista al azar y se sienta lo más cerca posible del señor en cuestión. Como si tal cosa. Quiere enterarse de todo.

—¿Qué le pasa? —pregunta la enfermera.

—Acabo de enterarme de una mala noticia.

—Cuénteme.

—Se trata de mi bisnieto. Es bombero. Se ha caído desde un octavo piso.

—¿Se ha salvado?

—Sí, pero al parecer está muy mal. Su vida ya no corre peligro, pero ¿cómo saldrá adelante?

—Todo irá bien. Tenga confianza.

La enfermera se ve interrumpida en ese momento por una compañera que necesita su ayuda urgentemente. El calor de una mano tendida nunca dura mucho tiempo cuando hay escasez de personal.

Que no quede por eso: Malou también tiene las manos calientes. Deja despreocupadamente la revista, de la que no ha leído nada, y espera a que la enfermera haya salido de la habitación para acercar una silla a la del hombre.

—Sin querer he oído parte de su conversación y he visto que parece usted triste. Lo siento por su bisnieto. Dígame: ¿no se llamará Roméo por casualidad?

Free hug

Cuando he vuelto para hacer el turno de noche después de dos días de descanso, me he encontrado con dos agradables sorpresas. La primera es que estoy de guardia con Guillaume, que sustituye a una compañera enferma y que, pese a que lo han avisado a las seis de la tarde, ha conseguido traer unos dulces. Se pasa el tiempo en la cocina, incluso los días de descanso. Es probable que sobre todo los días de descanso.

La otra sorpresa agradable me la he llevado cuando he ido a saludar a Roméo y lo he visto sonreír. Ha debido de reflexionar, rumiar, comprender, progresar. Lo trasladan mañana. Estaremos unos días sin vernos, pero después deberíamos coincidir en traumatología, siempre y cuando no tenga ninguna complicación por la que deban llevarlo a otra unidad. He acabado por tomarle apego.

—¡No está bien, y lo sabes!

—Sí, Guillaume, lo sé. Pero ¿cómo te las apañas tú para ir en contra de lo que sientes?

—No siento, eso evita tener que luchar.

—No te creo.

—Me obligo a entrar en razón.

—Pues dime cómo.

—Eso no se puede explicar. Pero no me gusta apegarme a nadie. Cuando uno se apega, por fuerza acaba desapegándose, y suele ser doloroso.

—Puedes apegarte a alguien sin tener que sufrir por desapegarte después.

—¿Tú crees?

—No sé.

—Mientras no te enamores de los pacientes, accedo a dejar que les tomes apego. Pero no te confíes, que te vigilo.

—Tomar apego y enamorarse son dos cosas distintas.

—Ya, pero la frontera a veces es muy borrosa.

—Para mí, no.

—¿Quieres un almendrado?

—¿Ves? Por ejemplo, yo estoy muy apegada a ti, y eso no significa que esté enamorada.

- Lástima —me dice sonriendo.
—Para.
—Ya veremos. Me gusta que te sonrojes.
—No me sonrojo.
—¡No ni poco! ¿Quieres un espejo? No es a mí a quien tienes apego, sino a mis creaciones culinarias.
—Haces que me sonroje y que engorde, ¿y estás orgulloso de ti mismo?
—Deseo que engordes por otras razones, cielo.

Nos hemos sentado junto al escritorio mientras en la sala de descanso sale el café. Es un momento agradable. La unidad vuelve a estar tranquila. Miro al infinito. Guillaume completa un historial. Mis ojos se detienen en él. Está concentrado, con el entrecejo fruncido y algunas arrugas en la frente. Tiene un tic. No para de contraer la mandíbula. Bajo una apariencia de tranquilidad, este hombre está en tensión permanente. No sé qué hay detrás de su fachada. Habla muy poco. A veces me gustaría ser como él. No sentir la necesidad de abrimme y tampoco sufrir por guardármelo todo. Pero ¿quién dice que él no sufre? ¿Quién dice que los hombres silenciosos no sufren? ¿Que no se parapetan tras el silencio para adaptarse a una imagen impuesta por la sociedad? Ningún derecho a llorar, apenas a reír, prohibición de amar o encariñarse, la ira reprimida y la alegría sospechosa, por no hablar de la ternura. Mientras lo observo, pienso en algunas alusiones que ha hecho hace un momento. Parecía decir que era una pena que yo no quisiera dar mi amor a otro y que la diferencia de edad era irrelevante. Me pregunto si está intentando decirme algo.

¿Por qué no lo hace? Yo nunca me he comido a nadie.

Tengo la impresión de que estará entretenido un rato más con el papeleo. Voy a ver cómo está Roméo.

- ¿No duerme? —le pregunto.
—No. ¿Usted tampoco?
—Casi nunca dormimos cuando estamos de guardia.
—Pues parece que esto está tranquilo.
—Pero puede cambiar de un momento a otro. ¿Se imagina si tiene una parada cardíaca mientras estoy durmiendo?
—No, no me apetece mucho imaginar una cosa así.

—Era un ejemplo. ¿Se encuentra bien?

—Más o menos. Me gustaría dormir. Estoy cansado de no poder moverme. Yo siempre he dormido de lado, con las piernas encogidas.

—¿En posición fetal?

—Exacto. Y también de no poder respirar aire fresco, ver el sol, las nubes que pasan, los pájaros que vuelan, sentir el viento en la piel. Incluso la lluvia, una lluvia de tormenta que te deja calado hasta los huesos en unos segundos. Echo de menos todo eso.

—Muy pronto recuperará esas sensaciones, ya verá.

Le cojo la mano sonriendo. Es lo único que puedo hacer en este momento para animarlo. Él lo sabe tan bien como yo, hará falta tiempo, la hospitalización será larga, por no hablar de la rehabilitación. No está a punto de volver a subir por una escalera extensible. Si es que vuelve a hacerlo.

—Y además, hace mucho que nadie me abraza. No se atreven a tocarme, a duras penas a acercarse. Mi cara da miedo, tengo la impresión de que a la gente le da miedo romperme todavía más.

—¿Quiere un mimo?

—¿Un mimo?

—En inglés, un *free hug*. Que lo abraze.

—¿Forma parte de las funciones de su profesión?

—Forma parte de mis competencias personales.

—¿Y le está permitido?

—No debe vernos mi compañero, si no, se pasará la noche sermoneándome, pero si a usted puede sentarle bien...

—Me gustaría mucho.

Intento como puedo rodearlo entre mis brazos. No puedo levantarlo mucho, pero aun así consigo introducir un brazo por detrás de sus hombros. Lo estrecho con suavidad, sin decir nada. Un *hug* silencioso, marcado únicamente por los latidos de su corazón, que el monitor delata y que se aceleran ligeramente. Permanecemos así cinco minutos largos. Noto respingos de vez en cuando. Está llorando. Tiene todo el derecho del mundo a hacerlo.

Luego me alejo de su torso y lo miro.

—Creo que debería formar parte de las funciones profesionales de la enfermera, es realmente eficaz —me dice.

—No lo hago con todo el mundo.

—Entonces tengo suerte.

—Yo también. Está inmovilizado en una cama de hospital, con todo el cuerpo espachurrado tras un grave accidente, y me dice que tiene suerte. Para mí es una pequeña victoria.

—Es cuando está usted aquí.

Me he limitado a sonreír y he salido pensando en lo que me había dicho Guillaume. No apegarse demasiado.

¡NO APEGARSE DEMASIADO!

Querido Tú:

Mañana hablo con él. No puedo hacer mucho el tonto con los plazos, si no, estaré de mierda hasta el cuello. Sigo sin saber cómo voy a hacerlo, pero él es el único a quien puedo decírselo...

Fin del plazo

Me han trasladado de unidad. Tal como me había anunciado, Juliette me ha seguido. ¿Azar o coincidencia? Qué más da. Me gustan las consecuencias. Aún no se ha ocupado de mí, hasta ahora no estaba en su sector. Sin embargo, hace tres días, cuando estaba de guardia, pasó a verme, a sonreírme y a informarse sobre las pequeñas cosas positivas que me habían alimentado desde su guardia anterior. Espero desesperadamente la más positiva del mundo para mí: Vanessa. Sé que, cuando elige huir y desaparecer, es que pasa algo. Pero siempre acaba por salir de su madriguera, como si la vida sin mí llenara de humo su guarida hasta asfixiarla, hasta obligarla a salir, sin aliento, y a tomar conciencia de que estoy aquí.

Aquí está.

Su actitud es la que adopta cuando tiene que decirme algo. Por más que asegura que no, que en absoluto, la veo venir desde diez kilómetros de distancia. Hemos estado tan unidos que no puede ocultarme gran cosa. En fin, supongo. Solo espero que no sea una noticia demasiado mala. No parece triste, sino incómoda. Sabe que soy estricto cuando anda por mal camino. No la dejo en paz hasta que hace los deberes y, si tiene que entregar una redacción, le prohíbo salir con sus amigas mientras no la haya terminado. Sabe perfectamente que hago muy bien en actuar así, pese a que pretende hacerme creer lo contrario. Y cuando no las tiene todas consigo, es porque es consciente de haber dado un mal paso. Es capaz de darse cuenta.

Hoy no las tiene todas consigo. Incluso se diría que no tiene ninguna. La dejo avanzar sin intentar sonsacarle nada. Siempre despierta mi curiosidad ver cuánto tarda en soltar lo que lleva dentro.

Al llegar me da un beso en la frente. La única parte de la cara más o menos normal, una vez retirados los vendajes.

—¿Adónde has ido estos últimos días?

—Al instituto, ¿por qué?

—¿No has podido venir a verme?

—No, tenía muchos deberes que hacer.

—¿Y los has hecho todos?

—Sí, sí, no te preocupes, Solange se cree que es mi madre, tengo que enseñarle la agenda todas las noches. Hasta quería preguntarme la lección de historia. Pero a eso sí que me he negado, todo tiene un límite.

—No hay que pasarse, ¿eh?

—Me las arreglo muy bien sola.

—¿Va bien, entonces?

—¿El qué?

—Todo. Sin mí.

—Sí. Solange me ha llevado de tiendas y me ha comprado algunas cosas.

—¿De tu gusto?

—¡Sí, claro, solo faltaría que me hubiese llevado a Damart! Me ha comprado un *boxer pull in* negro con dibujos de fresas.

—Es todo un detalle por su parte.

—Sí. Eso compensa lo demás.

—¿Te has pintado las uñas?

—¿Te molesta?

—Sabes que no me hace mucha gracia...

—Juliette me dijo que, como habías estado muy cerca de la muerte, ahora me dejarías pintarme las uñas.

—¿Eso te dijo Juliette?

—Sí. Bueno, no me acuerdo si lo dijo exactamente así, pero quería decir lo mismo.

—¡Ah!

Juliette entra en la habitación. Cuando nos ve hablando, propone volver más tarde para cambiarme los vendajes, pero Vanessa se apresura a decir que a ella no le molesta.

—La verdad es que tengo que decirte una cosa y prefiero que haya alguien delante por lo que pueda pasar. En tu estado...

—¿De qué estás hablando, Vanessa?

—Tengo un retraso de un mes...

—¿Un retraso de un mes para qué? ¿Para entregar un trabajo?

Vanessa se mira los zapatos intentando desaparecer. Sin éxito. Yo miro a Juliette para tratar de comprender por qué mi hermana no dice nada. Ella me

mira con sus ojos bondadosos y serenos.

—Creo que lo que Vanessa intenta decirle es que está embarazada.

—¿Estás embarazada? ¿Es eso?

—Sí.

Me ha contestado con un susurro apenas audible. Me entran ganas de saltar de la cama para zarandearla, pero estoy clavado al colchón como un crucificado. Aunque el clavo no se hunde en mis pies y mis manos, sino en mi corazón. Miro de nuevo a Juliette, quien me da a entender con sus ojos claros que no reaccione demasiado violentamente. ¿Solidaridad femenina?

Observo a Vanessa, todavía con la barbilla contra el cuello, retorciéndose el faldón de la camiseta. Caigo por segunda vez de un octavo piso. En el estado en que me encuentro ya... Ni siquiera siento dolor. Salvo donde se hunde el clavo. Mi hermanita, mi pequeño cielo, la niña a la que cuido desde que era una pulga, la princesita con coletas a la que llevaba de la mano al colegio, se ha acostado con un chico. Sin tomar precauciones.

Y yo no lo he visto venir. No he sospechado nada. Porque un cálculo rápido me hace cobrar conciencia de que sucedió antes de mi accidente y de que quizá no fuera la primera vez.

—Pero ¿cómo ha sido?

—Pueees... buenooo...

—Roméo, no creo que eso sea lo más importante en este momento. Ya habrá tiempo después de reflexionar sobre el porqué y el cómo. Lo urgente es saber lo que hay que hacer ahora.

—¿«Lo que hay que hacer»? ¿Se le ocurren muchas soluciones?

—Tengo que abortar —dice Vanessa muy bajito—, pero debe acompañarme un adulto.

—Pues nada, pásame la ropa y vamos ahora mismo.

Mi tono es irónico, casi malintencionado. Me arrepiento al instante, pero no controlo. Estoy rabioso. Los ojos claros de la enfermera retienen esa rabia en mi interior, pero sigue ahí. Por un lado, me horroriza la idea de que mi hermana de catorce años tenga que abortar. Por otro, esa situación me enfrenta a mi dependencia total. Vanessa me necesita más que nunca y yo no puedo ayudarla.

Juliette ha estado a punto de tomar la palabra, pero ha cambiado de opinión. Guarda un papel en mi historial. La veo reflexionar. Ninguno de los tres dice nada. Hasta que Juliette se decide:

—Puedo acompañarla yo. Soy mayor de edad —dice, un poco nerviosa.

—¿Lo haría?

Vanessa levanta la cabeza. En sus ojos, un destello de esperanza.

—¿Por qué no iba a hacerlo?

—¡Porque no es su problema!

—Lo será si usted intenta levantarse para acompañarla. ¿Estás segura de la fecha de la última regla?

—Sí —se apresura a responder mi hermana—. Me he informado, todavía estoy dentro del plazo.

—Mañana es viernes, ¿tienes clase?

—Sí.

—Da igual, el médico te hará un justificante.

—¿No pondrá el motivo?

—¡Claro que no! Yo no trabajo, puedo acompañarte mañana por la mañana.

Una carga para nadie

Es sábado, he quedado con Malou. Desde hace algún tiempo parece rejuvenecer. Me pregunto si será a causa de la comadrona del 14 de Julio o si de verdad ha acabado conociendo a alguien.

¿Por qué tengo al mismo tiempo la impresión de estar yo envejeciendo?

Mi abuela lleva un traje de chaqueta malva muy elegante, con encaje en el escote, medias de compresión, pero a juego con el conjunto, y zapatos de salón con los que, pese a tener algo de tacón, camina con paso seguro. La costumbre. Siempre la he admirado por eso, porque yo me tambaleo en cuanto me elevo tres centímetros del nivel del suelo.

Se ha perfumado y se ha puesto colorete en las mejillas. Está muy guapa. No me extrañaría que un hombre sucumbiera a sus encantos.

Hemos subido al primer piso de la pastelería y hemos encontrado sitio junto a la ventana. A Malou le gusta ver pasar a la gente, ver pasar la vida.

—Estás radiante —le digo con sinceridad.

—Gracias, cariño. Me gustaría mucho poder decir «tú también». ¿Qué pasa?

—No me he maquillado.

—Y cuando no te maquillas es que las cosas no van bien. Así que ¿qué pasa?

—Tengo un montón de dudas sobre todo este proceso para quedarme embarazada. Es complicadísimo. Me da la impresión de que lo hago todo mal. Se me olvida recordarle las citas a Laurent.

—Ya es mayorcito, ¿no? En el banco le dan una magnífica agenda todos los años, además de un teléfono con tantas funciones que casi podría hacer tostadas. ¿No crees que puede arreglárselas él solo?

—Sí, pero la culpa de que tengamos que hacer todo esto es mía. Así que me corresponde a mí hacer todo lo posible para que a él no le resulte demasiado complicado. No es muy agradable ya de por sí...

—¿Quieres un látigo para flagelarte?

—No, claro que no.

—Pues así es como acabarás. No eres la primera mujer que pasa por esto. Mantén el ánimo, no abandones, si no, será él quien te abandone a ti...

—¿Quién, Laurent?

—¡No! ¡El ánimo!

—Ayer acompañé a una cría de catorce años que va a abortar. No dejé que se notara, pero me sentía fatal.

—¿Quién es?

—La hermana del paciente bombero del que te hablé. Evidentemente, él no estaba en condiciones de acompañarla.

—¿Estás segura de que te corresponde hacerlo a ti? ¿No habría podido ir otra persona?

—Se trata de una situación especial, no lo pensé. Me di cuenta de que los dos necesitaban que me ofreciera.

—¿Cómo fue todo?

—Era la primera cita. Presentación y explicación de lo que hay que hacer: entrevista con un psicólogo, ecografía y otra cita dentro de una semana. Me la llevaré después a casa para que no esté sola después de tomar las pastillas.

—¿Estás segura, cariño?

—No puedo dejarla sola. Y no quiere decírselo a las personas con las que vive desde que su hermano está en el hospital.

—¿No tiene padres?

—Biológicos, sí. Por lo demás... su tutor legal es mi paciente. Y él, ni siquiera con un tutor se mantiene erguido...

—Todo esto es muy triste.

—El mundo está mal repartido. A mí me gustaría tener un hijo y no puedo, y otras mujeres no lo quieren y...

—Así es la vida. A veces decide por nosotros, y con buenas razones.

—¿Por qué lo dices?

—Porque tengo dudas sobre tu pareja.

—Malou, ya hemos hablado de eso, no quiero volver a darle vueltas.

—De acuerdo, como tú quieras. En cualquier caso, tu paciente se llamará Roméo, pero su bisabuelo está en Las Golondrinas.

—Ah, ¿sí? ¿Estás segura?

—Segurísima. Le oí hablar del accidente con una enfermera. En nuestra pequeña ciudad, no se cae un bombero todos los días. Y si es de un octavo piso y se llama Roméo, no cuesta mucho establecer la conexión.

—¿Has hablado con él?

—Lo he consolado como he podido. Cuando se enteró de que mi Juliette era quien se ocupaba de su Roméo, se quedó más tranquilo. Nos pasamos toda la noche hablando.

—¿Cómo es?

—Dulce. Afable. Inteligente. Tiene ochenta y cinco años y está

completamente lúcido, como yo. Su mujer murió. Su única hija también. Su nieta no puede ocuparse de él, y no quería ser una carga para sus bisnietos. Por eso está allí. Más o menos como yo. Entre cargas nos entendemos bien.

—Tú no eres una carga para nadie, Malou.

—Soy una carga que no quiere ser pesada. ¿Te acuerdas de que dentro de poco subiremos a la catedral?

—Sí, me he reservado el día. No me lo perdería por nada del mundo.

Bisabuelo-sorpresa

No sé si ha sido para que me olvidara del aborto, pero Vanessa me ha dado hoy una magnífica sorpresa. Ha entrado en la habitación para comprobar si estaba presentable (en fin, es una manera de hablar, de todas formas, en estos momentos...) e inmediatamente ha salido. Unos segundos más tarde, la he visto luchar con la pesada puerta de mi habitación empujándola con la espalda, a la vez que tiraba de una silla de ruedas. ¿Y quién iba sentado en ella? ¡El bisabuelo! Vanessa ha ido a buscarlo a la residencia de ancianos y ha hecho lo imposible para convencer al equipo de enfermeras, haciéndoles creer que yo estaba moribundo y que nuestro bisabuelo no tendría otra oportunidad de verme con vida. Al final han accedido y han pedido un taxi para que lo trajera aquí. Era un riesgo considerable, dada la fragilidad de su corazón. Cuando lo he visto mirarme, me he dado cuenta de que aquello suponía un duro golpe para ese corazón. Pero me alegraba de que hubiera venido. Me preocupaba, pero me alegraba.

—¡Madre mía, Roméo! —exclama antes de recuperar la respiración presionándose el pecho.

—Bisabuelo, ¿estás bien? ¡No irá a darte un ataque ahora!

—¡No, no! No te preocupes, no tengo ganas de marcharme todavía. Pero... verte así me duele... ¡Virgen santa...!

Es la primera vez que veo llorar a mi bisabuelo. No lloró ni cuando murió mi bisabuela. Eso me conmueve. ¿Será la edad? ¿Se puede uno volver incontinente de lágrimas?

—Bueno, no llores más, me recuperaré. Estoy cada día mejor.

—¿Te recuperarás del todo?

—Eso espero.

—¿Para cuánto tienes?

—Ni idea. Para mucho. Pero la enfermera me dice que no piense en eso.

—Tiene razón, yo hago lo mismo.

—¿Y por qué vas en silla de ruedas?

—¿Tú has visto los kilómetros de pasillos que hay en este dichoso hospital? Ya no podía más. Tu hermana ha encontrado esto en un rincón, lo ha cogido sin preguntar a nadie y me ha empujado a toda velocidad por los pasillos. ¡Nos hemos reído un montón!

Vanessa ha salido entonces de la habitación, supuestamente para ir a por una Coca-Cola a la máquina del vestíbulo. Con toda probabilidad, por una necesidad irreprimible de enviar mensajes a sus amigas, actividad de la que ya es incapaz de prescindir. Ella también necesita ramas a las que aferrarse, ¿y a quién recurrir sino a sus amigas? Para ella, el bisabuelo es una rama vieja, y yo, un montón de serrín.

—Me alegro de que hayas venido, bisabuelo. Tú eres nuestra única familia de verdad, y aquí me siento muy solo para ocuparme de Vanessa.

—No está en la calle. Tienes un compañero con el que se puede contar. Y además, tu hermana no parece muy infeliz, ¿sabes? Esto le da independencia. Puede que sea la ocasión para que dejes de estar tan encima de ella, ¿no crees?

—Puede.

—De todas formas, ¿qué más quieres hacer? Cuídate tú y lo demás ya vendrá. Mírame a mí. Ahora estoy bien. Mejor que hace unos meses, cuando me pasaba el día pensando en la muerte. Está claro que nunca hay que tener prisa por tirar la toalla. Las cosas pueden dar un vuelco en cualquier momento.

Vanessa ha vuelto para decir que el taxista había llegado y esperaba al final del pasillo para llevar al bisabuelo a la residencia de ancianos, tras su breve escapada para ver a su bisnieto moribundo, que no estaba del todo seguro de querer morir. Tampoco él, después de todo.

No tener nunca prisa por tirar la toalla. Y menos aún cuando se lucha contra la muerte.

Fuera del matrimonio

—Me habría gustado que nos hubiéramos casado antes de quedarme embarazada.

—¿Para qué?

—No sé, como algo simbólico. Y para ofrecerle a nuestro hijo una estructura oficial de acogida.

—¿Necesitas una boda para estructurarte? Yo no estoy preparado. Dame un hijo y después hablamos.

—¿Por qué no quieres?

—Es un detalle. Lo que cuenta es que me quieres, ¿no?

—Sí. Pero para mí no es un detalle.

—Para mí, sí, así que, cariño, vas a ser tan amable de parar de darme el coñazo con eso. Deberías estar contenta de que estemos juntos. De no ser por mí, lo más probable es que siguieras sola. Pero de eso no parece darte cuenta.

—Sí, claro. No sé qué haría sin ti.

—Entonces ¿dónde está el problema?

—No hay ninguno. Todo va bien.

—Eso está mejor...

La astucia de los psicólogos

Aunque me fastidia, creo que voy a deberle una cena a Juliette. Tenía razón, estoy recuperándome bastante bien, mejoro de día en día.

Hoy ha venido a verme una psicóloga, una mujer joven. No sé quién me la ha enviado, pero no tenía mucho que decirle. Al menos eso es lo que pensaba. Me ha anunciado que en ese primer encuentro simplemente nos conoceríamos y que después ya se vería. La mujer me ha pedido que le cuente lo que pasó. Como había reconstruido perfectamente el puzle de mi caída, he podido describirle los hechos, preguntándome de qué le serviría, puesto que ya debía de haberlo leído todo en el historial. Y lo mismo respecto a la situación en la que me encuentro en relación con mi hermana. He comprendido por qué estaba aquí cuando me ha preguntado cómo vivía todo eso. Al principio he querido mostrarme fuerte diciéndole que, en definitiva, las cosas no iban mal, que estaba saliendo adelante bastante bien, que iba mejorando poco a poco. Pero ella ha hundido su cucharita en lo más profundo de mí para extraer el sustancioso sufrimiento. Los psicólogos hacen eso con mucha astucia.

—Me siento totalmente despojado de todas mis funciones protectoras respecto a mi hermana. Y eso me duele.

—¿Cómo está ella?

—Parece que bien, pese a todo. Al principio fue difícil. Creo que tenía mucho miedo de que muriera, pero ahora que se ha tranquilizado está cada vez mejor. Yo, no.

—¿Por qué?

—Porque he tomado conciencia de la fragilidad de la vida. He tenido que afrontarla en el ejercicio de mi trabajo. Muertes he visto unas cuantas, pero cuando se trata de la tuya no se ven las cosas igual. He pasado por períodos fluctuantes en los que no acababa de saber si estaba vivo o muerto.

—¿Qué es lo que le aterra de la fragilidad?

—Si soy frágil, no puedo cuidar de mi hermana. Ella me necesita para que la proteja del mundo, de los demás, de las desgracias que podrían ocurrirle. Hemos sufrido bastantes.

—Usted hace lo que puede, ¿no?

—Hasta ahora, sí, pero he dejado de poder.
—Este accidente lo ha destrozado. ¿Qué más se podría hacer?
—Nada.
—El resto es cosa de la vida. Confíe en ella.
—¿En la vida? Me ha traicionado, ¿cómo voy a confiar en ella?
—¿De qué modo le ha traicionado?
—Impidiéndome hacer las cosas lo mejor que está en mi mano.
—No, eso no se lo impide. Le impide simplemente continuar como antes. Es una contrariedad, pero qué se le va a hacer. No tiene elección. En el reparto de cartas, no siempre es posible escoger el rey, pero las otras cartas también tienen valor.
—Pero mi hermana necesita algo más que eso.
—¡Y usted qué sabe!
—Necesita un hermano mayor que la proteja, que sea fuerte y sólido.
—¿Y no es así?
—¿Me ha mirado bien?
—Sí, por eso lo digo.
—¿Qué tengo de sólido?
—¿De qué solidez habla? ¿De la del cuerpo? Su hermana probablemente necesita más la solidez de su amor y de su fe en la vida que de unos músculos en condiciones de contraerse y unas piernas que le permitan desplazarse. La protegerá mucho más transmitiéndole su deseo de vivir que interponiéndose entre ella y las desgracias que puedan sucederle. Enséñele a afrontarlas sola ocupándose de las suyas con optimismo y determinación, ¿no?

Sí.

Después de eso, se ha levantado diciendo que volvería la próxima semana. He esperado a que hubiera cerrado la puerta para llorar contra la almohada.

Ha hundido muy hondo su cucharita...

Pero sé que poseo esa fuerza de la que habla.

Mi querido Tú:

Ya está hecho. Ha sido horrible. Me dolía tanto y sangraba tanto que pensaba que me iba a morir. Me vaciaba como un cerdo degollado. Juliette, la enfermera, me había dado unas compresas enormes que había cogido del hospital. Me pasé dos horas cambiándomelas continuamente. Después, la cosa se calmó. Ella me tranquilizó. Creo que es el miedo a morir lo que me causaba dolor. ¡No quiero morir! Mi hermano me necesita demasiado en este momento.

O si no, morimos juntos. Aunque él no parece muy decidido. Y el bisabuelo, tampoco. Me ponen mala, aferrándose de ese modo a la vida. Te lo hacen creer, y al final resulta que no, que la vida no está tan mal, dicen. Ya, habría que verlo. Pero yo no me voy sin mi hermano, y a la inversa.

Pensaba que abortar sería fácil. Eso es lo que me había dicho la chica de la otra clase que lo hizo el año pasado. Después de todo, si una no quiere el niño, se toma unos medicamentos y punto. Pero, aun así, en el momento en que se va, se te hace una bola en el estómago. Una gran bola de nervios. Porque te acuerdas de las clases de ciencias, del óvulo que se encuentra con el espermatozoide y de la consecuencia unos meses más tarde, te acuerdas de la ecografía de la semana anterior en la que, aunque fingieras no mirar, viste algo que se movía en la pantalla y no eres tan tonta como para no darte cuenta de que es el corazón, que late. Porque, al tomarte las pastillas, te dices que lo que estás machacando es ese corazón. Así que, no, fácil no es. Me dije que hacer eso era repugnante. Y que, si mi madre hubiera hecho lo mismo, yo no estaría aquí. Mira, quizá eso es lo que debería haber hecho ella.

Juliette me dijo que era así, que no tenía muchas más opciones, y que ese embrión no me guardaría rencor... Me trató con mucha ternura. Igual que a mi hermano, también a él lo trata con mucha ternura.

En su casa está todo tan ordenado como en un piso piloto. Le hizo gracia cuando se lo dije. Me explicó que su pareja no soporta el desorden. Yo lo que no soporto es el orden. Si puedo andar en línea recta en mi habitación, es que algo va mal. Pero, no creas, dentro de mi caos soy ordenada. Siempre lo encuentro todo. Bueno, menos el blíster de pastillas. Por eso me quedé embarazada.

Pero ahora estoy tranquila. Me han puesto un implante en el brazo. Con un poco de suerte, ni siquiera tendré la regla. Y la tranquilidad es para tres años. Sin necesidad de pensar. Esa cosa metida bajo la piel, no hay riesgo de que la pierda en el caos de mi habitación. No conocía este sistema. Ha sido Juliette quien me lo ha explicado y me ha enviado a una comadrona, porque el ginecólogo que se ocupó de mí para el aborto no quiso ponérmelo. Demasiado joven, dijo. ¡Debió de parecerle que era demasiado joven para tener relaciones, claro! Con Juliette, noté que deseaba de verdad que no volviera a pasarme.

Así ya no tendré miedo de acostarme con Raphaël, y con los que se presenten.

El problema es que aquí es más complicado. Me controlan la hora de vuelta a casa. Antes era fácil, cuando mi hermano estaba de guardia. Teníamos el piso para nosotros. Por otro lado, en estos momentos Raph me pone de los nervios. Está todo el rato dando vueltas alrededor de esa nueva que llegó hace dos semanas. Los chicos caen como moscas, amontonadas al pie de la ventana, solo que ella se pase la mano por la larga melena. Son lamentables. ¿Qué tiene ella que no tenga yo?

Ya está decidido, seré enfermera. Y nada me hará cambiar de opinión.

¡Absolutamente nada!

En lo alto de la catedral

Hoy es el gran día tan esperado por Malou. Su peregrinación. El otro misterio, junto con el parís-brest. Nunca ha querido explicarme el porqué de ese empeño, pero todos los años, el 20 de mayo, quiere subir a la plataforma de la catedral de Estrasburgo. Trescientos treinta y dos peldaños para sus piernas, que ya llevan ochenta y cuatro años sosteniéndola. Iremos a su ritmo. Y si cada vez hay que tomárselo con más calma, no pasa nada. Ella aguanta. No será eso lo que la mate. Eso no. Así que voy de buena gana.

El día es espléndido. Curiosamente, hace años que el 20 de mayo es un día espléndido. A saber por qué. Malou me asegura que el azar no existe y que ella necesita ver muy lejos desde allá arriba y, por lo tanto, un cielo despejado y, por lo tanto, buen tiempo, y que no hay más que pedirlo.

Si ella lo dice...

Pero desde luego yo le pido a la vida muchas otras cosas y nunca se hacen realidad. Podría escucharme un poco a mí también, ¿no?

Mi abuela me ha propuesto que vaya a buscarla temprano. Acusa el cansancio y se da cuenta de que ese ascenso le exigirá más esfuerzos aún que el año pasado. Todos los años se dice que es la última vez, y eso la invita a disfrutar cada vez con más ganas. Llegará el día en que será la última vez de verdad. La idea me parte el corazón, así que no quiero ni pensarlo. Pero Malou me ha hecho prometerle que continuaré la tradición cuando ella ya no tenga fuerzas para acompañarme.

Está lista. Siempre elegantísima, incluso con zapatillas de deporte. Una blusita de seda sobre una falda plisada, las medias de compresión salvadoras y... las Nike, compradas hace tres años y que la llevan a todas partes cuando el recorrido es un poco escarpado.

Me encanta.

Hemos dejado el coche en el aparcamiento subterráneo Gutenberg, a un centenar de metros de la catedral. Hoy caminamos en vertical, no añadiremos kilómetros en horizontal. Saludamos al señor mayor de la caja, que ya empieza a conocernos, e iniciamos el ascenso junto a otros visitantes. Yo me sitúo justo detrás de Malou, para no tener necesidad de volverme con regularidad y correr el

riesgo de ofenderla. Ella se detiene, yo me detengo. Acuerdo tácito. De momento, no se ha dado el caso...

Ha adoptado un ritmo lento pero regular. Sobre todo, no parar. Creo que este ascenso es un calco de su vida. Malou nunca se ha detenido. Incluso en la residencia de ancianos, continúa. Si se detiene, se muere. Malou no puede morir. Creo que mi cerebro no está capacitado para procesar ese dato.

Me entretengo un momento para responder a un mensaje de Laurent, que me pregunta cuándo llegaré a casa.

Esta noche, cuando estemos de vuelta de nuestro día sagrado...

—¡Te quedas atrás, cariño! —me dice una vocecita lejana, unos peldaños más arriba.

No se le escapa una... La alcanzo fácilmente y aminoro antes de llegar a su altura.

A mí también me gusta este ascenso. Girar, girar, girar por la escalera de caracol y ver, a través de los huecos abiertos en la piedra, las casas circundantes, cuyos tejados sobrepasamos de manera progresiva. Recorrer un pasillo en línea recta también con la impresión de girar, antes de continuar incansablemente por la escalera de caracol. Rozar el vacío atreviéndose a duras penas a apoyarse en las paredes por miedo a que se desmoronen, y nosotros con ellas, cuando hace siglos que están ahí.

Llegamos por fin a la plataforma. Hemos tenido que hacer varios altos para que Malou recobrara el aliento. En cada uno, para evitar atascos, dejábamos pasar a la gente que venía detrás. Las últimas decenas de peldaños se hacían notar en las piernas y Malou se detenía con regularidad. Pero hemos llegado y he podido ver cómo la alegría inundaba sus ojos y sonrojaba sus mejillas. Este año no tirará la toalla, y eso es muy buena señal. Estamos de pie ante Estrasburgo y la llanura de Alsacia. El día es tan claro y despejado que incluso se ven los Vosgos y la Selva Negra. Cuando era pequeña, podías asomarte para ver lo que estaba abajo del todo. Tenías una sensación de inmensidad mirando el suelo, y el vacío hacía que las piernas se volvieran de algodón. Una inmensidad reducida en la actualidad a una reja, a través de la cual la vista ya no es la misma y que impide asomarse para sentir el escalofrío del vértigo y ver bullir abajo a los hombres, como si fueran hormigas que descubrimos bajo una gran piedra al levantarla.

Son los suicidas los que han reducido la inmensidad, en parte para proteger a los que, mientras admiraban el pórtico, no tenían otra opción que dejarse aplastar por setenta kilos de carne ya muerta, cuya alma cansada había perdido el interés

por todo. Es comprensible que hayan puesto una reja. Pero es una pena. Cuando hago partícipe a Malou de estas reflexiones, ni siquiera se toma la molestia de contestar. Sé perfectamente que ella está en otra parte cuando subimos aquí. De modo que la dejo meditar unos instantes mirando a lo lejos. La inmensidad está en el fondo de ella, y no sé qué reja puede contenerla, si es que hay alguna.

Yo creo que no la hay.

Luego me pregunta cómo estoy.

¿Por qué mentirle?

—Tengo la impresión de que voy apagándome mientras intento dar vida, esa vida que no quiere instalarse dentro de mí...

—Dale al tiempo el tiempo necesario para hacer las cosas en el orden adecuado.

—Sí, es verdad.

—¿Y la chiquilla a la que acompañaste para lo de la vida que se había instalado dentro de ella contra su voluntad?

—Fuimos a la segunda cita y me la llevé a casa. Pude hacerlo porque Laurent estaba fuera. A él no le gusta que venga gente a casa, sobre todo para quedarse a dormir, y menos aún si no los conoce.

—Sí, ya lo sé.

—Así que imagínate para un aborto en directo.

—Ni me atrevo.

—Fue una buena idea que estuviéramos juntas. Se asustó y lo pasó mal, sangró mucho. Yo la tranquilicé, le expliqué que era algo más que una regla, que todo aquello era normal. Hablamos de los diferentes métodos anticonceptivos. La convencí de que adoptara uno eficaz para no volver a encontrarse en la misma situación y le conseguí una cita para el día siguiente con tu comadrona del 14 de Julio. Y también hablamos de su hermano. Me dijo lo que sentía. Ese miedo a que muriese y ella acabara otra vez en un hogar de acogida. La animé como pude, pero se da cuenta de que todo puede dar un vuelco en un instante. Resultaba triste.

—Tú no puedes hacer nada.

—Ya lo sé.

—Aun así, le has aportado mucho a esa chiquilla, creo que lo recordará durante mucho tiempo. Puede que siempre.

—Es tan joven para haber vivido ya todo eso... A los catorce años, yo todavía llevaba falda y calcetines blancos, me dedicaba a estudiar y no me fijaba en los

chicos.

—Seguro que tiene sus razones. Nos apresuramos a juzgar a los demás, pero ¿y si el amor es la escapatoria de esa chiquilla que no lo ha tenido?

—¿Se trata realmente de amor?

—Por lo menos, de ilusión de amor. Ya que no lo siente, lo hace. A veces, la ilusión parece tan real que nos convencemos de que lo es. Tanto a los catorce años como a los treinta y cinco o a los setenta.

—¿Tú has tenido muchas ilusiones en la vida?

—Demasiadas. Pero hay una edad en la que ya no es grave en absoluto reconocer ante uno mismo que quizá sea solo una ilusión.

—¿Cuándo?

—Cuando el ha predominado desengaño. Cuando el pasado ha sido tan grave que ya nada lo es.

—¿Y cómo se siente uno en esa ilusión?

—Feliz. Te la deseo.

—...

—¿Bajamos? Tardaremos bastante, me fallan las rodillas. Además, quería llevarte a una pastelería donde hacen los mejores parís-brest de la ciudad.

—Eres enigmática, ¿sabes?

—¿Y qué? —replica ella, con una imperceptible sonrisa burlona.

—Pues que sabes muy bien que me pone de los nervios.

—Algún día te lo explicaré.

—¿Cuándo?

—Cuando yo esté preparada para contarle y tú estés preparada para escucharlo.

—Eso no me dice mucho.

—Ya te dice demasiado...

La luz se apaga

Ha pasado un mes y es la última vez que veo a Juliette. Avanzo demasiado bien para seguir aquí. Los progresos se producen lo bastante rápido para justificar el traslado a un centro de rehabilitación. Me voy mañana. Sabía que era la siguiente etapa. Por un lado, estoy contento, porque mi estado mejora y, aunque sigo sin poder apoyarme en ella, vuelvo a estar asentado en la vida.

Sí, pero...

Está esa mujer a quien se lo debo todo y que va a desaparecer de mi vida con la misma rapidez con la que entró. Y no acabo de aceptarlo. Voy a recuperar un poco a Vanessa, eso es verdad. Es una suerte que nuestro piso sea nuevo. Es pequeño, pero cumple las normas para minusválidos. El ascensor, los amplios pasillos y las puertas anchas me permitirán desplazarme en silla de ruedas, y por lo tanto estar allí con ella cuando pueda ir a pasar los fines de semana a casa. Entre semana Vanessa volverá a casa de Christian y Solange, como quien va a un internado.

Pero Juliette ya no estará. Juliette y sus sonrisas rosa caramelo. Juliette y sus ojos enrojecidos algunas mañanas. Juliette y sus ánimos, que han resistido a todos mis períodos de desesperación. Juliette y sus descansos en mi habitación las noches de guardia para arreglar el mundo cuando yo estaba en forma, o simplemente para hacerme compañía en silencio cuando mi moral flaqueaba. Juliette y sus mimos no incluidos en la lista de funciones de los enfermeros, dispensados a escondidas porque podrían haber dado que pensar y ella no quería que pensarán. Creo que yo era el primero en querer pensar. Pero, en este tipo de cosas, que lo piense uno solo no tiene ningún sentido.

Juliette.

No hemos hablado mucho de ella estas semanas. Debe de tener la costumbre de revelar muy poco. Después de todo, seguramente supone que a los pacientes no les interesa que les cuente su vida. Yo me he abierto mucho en lo relacionado con Vanessa, como si necesitara su aval para las decisiones que había tomado o

que iba a tener que tomar. Soy su hermano, su padre y su madre a la vez. Y sin embargo, no soy todo eso. Así que a veces es complicado. ¿Cómo hablar con ella de su sexualidad, de anticonceptivos, de maquillaje y de ropa, de sus dudas de adolescente? ¿Cómo acompañarla en esta edad difícil cuando yo acabo de salir de ella y no sé nada de la vida, y todavía menos de las chicas de su generación? Juliette me ha iluminado en muchos puntos, y hoy la luz se apaga.

Es mi último día y había visto que ella estaba de guardia. Mi esperanza acaba de ser barrida por la entrada de otra enfermera en la habitación. Le he preguntado dónde estaba Juliette. Ha hecho un cambio en su plan de trabajo. Me siento dividido entre la decepción por que no haya intentado estar aquí y el alivio por no tener que decirle adiós. Así, asunto resuelto. Ha salido de mi vida antes incluso de que yo salga del hospital.

Pese a todo, estoy triste.

Pero Vanessa debe de estar a punto de llegar. Ella también tiene las mejillas sonrosadas. Ella también tiene los ojos enrojecidos algunas mañanas, ella también me hace mimos, vuelve a hacérmelos ahora que ha visto que no soy de cristal. Ella también me ayuda a vivir.

Sin ellas dos, hace mucho que no estaría aquí. Habría soltado la cuerda cuando estaba hundido en la bruma, donde me sentía bien, donde flotaba en una suavidad algodonosa. Son ellas las que me han tendido la cuerda, es por ellas por las que deseaba resistir.

Y ni siquiera lo saben.

El ángel Guillaume

He dudado antes de cambiar la guardia. Pero mi compañera estaba tan desesperada que al final he cedido. Dudaba porque sabía que Roméo se marcha del hospital para ir al centro de rehabilitación. Quería despedirme de él, deseándole ánimos y valor para los meses próximos, porque sé que será difícil. Pero el pequeño ángel Guillaume, que se posa a menudo sobre mi hombro, me ha susurrado al oído: «Le has tomado apego, Juliette, no bajes la guardia. Si le has tomado apego, te dolerá desapegarte, así que corta el hilo ahora, antes de que sea demasiado tarde».

El ángel Guillaume me sigue como una nubecilla de mosquitos cuando paseo en verano junto al agua. Por más que muevo los brazos para ahuyentarlos, vuelven incansablemente. Pero el ángel Guillaume tiene razón, lo sé; no quiero hacerle caso, pero sé que... Así pues, he dejado de mover los brazos y he aceptado la idea de cortar por lo sano. He cambiado la guardia y no lo he visto antes de que se vaya.

A veces pienso en él, aunque sin preocuparme demasiado, porque tiene esa determinación propia de los bomberos que afrontan el peligro, que suben la escalera pese al vértigo. Sé que él volverá a subir, que lo conseguirá. Pienso en él porque me resultaban agradables su presencia, su conversación, sus dudas enternecedoras sobre su hermana. «¿Cree que puedo dejar que se pinte las uñas a su edad?»

Yo le contestaba: «¿Por qué no?».

Mis padres nunca me lo permitieron y a mí eso me parecía un desastre. Estaban tan ocupados en el restaurante que no tenían mucho tiempo que dedicar a mis estados de ánimo y mis preguntas existenciales. Querían que fuese disciplinada para no tener disgustos más adelante. Que fuese una hija modelo que saca buenas notas, que no atrae demasiado pronto a los chicos, y por lo tanto tampoco las complicaciones, y que encuentra un buen partido que los libera de una vez por todas de su responsabilidad. Eso es lo que he hecho. He obedecido, he sido disciplinada, he sido una hija modelo, he hecho lo imposible para no atraer a los chicos y he encontrado una pareja capaz de cubrir mis necesidades materiales durante el resto de mis días. Pero ¿he vivido realmente lo que tenía

que vivir? ¿He sentido esa alegría de vibrar en el vacío, haciendo un *grand écart* entre la infancia y la edad adulta, sin red, preguntándome en qué lado iba a apoyar el pie? Creo que decidieron por mí, que pusieron una tabla entre mi futuro y yo para salvar ese vacío, sin darme demasiadas posibilidades de elegir, y que en la actualidad me faltan algunas ondas vibratorias.

Malou, que había vuelto de Alsacia en aquella época y, como joven jubilada, se ocupaba con frecuencia de mí, me habría permitido muchas cosas, pintarme las uñas y hacer equilibrios sobre el vacío. Pero no quería interferir en las decisiones de mis padres. Jugábamos a ponernos guapas, a maquillarnos, a desfilas como reinas con tacones altos, pero yo volvía a ser la hija modelo antes de volver a mi casa, con los ojos enrojecidos después de haberlos frotado con desmaquillador y haber derramado unas lágrimas de pesar. ¡Ser disciplinada!

Vanessa es un poco lo contrario... No lleva muy bien los estudios, atrae a los chicos, y por lo tanto las complicaciones, y hace equilibrios sobre el vacío. Sobre un hilo frágil, arriesgándose a caer, lo intuyo. Afortunadamente, Roméo no ha caído al precipicio, estará ahí para lo que suceda. Para tenderle la mano desde el lado adulto, manteniendo un pie en la infancia, dada su juventud. Ese par me conmueve.

Sí, Guillaume, les he tomado apego.

¿Y qué?

Para cuando ha pasado una semana encuentro esta carta en mi casillero.

«Para Juliette Toledano, enfermera en la unidad de traumatología.»

Un sobre corriente, pero con la dirección escrita a mano. Le he agradecido interiormente a la jefa que me la hubiera dejado durante la guardia, para que la encontrara después de trabajar y no antes. Me habrían entrado ganas de abrirla y leerla antes de ir a tomar el relevo, y habría llegado tarde...

Estoy agotada tras la jornada laboral, pero serena. Unos minutos más no significan nada, así que me siento al fondo del vestuario, en una silla que nadie sabe por qué está ahí, puesto que nadie la ocupa jamás. ¿Me esperaba a mí tal vez? ¿Durante tanto tiempo, para esta ocasión en concreto? Resulta agradable pensarlo. Estoy sentada bajo un pequeño tragaluz que deposita sobre el papel una luz tamizada. Rasgo lentamente el sobre.

Hola, Juliette:

Espero no molestarla mucho con esta carta, no debe de ser habitual que le escriba un paciente.

Las vidas se cruzan y se descruzan sin que sepamos nada de los demás: el panadero, el conductor del autobús, el profesor de matemáticas o... la enfermera. Ni mi panadero, ni el conductor del autobús ni me profe de mates me han salvado la vida. Usted sí. Usted se ha ocupado de mi cuerpo hecho picadillo, pero también de mi alma desesperada y de mi corazón cuando ha estado necesitado de ternura. En todo eso me ha salvado la vida. Y me resulta difícil dejar que salga de ella tan bruscamente como yo entré en la suya. Es como arrancar de golpe un esparadrapo de la anchura del muslo. Duele y quema. A veces durante mucho tiempo. Esta carta es mi Biafine particular, pero no sé si usted tendrá ganas de abrir el tubo...

Tampoco sé lo que espero exactamente. Quizá darle noticias mías. Quizá saber qué tal le va. Quién es, detrás de la máscara de enfermera.

No acabo de resignarme a que desaparezca de manera definitiva de mi vida. Seguramente es un error. Es posible que usted tire esta carta a la basura y regrese a su vida sin mí. Después de todo, no soy sino un paciente más. Creo que estoy hundiéndome en la estrategia de la víctima... Conociéndola, me lo reprochará. Probablemente es una estratagema por mi parte para que me conteste que no, que yo no era un paciente cualquiera...

Gracias por todo lo que ha hecho por mí, Juliette. No sabe cuánto me gustaría poder devolvérselo multiplicado por cien. Pero no tengo nada que ofrecerle.

Y ahora no sé cómo acabar. Nunca he sabido utilizar las fórmulas de cortesía. No es que no sea educado, pero ¿cuál elegir?

Hasta pronto,

ROMÉO

P.D.: ¿Ha reparado en el detalle de que me caí de la escalera desde el balcón de un octavo piso? Reconozca que, para un Roméo, es el súnun...

Me he quedado sentada un buen rato en esa silla abandonada en un rincón del vestuario. No sé quién estaba más abandonada de las dos, pero, curiosamente, sin tener ningún motivo, he sentido una gran soledad y he mirado largamente al vacío sin saber qué pensar.

Sin saber qué pensar.

La vacuidad de un casillero

He llegado al centro de rehabilitación funcional todavía montado un poco de cualquier manera. Sería un modelo interesante para un Picasso en potencia. Los médicos han percibido que necesitaba que esto fuese deprisa. Iba a quedar una plaza libre y nos hemos abalanzado para no desaprovechar la oportunidad. En fin, lo de «abalanzado» es una manera de hablar en lo que a mí respecta. Yo me he desplazado sobre las ruedas de mi magnífica silla de acero y piel, de manejo un tanto complicado, puesto que, de momento, solo me funciona un brazo; el otro es una de las principales zonas que hay que reconstruir y reeducar.

No me aburro y siempre quiero más de lo conveniente. A veces el equipo me frena: tampoco es cuestión de exigirle al cuerpo más de lo que puede soportar. No dejo que el dolor me detenga. Una fuerza superior me empuja a superarlo, a ignorarlo. Cuando hay un niño que salvar en un octavo piso, nunca te duele nada. Me encantaría estar ya de pie, al menos poder ir a casa todas las noches y estar presente para Vanessa, pero por el momento me olvido de eso.

El objetivo final es ser de nuevo bombero, subir la escalera para apagar los incendios y socorrer a los niños. Dicen que cuando uno se cae del caballo hay que volver a poner el pie en el estribo inmediatamente. Pues lo mismo con la escalera.

El ambiente en el centro es agradable. Los kinesioterapeutas hacen lo imposible para motivarnos, a veces son duros, pero se nota que conocen su oficio y la parte de psicología que lleva aparejada. Porque en ocasiones necesitamos bofetones emocionales, cuando a uno le entran ganas de tirar la toalla porque ese día se ha caído tres veces y pensaba que había progresado. «El progreso está en la cabeza», me dice Michel, el kinesioterapeuta que se ocupa más de mí. Tiene razón. Progreso cuando creo en ello. Así que creo. ¡Duro como el hierro! Después de haber sido frágil como el cristal, de haber estado roto por todas partes.

Parece ser que el callo óseo de una fractura es más sólido que el hueso sin romper. Creo que esto se aplica a otras muchas cosas, no solo a los huesos.

Vanessa viene a verme con regularidad. Más que al hospital. Se ha quedado boquiabierta de admiración ante la gran piscina interior de que está dotado el

centro, y probablemente también ante el puñado de hombres en bañador que se entrenan allí y le lanzan miradas dulces, atraídos por sus formas incipientes bajo la camiseta, sus largos cabellos y sus grandes ojos delineados en negro. Cuando la mirada de un hombre se posa sobre ella, la veo vibrar. Vanessa tiene esa parte de dependencia, esa misteriosa necesidad de gustar a toda costa, a todo el mundo. Como si no gustar significara no existir. Es flagrante con los chicos, y todavía más intensa con los hombres. No sé cómo la perciben las otras chicas del instituto. Intento no pensar mucho en ello para no sufrir, pero supongo que no ofrece una imagen muy atractiva de sí misma acostándose tan joven con chicos y habiendo abortado. Imagino que ese tipo de noticias se extiende a la velocidad de la luz y le crea una reputación de lo más nefasta. No obstante, intuyo que ella no tiene la culpa, que el inconsciente la domina para empujarla a comportarse así. Yo soy simplemente su hermano. ¿Qué modelo masculino puede tener como referencia? ¿Qué busca en la mirada de los hombres? Ser amada. Vanessa me conmueve y me asusta al mismo tiempo. Cuanto más corto intento atarla, más escapa, y cuando aflojo la cuerda, regresa llorando... Un día me explicó cómo funciona el «rebaño humano» en el instituto. Están los pastores a las y los corderos. Los corderos siguen a los pastores a los que admiran, y los pastores cuidan de los corderos porque los necesitan para existir como pastores. Ella me hablaba sobre todo de vestimenta, color de esmalte de uñas, lenguaje y comportamiento, pero supongo que esa regla entre adolescentes se aplica de manera más global al ser humano en sociedad.

Vanessa es una oveja descarriada, apartada del rebaño. No sé si eso es una suerte o una desventaja. Es así.

Sin embargo, desde hace algún tiempo está cambiando. No sabría definir a qué nivel, pero no es la misma de antes. Me digo que quizá el accidente... ¿O el aborto?

O a lo mejor se trata de otra cosa.

Después de comer, antes de reanudar mis actividades, echo un vistazo por si acaso al casillero del correo. Y esta tarde un bonito sobre de color adorna el hueco que me corresponde del famoso casillero de madera. Me ha contestado. Ha abierto el tubo de Biafine. Ya respiro de un modo distinto, sin siquiera haber leído la carta. Peor que un adolescente.

No debería. Pero, como a Vanessa, me domina el inconsciente. No sirve de nada resistirse.

Me desplazo con la silla de ruedas hasta la pequeña terraza de la zona de

comedor para aprovechar la caricia de unos rayos de sol. Antes de abrir la carta, la huelo esperando que desprenda un perfume. ¡Hay que ver lo idiota que puedo ser a veces!

Hola, Roméo:

Su carta me ha sorprendido. Tiene razón, no es frecuente recibir correo de pacientes. Incluso creo que es la primera vez.

Solo por eso, no es usted como el resto de los pacientes; parece que esa cuestión le preocupaba. Por lo demás, tampoco. Como le decía, es muy raro que abrace a mis pacientes para reconfortarlos. Pero su historia me conmovió: su accidente, su caída desde un octavo piso, su situación y la de Vanessa.

La vida ya me parece injusta de por sí, pero la verdad es que usted, con su hermana, bate todos los récords. Así que ¿cómo permanecer indiferente?

No se equivoque, no es compasión lo que siento por usted. Pero tengo corazón, y usted ha llegado a él. Debo reconocer que normalmente no me da pena que un paciente salga del hospital, pero en su caso me he preguntado cuál sería su futuro, y me parecía extraño también dejar que la vida siguiera su curso sin tener ninguna noticia ni de usted ni de Vanessa. ¿Cómo está su hermana?

¿Y usted? ¿Cómo está? No estoy muy preocupada, casi nunca he visto a alguien aferrarse con tanta fuerza a la vida. Pero cuénteme de todas formas, a veces las apariencias engañan.

Y de mí, ¿qué quiere saber?

Un abrazo (¿esta fórmula de cortesía es adecuada?),

JULIETTE

P.D.: En la parte de atrás del sobre encontrará mi dirección particular, porque pronto me cambiarán de unidad y su posible respuesta podría perderse en los pasillos del hospital o, peor aún, ir a parar a manos de otra enfermera, ¿se imagina?

Vaya...

Es alucinante lo eficaz que la Biafine puede ser a veces.

Cierro los ojos un instante ofreciendo mi rostro al sol, que reconforta mi piel. Su carta acaba de reconfortar todo lo que hay debajo.

¿Decírselo?

Marie-Louise y Jean han salido del tiempo. Sí, los días continúan estando marcados por la residencia, los horarios de las comidas, las visitas médicas y los ciclos de la naturaleza, con el sol que sale y se pone, pero, con excepción de eso, ya no forman parte de este mundo. Aprovechan todos los instantes como si cada uno fuera el último. A su edad, el final se acerca. Y son conscientes de su inevitable llegada.

—¿Tienes noticias de Roméo?

—Sí. Trabaja mucho en el centro de rehabilitación. Conociéndolo, volverá a ser bombero. Estoy convencido.

—¿En serio?

—¡Ya lo creo! Tiene carácter. Algo tenía que transmitirle.

—Yo también tengo carácter, pero no se lo he transmitido a mi nieta.

—¿Cómo lo sabes?

—Se deja dirigir por su pareja. Ese hombre no me gusta.

—En cualquier caso, hace bien su trabajo, y a Roméo le entristecía marcharse del hospital.

—A ella no le gusta ver sufrir y siempre se toma muy a pecho animar a los que lo necesitan.

—Como tú. ¿Ves?, le has transmitido eso. No podías transmitírselo todo.

—¿A quién animo yo?

—Me animaste cuando me enteré de lo que le había pasado a Roméo.

—Y desde entonces no nos hemos separado. Parece que las cosas debían suceder así.

—Si aquella noche no se me hubieran saltado las lágrimas, ni siquiera te habrías fijado en mí.

—Me gustan los hombres que se atreven a mostrar su fragilidad. Eso significa que en el fondo son fuertes.

—No todo el mundo ve las cosas así.

—Cada uno ve lo que quiere. ¿Vamos a contarles lo nuestro?

—¿Estás de broma...? Ya son mayorcitos para darse cuenta solos. Un día u otro pasará. De todas formas, cuanto más secreta es nuestra relación, más

excitante me parece.

—Y yo soy tan feliz que tengo ganas de decírselo al mundo entero.

Marie-Louise se acurruca en el cuello de su amado acariciándole la mejilla. Se dice que, aunque hasta entonces la vida no ha sido muy generosa, le ha hecho un bonito regalo para acabar. Porque sabe que acabará con él, pase lo que pase.

Pase lo que pase.

Querido Tú:

He roto con Raphaël. Se había vuelto demasiado superficial. Para empezar, ni siquiera me preguntó cómo había ido el aborto. Bueno, yo no le había contado que estaba embarazada, no quería que se supiese. ¡Pero él debería haberlo intuido! ¡Los tíos no intuyen nada! Y además, seguía revoloteando alrededor de esa pava de la melena rubia. Que se la tire, si le viene en gana, yo tengo cosas mejores que hacer.

Hay otro hombre en mi vida. Él todavía no lo sabe, pero creo que se alegrará de enterarse cuando llegue el momento de decírselo. Si no fuera así, me habría mandado a paseo cuando le pedí su número de móvil y esta noche no me habría contestado cuando le he preguntado cómo estaba. Pero me ha contestado. Christian me ha preguntado en la mesa por qué tenía esa sonrisa tonta en los labios, que no desaparecía ni mientras masticaba. Le he dicho que había sacado una nota buenísima en clase. Al parecer me ha creído. Para los adultos es tan importante que te vaya bien en los estudios que consigues que se traguen cualquier cosa utilizando eso como argumento.

Yo paso totalmente de mis notas. Aunque voy a tener que ponerme a estudiar, si quiero ser enfermera. Pero sé que él me ayudará, me hará repasar, me explicará las lecciones. Es inteligente.

Próxima fase: intentar ir a tomar algo con él. Con tacones, falda recta y blusa, y un maquillaje neutro, pareceré casi mayor.

Esta noche estaba tan contenta que hasta he bailado el twist con las bayetas de Solange. No bailo nunca el twist, pero con bayetas bajo los zapatos no podía hacer mucho más...

¡El parquet acabará resplandeciente! ¡Vaya que sí! Aunque no tanto como mi corazón...

Vergüenza

Esta noche nos habían invitado a cenar en casa de un compañero de Laurent al que yo no conocía. Yo sabía que iba a hacer otra vez el papel de florero, pero Laurent estaba empeñado en que fuera. Ya llegábamos un poco tarde, y me imaginaba que estaba esperándome en la entrada. Ya me había llamado tres veces. La segunda vez, me ha hecho dar un respingo mientras me ponía el rímel y he tenido que volver a pintarme todo el ojo. Tardo un poco en arreglarme para este tipo de salidas, porque Laurent espera de mí que haga lo máximo para sentirse orgulloso de su pareja ante los demás.

Cuando he hecho cruzar los primeros peldaños de la escalera de madera para ir a la planta baja, le he oído mascullar algo. Supongo que se alegraba de que por fin llegase. Se ha vuelto y me ha mirado, no, me ha examinado de la cabeza a los pies.

—¿No tenías otro vestido que te marcara menos el culo?

—Lo elegimos juntos.

—Sí, antes de que engordaras cinco kilos.

—Es el tratamiento hormonal, que me hace engordar.

—Pues podrías haberte puesto algo que te sentara mejor, si es que es posible.

—Voy a cambiarme.

—No, es demasiado tarde, vamos a llegar después de la hora prevista y sabes que no lo soporto.

Me he sentado en el coche, incómoda, pensando que debería haber subido a la habitación a verme, darme su opinión sobre lo que me ponía, decirme que no me sentaba bien o abstenerse de hacerlo si de todas formas ya no tenía tiempo de cambiarme. Iba a pasarme la noche preguntándome si los demás se fijaban en mi culo, a permanecer sentada todo el tiempo posible o pegada a la pared. Todos aquellos cumplidos que rebotaban de su boca cuando nos conocimos ya no son más que recuerdos lejanos.

Debo cuidarme más, dejar de decepcionarlo, para recuperar las palabras

agradables que me dedicaba cuando me decía que estaba espléndida.

Necesito muchísimo que me digan que estoy espléndida.

No es precisamente eso lo que ha pasado en casa de nuestros anfitriones. Al llegar, me ha presentado disculpándose por cómo iba vestida, pero que con los kilos de más no tenía nada que ponerme. La mujer de su compañero iba elegantemente vestida, con un *brushing* perfecto, y estaba sonriente.

La velada ha sido de lo más corriente. Ellos dos han pasado toda la cena hablando del CAC 40. La esposa no decía nada, pero su marido la dejaba en paz. Laurent se ha metido conmigo varias veces.

—¿Tú qué piensas, Juliette? No mucho, supongo... Para sacarse el diploma de enfermera, con saber hacer reglas de tres es más que suficiente.

Y los dos hombres se han echado a reír. La esposa modelo, frente a mí, parecía incómoda. Delgada, bonita, buena cocinera, dedicada a cuidar de tres niños repeinados y educados, parecía realizada. Aunque las apariencias a veces engañan. Lanzaba miradas de reproche a su cónyuge, que fingía no darse cuenta. Laurent es su superior jerárquico y, claro, resulta difícil no seguirle la corriente.

Cuando ella me ha ofrecido postre, Laurent me ha advertido que sería mejor que renunciara a él antes de acabar como una ballena. No he tocado la ración de tarta tatin que había puesto en mi plato.

En el camino de regreso, Laurent ha pintado el cuadro idílico de lo que habíamos presenciado durante la velada. «Y ya has visto lo bien educados que están sus hijos, y la comida era deliciosa... Su mujer está muy bien, ¿eh?»

Yo me he pasado la cena pensando en mi vestido demasiado ceñido y no he comido casi nada, lo justo para darme cuenta de que, en efecto, estaba muy bueno. Debería ir a clases de cocina. Quizá así Laurent me haría algún cumplido. Pero, con mi horario, ¿cuándo?

Me he sentido gorda, fea e inútil.

Muy inútil.

Soltar la barra

Lo de hoy es una gran victoria.

Estoy como un niño que se aparta del sofá y da sus primeros pasos hacia el sillón, entre las palabras de ánimo y los aplausos de sus padres.

Aquí no hay padres, sino kinesioterapeutas; no hay salón, sino la sala de ejercicios del centro.

La misma alegría, la misma satisfacción. Y las mismas ganas de hacerlo de nuevo. Porque al final de todo esto está la libertad. La libertad de disfrutar de todas las aptitudes del cuerpo, de pensar que, cuando este dichoso brazo esté también en perfecto estado, volveré a ser como antes.

Quiero subir de nuevo por la escalera, quiero volver a sujetar la manguera para apagar los incendios. Quiero incluso llegar a los árboles a rescatar gatos o llenar de humo nidos de avispas. Quiero salvar personas como antes. Más aún desde que me he salvado a mí mismo. Ahora puedo decirles que realmente vale la pena. Aunque estén igual de machacados que su coche después de haber dado cinco vueltas de campana. Porque la esperanza no se extingue jamás. En mi caso, la llamita era minúscula, no estaban seguros de que sobreviviera, y hoy camino sin sujetarme a la barra.

He soltado la barra de apoyo para recuperar el timón de mi vida y decidir adónde voy desde aquí.

Me he retirado solo a mi habitación, cansado pero contento con el día. He sacado una hoja de papel y mi pluma estilográfica, la que me compró Vanessa con su dinero justo antes de que aprobara las oposiciones a bombero. Fui uno de los primeros de mi promoción. Y sé que fue en parte gracias a ella. Gracias a ellas, a las dos.

Sola en casa

Día de descanso. Estoy sola en casa. Unas *crudités* y una loncha de jamón me esperan en el plato, pero, antes de sentarme a la mesa, suelo ir a buscar el correo; a veces ha llegado alguna revista que me hace compañía mientras como.

Querida Juliette:

Empezaré con noticias mías, porque hoy tengo algo maravilloso que compartir con usted. He dado mis primeros pasos completamente solo. Es prometedor, ¿verdad? Y mientras los daba, pensaba un poco en usted. En Vanessa y en usted, las dos personas que me han apoyado. Así que me siento orgulloso. Sí, me siento orgulloso de haberlo conseguido.

Los kinesioterapeutas son simpáticos y eficientes, progreso rápidamente. Me gustaría que esto fuese más deprisa todavía, pero el cuerpo tiene sus límites. Estoy tan impaciente por recuperar mi vida de antes, a mi hermana, a mis amigos, a mis compañeros, el vehículo rojo que me hace vibrar... Lo conseguiré, ¿y sabe por qué? Porque un día usted me dijo que abandonara la estrategia de la víctima y no he olvidado esa frase.

Vanessa está sorprendentemente bien. Pensaba que después del aborto atravesaría una mala temporada y no está siendo así en absoluto. Tengo la impresión de que ocurre algo en su vida, pero no sé qué es. Y ni siquiera estoy pendiente de que me lo diga. Me hace feliz verla así. Al final ha aceptado la situación, se ha adaptado a la convivencia con mi compañero y su esposa, y la veo más a menudo que antes. A ella también la ha ayudado usted mucho y no sé cómo agradecerse. Con todo lo que ha vivido en tan pocos años de vida, tiene suerte de haber encontrado en su camino a una persona dulce y bondadosa.

¿Lo que me gustaría saber de usted? Pues... ¡todo! Pero no puedo decírselo así, se asustará y no me contestará. Y deseo de verdad que me conteste. Empecemos, entonces, por las cosas más clásicas. ¿Está casada? ¿Tiene hijos? ¿Cuáles son sus aficiones, sus gustos, sus motivaciones en la vida y lo que le hace tener ganas de levantarse por la mañana?

Espero que no sea demasiado.

Un abrazo (tampoco es demasiado, no desde mi punto de vista).

ROMÉO

Qué buena noticia. Roméo acaba de hacer que olvide mis cuitas y me enfrente a mi propia posición de víctima. Después de todo, soy como soy. No puedo hacer nada si engordo por culpa de esas hormonas. Voy a llevar cuidado con lo que como, eso sí, pero sin hacer una montaña. Es Laurent quien me pone enferma con los kilos de más. Porque en el fondo, con o sin capa adiposa suplementaria, soy la misma, ¿no?

Sonreír como un idiota

Querido Roméo:

Tiene razón, no voy a poder contarle todo de mí en una sola carta. Treinta y seis años de vida ocupan un poco de espacio. Bien, ya sabe mi edad. Pienso que es más honrado decirlo, puesto que yo sé la suya gracias al historial clínico. No, no estoy casada porque mi pareja me da largas en esa cuestión. Nos conocemos desde hace años, pero a él le parece un poco pronto. Y no, no tengo hijos, porque en esta otra cuestión quien me da largas es la naturaleza. Llevamos unos años intentando tener uno, pero en vano. Estoy en un proceso de procreación médicamente asistida. Es posible que notara que había engordado, que algunas mañanas tenía los ojos rojos, porque el tratamiento es difícil. Pero no me quejo, usted debe afrontar una situación mucho más grave. Estaría fuera de lugar que lloriquease por mi suerte. Tenemos un piso bonito, mi pareja trabaja en un banco, es jefe de sucursal, se gana bien la vida. Le gustaría que yo me ocupara exclusivamente de la casa, pero a mí no me apetece dejar mi trabajo, pues es, en gran medida, lo que me anima a levantarme por las mañanas. Cuando vuelvo de hacer una guardia, tengo la impresión de haber servido para algo. Y eso da ganas de levantarse a la mañana siguiente.

Se pregunta cómo agradecerme lo que he hecho por su hermana y usted. Tengo una idea... aunque no es muy fácil llevarla a cabo. Con todo, creo que lo conseguiré.

¡Sea feliz!

Sí, sea feliz, Roméo, y ese será el mejor regalo que pueda hacerme. Le vi al fondo mismo del agujero, y saber que ha salido a flote me producirá una gran satisfacción.

En cuanto a Vanessa, si se la ve contenta en estos momentos, es que está sucediendo algo bonito en su vida. Tal vez sea simplemente el hecho de que está usted vivo.

¿Y usted? Quizá ha llegado el momento de que me explique algo más detalladamente su situación familiar: dos hermanos solos en el mundo, o casi... Salvo que prefiera no hacerlo...

Un abrazo,

JULIETTE

P.D.: No se olvide de «las tres cosas buenas del día».

Doblo la carta y sonrío como un idiota.

Creo que estoy enamorado. Pero ella también, y no de mí. Desearía casarse, lo que significa que está muy unida a él. Intentan tener un hijo, prueba suprema de la solidez de su relación. ¿Qué hago, entonces? No conseguiré olvidar los sentimientos que me invaden como si fuera un pozo seco al que de pronto llega agua. Por nada del mundo quisiera que fuese desdichada. Y si intento interponerme entre ella y su pareja, eso es lo que pasará, puesto que es de él de quien está enamorada. Me siento dividido entre la necesidad de protegerla y el

miedo a perderla. Pero ¿unas cuantas cartas pueden poner en peligro una relación? No hacemos nada malo, simplemente deseamos conocernos. En mi interior es donde todo se complica: me he enamorado de una mujer que está enamorada de otro.

Debe de estar grabado a fuego en mi destino: «Te enamorarás de una mujer que no podrá estarlo de ti porque ya amará a otro, y por ello sufrirás, y lo tendrás bien merecido».

Victimización. Stop. Dejo de pensar y permito que la vida actúe. Al final siempre decide ella. Así pues, ¿qué sentido tiene torturarse?

Ejecutar

Laurent me espera sentado en el sofá. Lo veo mientras cierro la puerta. Me observa sin decir nada, me mira dejar las llaves y el bolso, quitarme los zapatos.

—¿Qué tal, cariño? ¿Ha ido bien el día?

—Ha habido bastante trabajo, pero bien. ¿Y a ti?

—Yo estoy hecho polvo. Pero quizá puedas explicarme por qué has hecho esto.

—¿Hacer qué?

—Romperme el corazón.

—¿Qué he hecho?

—No te hagas la inocente, lo sabes muy bien.

—No, no lo sé.

—Y encima me haces pasar por mentiroso.

—Laurent, explícame por qué me dices todo esto.

Siempre hace lo mismo, empieza a marear la perdiz para hacerme confesar cosas, para darme a entender que sufre y que es por mi culpa, pero en este caso no tengo ni idea de qué está hablando. No dice nada, su mirada es triste pero despide destellos de odio. Es la primera vez que me mira así, y me hiela la sangre. Creo que tengo miedo, miedo de él, de sus reacciones, miedo de saber qué me reprocha.

Finalmente saca una carta que escondía a la espalda. La reconozco inmediatamente. En el sello aparece dibujada una gran flor, igual que en las cartas anteriores. Está abierta. La ha leído. De repente me siento fatal, agitada por sentimientos encontrados: me siento traicionada y culpable. O sea, que esa es la razón por la que se ha puesto así. No sé qué dice Roméo en esa carta. No tengo la impresión de haber hecho nada malo respondiendo a mi paciente.

—¿Es una carta para mí?

—Me asqueas con tu empeño en seguir haciéndote la inocente.

—¿Puedo leerla?

—¡NO!

Ha contestado de un modo muy cortante. Por lo general, mantiene la calma. Esta vez, en cambio, he percibido la irritación, y la brusquedad de la respuesta

me ha sobresaltado. Me doy cuenta de que tengo ganas de leer la carta, de que está dirigida a mí y él no tiene derecho a apropiársela, y menos aún a impedirme leerla.

—No, porque soy yo quien va a leértela. ¿Te parece bien?

—¿Acaso tengo elección?

—No, claro que no. ¡Siéntate!

Ejecuto su orden.

Y él me ejecuta a mí...

Mi querida Juliette...

—A ver, ¿todos tus pacientes te demuestran su agradecimiento así? ¿Qué les haces para llegar a ser tan íntimos cuando salen del hospital? ¿Se la chupas o qué?

Noto que se me saltan las lágrimas, porque sé que seguirá en el mismo tono durante toda la carta y que va a ensuciarla, a pisotearla, a pisotearme, a ensuciarme. Pienso en Roméo, al que va a ensuciar y pisotear al mismo tiempo y que no se lo merece.

Sus cartas me producen siempre el mismo efecto. El de tener ganas de progresar, de mejorar, de luchar, para demostrarle que tenía usted razón, que vale la pena vivir. ¿Cómo es posible que un hombre le dé largas para pedirle que se case con él? Confieso que no lo comprendo. Sobre todo tratándose de usted. A mí me parece una mujer extraordinaria...

—¿Le has contado que no quiero casarme contigo?

—Es la verd...

—¡CÁLLATE! Te encanta presentarme como un verdugo sin corazón. ¿De verdad piensas eso de mí?

—...

—Te he hecho una pregunta.

—No. Pero lo cierto es que...

—¡Calla! ¡No hemos acabado!

En cuanto a ese deseo de un hijo, lo verá cumplido, estoy seguro. La vida le enviará un precioso bebé, nunca se equivoca, aunque a veces el recorrido es difícil.

—¿Le has contado también lo de la reproducción asistida? ¿Le has contado que voy a hacerme pajas metido en un cuchitril, completamente solo frente a una pared blanca, porque tú eres defectuosa? ¿Le has dicho eso? No, por supuesto que no. A lo mejor hasta le has hecho creer que soy yo el que no puede...

—No, te lo prometo.

—Me resulta imposible creerte.

De pronto tomo conciencia de lo difícil que debió de ser para usted acompañar a mi hermana para que abortara. Usted lucha para tener un hijo, y ella le pide como quien no quiere la cosa que la ayude a sacarse el suyo de las entrañas. Lo lamento profundamente. No debería haberse ofrecido, habríamos encontrado otra solución.

—¿Qué historia es esta de un aborto?

—...

—¿QUÉ HISTORIA ES ESTA DE UN ABORTO?

—Su hermana, que tiene catorce años, se quedó embarazada. Él no podía acompañarla, así que lo hice yo como persona de confianza.

—¿Catorce años y embarazada? ¡Su hermana es una zorra! ¿Te cartearas con el hermano de una zorra?

—Laurent, para.

—Sí, ya paro, no te preocupes. Después se pone a contarte su historia, y tiene tan poco interés que ni siquiera la he leído hasta el final. Salvo que te manda un abrazo. ¿Te hace más cosas?

—No.

—Ahora escúchame bien, Juliette. Vas a coger un papel y un bolígrafo y vas a decirle que no se moleste en seguir escribiéndote porque tu marido, perdón, tu pareja no está de acuerdo y podría tomar medidas coercitivas si esto continuara...

—Pero si no hacemos nada malo...

—Me traicionas, me clavas un cuchillo por la espalda, pero, aparte de eso, no haces nada malo. Empiezo a preguntarme si quiero tener un hijo contigo. Y deja de llorar como una niña. O le escribes esa carta o te vas. ¿Está claro?

—Está claro.

—Pues me voy a la cama. Tú no te molestes en venir. Esta noche duerme en el sofá, no me apetece verte.

Se va, lanzándome la misma mirada amenazadora. Estoy desesperada. Me tiene atrapada con su ultimátum. No me siento con valor para escribir esa carta a Roméo. Sin embargo, debo hacerlo. De lo contrario, perderé a Laurent y le

romperé el corazón.

En cualquier caso, necesito leer el final de su última carta, puesto que será la última.

Nuestra historia podría parecer melodramática, pero enseguida me di cuenta de que no éramos los únicos que nos encontrábamos en ese tipo de situación. Nuestra madre es una mujer débil y frágil. Tomó un mal camino al final de la adolescencia y adquirió adicciones de toda clase: tabaco, drogas y alcohol. Su novio de la época era uno de los drogadictos del barrio. Evidentemente, se quedó embarazada. Era de esperar. Con todo, tras pasar un tiempo ingresada en la unidad de tratamiento de las adicciones y recibir posteriormente ayuda de una red especializada en drogodependencias, consiguió ocuparse de mí. Fue al marcharse mi padre cuando empezó a rodar pendiente abajo. Yo tenía diez años. Se hundió de nuevo en el fango del que había logrado mantenerla alejada la red. Otra pareja, otra droga, el alcohol en este caso. Nació Vanessa. Cuando su padre estaba más o menos sobrio, nuestra vida era casi normal, aunque mamá seguía siendo muy frágil y muy dependiente de sus adicciones. A veces estaba varios minutos intentando despertarla, cuando me preocupaba verla sin moverse demasiado tiempo. Vivir cosas así marca mucho a un niño. Aprendí muy pronto a arreglármelas solo, para ir al colegio, para hacer algunas compras en el camino de vuelta a casa, para preparar una comida más o menos correcta. Pero Vanessa lloraba mucho. La primera vez que vi a mi padrastro zarandearla para que callara, tenía once años y medio, acababa de empezar la secundaria y tenía la cabeza de un adulto sobre los hombros de un niño. Comprendía lo que pasaba. Sabía que, si me interponía, era capaz de estamparme contra la pared. Una mala caída y ya no habría estado allí para proteger a mi hermana. Así que la segunda vez lo filmé con una pequeña cámara que me había tocado en la rifa del colegio y fui a hablar del asunto con la consejera de educación de mi centro. Le dije que debía tomarme en serio porque se trataba de un asunto grave y yo quería a mi hermana. Cuando la consejera vio el vídeo, todo fue muy rápido. Fuimos primero a un hogar de acogida y luego con una familia. Al principio estábamos juntos, luego nos separaron y a mí me enviaron interno hasta acabar los estudios. Vanessa se hizo mayor demasiado deprisa. No conoció la despreocupación de una niña normal. Fue de una familia de acogida a otra. A los cinco años, ya se había escapado dos veces con su maletita. Por supuesto, la encontraban enseguida. Yo sabía lo que quería ser desde que nos habían enviado al hogar. El parque de bomberos estaba enfrente y los observaba a través de la ventana. Había hablado con uno de ellos. Sería bombero profesional. Entré a formar parte de los jóvenes bomberos voluntarios en cuanto pude y me empleé a fondo.

A fondo en el parque de bomberos, donde a veces lloraba de tanto como me dolían los músculos, pero los desarrollé lo suficiente para aparentar dieciocho años cuando solo tenía quince. Empezar pronto me permitió adquirir experiencia y aprobar la oposición rápidamente.

A fondo en el colegio y luego en el instituto, para sacarme el título y poder presentarme a las oposiciones de bombero profesional. Porque hacía todo esto con una sola idea en mente, una sola: convertirme en el tutor legal de mi hermana y llevármela a vivir conmigo. Cuando tuviéramos una casa nuestra, ya no se escaparía. Para eso sabía que debía ser mayor de edad y tener un trabajo. Había preparado los papeles necesarios con ayuda de la asistente social, un encanto de mujer que me apoyó hasta el final, desesperada de ver a Vanessa volverse un poco más violenta con cada traslado a una nueva familia de acogida. Así fue como, poco después de cumplir dieciocho años, saqué la oposición, obtuve un puesto y conseguí la tutela de mi hermana. Las cosas se arreglaron: encontré un apartamento no muy lejos del parque de bomberos y mi vecina, una mujer que vivía sola con su hijo, aceptó ocuparse de Vanessa cuando yo estaba de servicio.

Bien, ya sabe mi historia. En cuanto al resto, bueno, digamos que hago lo que puedo. Pero no destaco por mi eficiencia en todos los frentes. En cualquier caso, no en el de los anticonceptivos. Vanessa ha crecido realmente demasiado deprisa para mí.

Y aquí lo dejo, me duele muchísimo el brazo, ha perdido la costumbre de escribir tanto rato.

Un abrazo y hasta muy pronto,

Por eso luchó tanto después del accidente, no podía hacer otra cosa. Si no, habría perdido el combate que libraba desde hacía años para acompañar a Vanessa. Ahora lo comprendo. Lo comprendo y me gustaría ayudarle. Pero ya es imposible.

Escribo esa carta. Con el alma partida en dos y el corazón roto en mil pedazos...

Algo más entrada la noche, me despierto al notar una mano entre mis piernas. Me doy cuenta de lo que viene a buscar. Ni siquiera intento resistirme; en vista de lo que ha pasado antes, es una batalla perdida. Permanezco inmóvil mirando hacia otro lado, dejando que me penetre fríamente, sin ninguna ternura. No se alarga demasiado, pero es doloroso, muy doloroso. Inmediatamente después vuelve a irse a nuestra cama, y yo me quedo aquí, acurrucada en el sofá, pensando en la dulzura de las palabras de Roméo y en la carta que echaré al correo mañana.

Querido Tú:

Un poco más y me desmayo. Bueno, ¿y qué?, él me habría reanimado. Hemos ido a tomar un café. Bueno, yo he pedido una Coca-Cola, el café me parece horrible, está muy amargo. Hemos estado horas hablando. Creo. En fin, no sé, a lo mejor solo ha sido una. En cualquier caso, el tiempo ha pasado rapidísimo. Le apetece que volvamos a vernos. Y cuando nos hemos despedido, me ha besado en la mejilla, demasiado cerca de la boca para que sea una casualidad.

Me ha dicho que era muy guapa. Con los zapatos de tacón que Charlotte le había birlado a su madre, era casi tan alta como él. Ayer estuve un buen rato practicando para no dar la impresión de que no sabía andar con tacones. Al infierno las bayetas. Solange vino a decirme que dejara de taconear por el parquet, pero no le abrí la puerta. Me pone nerviosa. Se pasa el día mandando a paseo a su marido, cuando pocos hombres hay tan amables como él. Una gilipollas mal follada. Bueno, no lo digo por meterme con Christian. Debe de ser cosa de ella, que es una reprimida y no sabe disfrutar.

Y luego, apenas hacía un cuarto de hora que nos habíamos separado y me ha enviado un SMS. Bueno, yo ya le había mandado tres, pero ya me echaba de menos.

¡Si supieras lo feliz que soy!

Hecho trizas

Juliette o cómo pasar de la sonrisa a la desesperación. No, no, no habrá desesperación. Prohibido. Se sentiría decepcionada. No volveré a caer, aunque tenga el corazón hecho trizas.

Y realmente lo tengo hecho trizas.

Querido Roméo:

Me entristece profundamente escribirle esta carta, pero me veo obligada a hacerlo. Mi marido ha leído la última suya. No debería, pero lo ha hecho. Se ha tomado muy mal el hecho de que mantenga correspondencia con un antiguo paciente, que le haya hablado de nuestro matrimonio y de nuestros problemas para tener hijos. Se ha enfadado mucho y me ha dicho que debía elegir entre usted y él. Evidentemente, comprenderá que no puedo abandonarlo. Usted y yo apenas nos conocemos, mientras que él comparte la vida conmigo desde hace años y hemos hecho planes juntos. Me habría gustado continuar teniendo noticias tuyas, pero...

Lloro mientras escribo esta carta, porque les había tomado mucho cariño a usted y a Vanessa, y me parte el corazón poner punto final a todo esto.

Espero que no me guarde rencor. Por lo poco que sé de usted, estoy segura de que comprenderá por qué es preciso que nuestros caminos se separen.

Cuídese mucho, Roméo, sea feliz y vele por su hermana, ella todavía lo necesita, tiene usted razón.

No siempre decidimos en la vida. Yo no decido. Un fuerte abrazo,

JULIETTE

Tengo la impresión de que el mundo se desmorona. Me dejo caer boca arriba en la cama y miro el techo, desesperadamente blanco. Yo que me preguntaba cómo debía actuar para no perjudicarla, y es ella quien da la respuesta. O más bien su marido.

Juliette ha tomado una decisión y es muy respetable, evidentemente. Yo también lloro. Hay que dejar que la tristeza ocupe un poco de espacio, pero no renunciaré a luchar para conseguir trabajar de nuevo como bombero. En ningún caso renunciaré. Por Vanessa, en la vida cotidiana, y por la enfermera que me salvó la vida, desde lejos, con el corazón...

El multimillonario ruso

El mensaje de Guillaume me sorprendió. Me llama a veces para saber cómo me va o, cuando trabajábamos en la misma unidad, para preguntarme qué me gustaría que llevase para picotear. Pero anteayer su voz sonaba nerviosa, necesitaba verme, tenía cosas que contarme, era importante y, según él, nadie más que yo contaba con su confianza y podía escuchar sus confidencias.

¡Qué honor!

Le dije que sí, por supuesto, y quedé para comer con él a la salida del trabajo.

Cuando llego, ya está sentado al fondo del restaurante y me hace una seña levantando el brazo antes de ponerse de pie para venir a mi encuentro. Guillaume, que me supera ampliamente en altura y corpulencia, me besa cordialmente y me estrecha los hombros con las manos frotándolos con energía, al tiempo que me pregunta cómo estoy. Eso me deja la agradable impresión de que percibe la necesidad que tengo de entrar en calor. ¿Cómo sabe que tengo frío? El recuerdo de la mirada glacial de Laurent.

Dedicamos un momento a mirar la carta y pedimos el plato del día, es más sencillo así.

—Bueno, ¡cuéntamelo todo!

—¿Todo?

—¡Todo, sí! En vista de lo alterado que estabas cuando me llamaste y del estado de tu servilleta, que debes de llevar un buen rato estrujando a juzgar por lo arrugada que está, supongo que tienes cosas que contar.

—Estoy perdido.

—¿Perdido...? ¿Cómo de perdido...? ¿Sabes dónde estamos ahora mismo?

—No te burles, Juliette, bastante difícil es ya de por sí explicarlo.

—Era para romper el hielo... ¿Asuntos del corazón?

—Del corazón, sí, que actúa por su cuenta y riesgo, y no me hace ni caso.

—¡Venga, cuéntame!

—...

—¿Vas a hablar por voluntad propia o tengo que sacarte las palabras con sacacorchos?

—...

—¿Te has enamorado de la esposa de un multimillonario ruso y no sabes cómo van a liquidarte, si con un baño de ácido o con una bala en la nuca? Personalmente, yo prefiero la bala en la nuca. Es brutal, pero al menos el sufrimiento acaba antes.

—¡Juliette!

—¡Pues habla de una vez, caramba!

—Sí, creo que estoy enamorado. Pero es complicado.

—¡Ah!

—...

—¡Pero, bueno, ni que te hubiera comido la lengua el gato! Veamos, ¿tiene ochenta y cinco años, te ha incluido en su testamento, y sus hijos y nietos te miran con malos ojos porque llevan un montón de tiempo esperando la herencia para hacerse una piscina y cambiar de coche? ¿Por eso me hablaste un día de la diferencia de edad en las parejas?

—Se trata de una diferencia de edad, pero en el otro sentido.

—No me digas que te has enamorado de una menor.

—...

—¿Qué edad tiene?

—¡Qué más da la edad!

—Bueno, algo sí que da. Y a quien sobre todo le da es a la ley... ¿Qué edad tiene?

—Casi quince...

—Guillaume, corta inmediatamente, vas a tener serios problemas, muy serios problemas. Podrías ir a la cárcel, ¿lo sabes?

—No puedo cortar. Nunca había sentido esto.

—No quiero saber nada, tienes que olvidarla y punto.

—Imposible.

—¿Dónde has conocido a esa cría?

—...

—¡Habla!

—...

—¿En la feria? ¿En la piscina? ¿En el cine?

—En reanimación.

—¿En reanimación? Pero si tú estás en la unidad de adultos.

Y nada más decir esto, tardo apenas unos segundos en darme cuenta, ante sus ojos que imploran mi compasión y mi indulgencia, de quién me está hablando.

Los segundos siguientes me permiten pasar la cinta de la película contemplando los acontecimientos con una mirada nueva y comprender. Comprender lo que ha podido suceder. Comprenderlo sin más.

—¿Vanessa?

—...

—Guillaume, esa cría no es para ti.

—¿Y quién es para mí? ¿Y para quién es ella? ¿Qué son esas tonterías de ser alguien para uno y no para otro?

—Es una chica con problemas...

—Precisamente por eso.

—Ah, vale, o sea, que no la quieres por lo que es, sino por lo que puedes aportarle. ¿De qué vas? ¿De salvador?

—La quiero por lo que es. Por su impertinencia y su fragilidad. Por ese caparazón que se pone para demostrar que es fuerte, mientras que la tortuguita que hay debajo se esconde en cuanto la rozas. Por esa vulgaridad que exhibe con orgullo, pero que oculta una gran inteligencia. Intenta desembarazarse de su infancia como si sacudiera un dedo para despegarse un trozo de esparadrapo. Sin ningún éxito. Tiene los defectos de la adolescencia y las cualidades que van aparejadas a ella. Es íntegra y sincera, tiene unas ideas muy firmes sobre lo que es importante en la vida, pero se deja embarcar ingenuamente en historias que la desorientan todavía más.

—Y tú también estás dejándote embarcar en una historia que va a desorientarte.

—Hemos hablado mucho, ¿sabes? No es una cabezonada. Siento que la quiero, no puedo evitarlo. Y tampoco es un flechazo, no es el lado Lolita lo que me atrae. Además, realmente no lo es. Es algo que va imponiéndose sin prisa, pero sin pausa, como una evidencia. No me lo explico. Pero ¿acaso el amor tiene una explicación? Lo sentimos sin reflexionar.

—Podemos sentir y reflexionar, porque la reflexión es la que ve el peligro. Bueno, al menos hay un aspecto positivo en todo esto, y es que con el implante anticonceptivo que lleva no te expones a dejarla embarazada si te acuestas con ella. Porque en ese caso sí que estarías perdido. Estoy diciéndotelo y ni siquiera me atrevo a imaginarlo...

—Ya se ha acostado con otros chicos. Tiene catorce años y pico, pero aparenta fácilmente dieciocho. No es una niña de la escuela primaria.

—Antes de pasar de los preservativos, pídele las pruebas que la comadrona le indicó que se hiciera cuando le puso el dichoso implante.

—Sí, mamá.

—No te lo tomes a risa, me resulta difícil decirte esto cuando de lo que tengo

ganas es de gritar que SALGAS CORRIENDO ANTES DE QUE LA VIDA TE ALCANCE y te condene por tus pecados.

—Sí, hermana Juliette.

—De todas formas, tiene gracia la cosa. Tú que te pasas el tiempo sermoneándome para que no tome apego a los pacientes, vas y te enamoras de la hermana pequeña de uno de ellos.

—Todo el mundo puede equivocarse.

—Supongo que nada de lo que pueda decirte cambiará las cosas...

—Supones bien, pero necesitaba contárselo a alguien.

—Entonces, ahora puedo contarte mis penas...

Le cuento con detalle el inicio de mis relaciones epistolares con Roméo, la forma violenta en que han terminado y que se me encoge el corazón de pensar que no volveré a tener noticias de él, a lo que Guillaume responde que, después de todo, la vida hace bien las cosas, puesto que noticias podré tenerlas gracias a él, que las tendrá a través de Vanessa.

Que la vida hace bien las cosas... no sé yo...

Nos despedimos con un largo abrazo. Los dos necesitamos que el otro nos dé ánimos. Hablar era una manera de darlos, tocarse es otra. Sé que no me ve como una hermanita de la caridad, como decía en broma, pero quizá si soy un poco su hermana mayor en los momentos difíciles.

Por la noche llamo a mi madre. Al jubilarse, mis padres se fueron a vivir al sudeste de Francia con la idea de pasar allí días felices. Mi padre es bastante frío, pero me quiere, creo. Mi madre lo exterioriza más que él, aunque no siempre me comprende. Los dos aprecian mucho a Laurent, del que suelen decir que es el yerno ideal por lo bien que se porta y porque su buena situación me garantiza un porvenir sin problemas.

Todos los años van a Tailandia a pasar tres meses para cambiar de aires, para vivir en una burbuja de exotismo. Pasado ese tiempo, regresan encantados a su país. Tienen previsto marcharse dentro de una semana.

—Mamá...

—Hola, Juliette, ¿cómo estás?

—Bien. Aunque todo es un poco difícil. El tratamiento, las sustituciones en el trabajo, el ritmo enloquecedor...

—Así es la vida. Nosotros también trabajamos sin parar, ya te llegará la hora de disfrutar.

—¿Qué tal está papá?

—Bien. Preparando nuestro próximo viaje. Vamos a explorar una región que no conocemos aún.

—Estupendo.

—Y Laurent, ¿cómo está?

—Bien.

—¿Sin más?

—Me da miedo, mamá.

—¿Cómo que te da miedo?

—El otro día discutimos y su mirada me asustó.

—¿Por qué discutisteis?

—Leyó una carta que me había enviado un paciente. Habíamos cruzado unas cuantas porque le ayudé a recuperarse en un momento muy difícil y quería que nos conociéramos algo más a fondo.

—¿Y te extraña que Laurent reaccionara mal? No puedes hacer eso, cariño. Con todo lo que él hace por ti, ahórrale ese tipo de cosas.

—Yo no había hecho nada malo.

—¿Y cómo va a saberlo él? Sabes perfectamente que no le gusta que te relaciones con otros hombres.

—Pero yo no he hecho nada con ese paciente.

—Os habéis escrito.

—¿Y qué?

—Pues que le comprendo.

—¿Comprendes también que a veces no me pida opinión para hacer el amor, cuando no forzosamente tengo ganas?

—Eso es lo que se llama deber conyugal. Yo también he tenido que forzarme un poco en ocasiones, pero ya sabes que ellos lo necesitan. Laurent tiene un trabajo muy exigente, y estresante, es normal que necesite relajarse un poco.

—Si tú lo dices... Te dejo, tengo que irme. Un beso.

He colgado con la certeza de que mi madre jamás comprenderá mis sentimientos. Tiene mucho aprecio a Laurent y no puede ni siquiera concebir que sea capaz de hacer algo mal. Y si le hablo de esto a Malou, me dirá todo lo contrario. Ella está en el otro lado del espejo. En cuanto a Guillaume, en estos momentos tiene la cabeza en otro sitio. Es con Roméo con quien me gustaría hablar de este asunto. Parecía dispuesto a escucharme.

Qué le vamos a hacer.
Así es la vida.

El perro de Pavlov

Esta noche Christian está nervioso. Cansancio acumulado a causa de unas intervenciones complicadas en las últimas semanas, formación de jóvenes en el parque de bomberos, el hombro, que le da la lata cada vez más a menudo. Se ha tomado un whisky. Luego otro, a veces le calma el dolor del hombro. Luego un tercero, a veces le calma todo lo demás.

Solange ya se ha acostado, está leyendo. Le brilla la cara, embadurnada de crema de noche. Se acerca a ella y empieza a besarla. Ella lo rechaza reprochándole que no se ha afeitado. Christian va al cuarto de baño, se afeita meticulosamente, esperanzado, y vuelve al dormitorio casi risueño. La luz está apagada. ¿Una sorpresa tal vez? Se mete bajo las sábanas y empieza a acariciar a su mujer, que le aparta la mano pretextando cansancio.

Está muerto. Lo sabe. Hace dos años que está muerto. Sobrevive el león enjaulado que lleva el mismo tiempo dando vueltas en su interior.

Christian se levanta y decide ir a tomarse un cuarto whisky, esta vez para olvidar otro dolor. El del corazón, el de la pareja, el de su sexualidad agonizante. Al lado de eso, lo del hombro no es nada. En el cuarto de Vanessa la luz sigue encendida. Llama discretamente antes de entrar. La chica está sentada delante de la mesa de trabajo, escribiendo en una libreta. No quiere de ninguna manera que él vea lo que pone. Así que se levanta y se coloca, más tiesa que un palo, delante de él. Christian acerca las dos manos a sus pechos, provocadores, libres y arrogantes bajo la camiseta de Snoopy.

—¡EH, APARTA TUS SUCIAS MANAZAS DE MÍ! ¿A qué viene esto? ¿Quieres que llame a la poli? ¡Eres un auténtico capullo! —grita ella, más furiosa que espantada.

Christian la mira un instante, casi asustado por su reacción violenta, su conciencia recibe un tremendo bofetón. Se deja caer sentado en la cama de Vanessa y permanece en silencio un instante antes de ponerse a llorar como un niño. La borrachera llorona.

Vanessa, sorprendida, lo mira un momento sin saber muy bien qué hacer. Por muy armario de tres cuerpos que sea un armario de tres cuerpos, si se echa a llorar, se vuelve inofensivo. La chica acaba por sentarse al lado de él y le pone

una mano sobre el antebrazo. No más. Nunca se sabe.

—Perdona, Vanessa, no debería haberlo hecho. Soy un gilipollas acabado.

—Bueno, tan acabado no diría yo que está... Pero un pelín maduro sí es, eso hay que reconocerlo.

—Entonces ¿soy un gilipollas maduro?

—¡Exacto!

—Estoy volviéndome loco, hace dos años que Solange no quiere que la toque...

—¿DOS AÑOS? Pero ¿es posible una cosa así?

—Y no sé por qué. Siempre encuentra excusas.

—¿Le quiere todavía?

—Hay motivos para ponerlo en duda, ¿eh?

—¿Ha visto cómo le habla? «¡Guarda los zapatos en su sitio!... ¿No has comprado pan?... ¿Cuántas veces voy a tener que decirte cómo hay que poner los cuchillos en el lavavajillas?» No habla, ladra.

—¿Tú crees?

—Lo creo, vaya si lo creo. Yo no aguantaría ni dos días en ese plan. Solange no le merece. Usted es un enorme peluche, todo suavidad, y ella es más áspera que el papel de lija.

—Qué dura eres...

—Digo lo que pienso. Estoy día tras día aquí con los dos, y desde el primer momento me pregunto cómo puede usted aguantar. En mi caso es distinto. Para empezar, no tengo otra opción. Y además, sé que pronto me iré, así que todas esas mandangas de las bayetas, los cuchillos hacia arriba en el lavavajillas y los zapatos en el zapatero, las hago y punto, pero a mí no me habla como a usted, ¿y sabe por qué?

—No.

—Porque la primera vez que me habló como a un perro le dije que esa iba a ser la última, porque yo no era un perro.

—¿Y eso ha sido suficiente?

—Eso parece. Pero en su caso es demasiado tarde, si hace treinta años que empezó, se ha convertido en un reflejo adquirido, como lo del perro aquel, sí, eso es, Popov o algo parecido.

—¿El perro de Pavlov?

—Sí, exacto. Solo que aquí el perro es usted.

—¿Y qué puedo hacer?

—Ah, a mí no me pregunte... aparte de morder, ni idea. Yo constato, no tengo soluciones. No se me puede pedir más de la cuenta, tengo catorce años y otros embrollos que arreglar muy distintos de los problemas matrimoniales. Pero, en

cualquier caso, usted no se merece esto.

—Es posible que tengas razón.

—¡Y no vuelva a ponerme las manos encima!

—Perdona, no debería haberlo hecho, es que estoy pasando un mal momento.

—Bueno, por esta vez, pase, no se quemé más la sangre...

—Perdóname...

—Venga, venga, perrillos a la mar.

—¡Pelillos, Vanessa!

—¿Cómo?

—Que se dice pelillos a la mar, no perrillos.

—Ah, ¿sí? ¿Está seguro?

—Sí, es «Pavlov» y «pelillos a la mar».

—Bueno, pues eso, pelillos a la mar. Me da pena verlo así, Christian. Es usted simpático, búsquese una chavala, pero un poco mayor que yo, ¿eh?, y diviértase un poco. A las chicas les encanta el uniforme de bombero, ¿sabe?, caen como moscas. La vida puede acabar de un día para otro. Mire a Roméo, estuvo a punto de morir. Usted también podría morir mañana, ¡y hace dos años que no se da un revolcón!

—Solange no me lo perdonaría.

—¡No hace falta que se entere!

—No sé...

—¿Qué es lo que no sabe? Eso forma parte de la vida, ¿no?

—Sí.

—Pues no se hable más, asunto zanjado.

Christian ha vuelto a la cama, pero le ha costado conciliar el sueño. En su lugar, un montón de preguntas incómodas. Un intento de comprender cuándo se torcieron las cosas. ¿Por qué debe constatar hoy el fracaso sin haber sido capaz de salvar algunos muebles? ¿Qué ha hecho mal para que la situación se haya degradado hasta este punto? ¿Hay manera de volver a encarrilarla? Tiene serias dudas, y eso le asusta, porque, en ese caso, ¿qué solución hay? Esa chiquilla que ha estado a punto de perder a su hermano acaba de darle un golpe con la regla en la punta de los dedos para exhortarlo a aprovechar la vida.

¡Y a todo meter!

En todos los sentidos del término.

Así sea.

Una chavala para divertirse un poco. No está asegurado que la encuentre, pero

al menos va a intentarlo.

La próxima vida

Marie-Louise y Jean están sentados uno junto al otro en el minúsculo balcón de la residencia de ancianos. Dos sillas y una mesa pequeñísima, el espacio no da para más. Disfrutan de los rayos del sol sobre su piel arrugada como una duna de arena barrida por vientos regulares. Se cogen de la mano, sin más.

—Estoy preocupada por mi nieta, Jean.

—¿Por qué?

—Porque este sábado no vino a nuestra cita en la pastelería. Nunca había faltado. Parece triste y eso no me gusta nada.

—Es su pareja quien no te gusta, ¿verdad?

—No mucho, no. Se porta mal con ella. Conmigo también, pero eso me da igual.

—¿Qué dicen sus padres?

—Que es encantador. Sabe representar bien su papel. Pero, cuando Juliette me cuenta lo que aguanta en casa, me digo que está entre las garras del lobo y que yo no puedo hacer nada.

—No puedes sacarla de ahí a la fuerza, debe tomar conciencia ella de la situación.

—Ya lo sé. Pero yo tardé cincuenta años en darme cuenta, así que creo que debe reaccionar deprisa para tener tiempo por delante y disfrutar de otra vida.

—Pero sabes muy bien que eso no es posible. Todos avanzamos desviándonos un poco y debemos solucionar nosotros mismos nuestros problemas. Es más eficaz.

—Sí, pero muy injusto.

—Así es la vida. Quizá le ofrezca una solución.

—Pero, mientras tanto, tengo miedo de perderla.

—Ella sabe que estás aquí.

—Y yo me alegro de que estés aquí tú...

—Todo llega a punto para quien sabe esperar.

—Bueno, esperar una vida entera parece excesivo.

—Te desquitarás en la próxima, con todo lo que hayas aprendido en esta.

—¿Tú estarás también en mi próxima vida?

—¡Por supuesto!

Algunos síntomas incipientes

Querida Juliette:

No se preocupe, será la última carta, pero no podía dejar la suya sin respuesta, por eso le escribo al hospital, confiando en que le llegue.

No me conteste, no espero nada. Simplemente necesito que sepa que, en efecto, me entristece muchísimo esta brusca interrupción de nuestra correspondencia, pero saldré adelante, por Vanessa, por usted, y aunque no vuelva a tener noticias mías, sepa que podrá sentirse orgullosa de mí, que no habrá sido en vano que me abrazara cuando lo necesitaba, que no habrá sido en vano que me zarandeara cuando me daba por vencido.

Sepa también que, suceda lo que suceda en su vida, aunque haga años que no mantenemos contacto alguno, siempre me tendrá a su disposición. Tengo una especie de deuda con usted, y para mí el simple hecho de ser feliz no es suficiente para saldarla. Ya sabe dónde estoy.

Seguiré estando ahí.

Un abrazo muy fuerte.

Cuídese, Juliette. Le deseo que tenga un día ese niño que tanto ansía,

ROMÉO

P.D.: Creo que Vanessa está enamorada. Tiene todos los síntomas. Me alegro por ella. Yo presentaba también algunos síntomas incipientes...

TRES AÑOS MÁS TARDE

Demasiada lluvia

Pese a todo, creía que estaba protegida desde hacía unos meses.

Ahora que lo pienso, la primera vez que realmente tuve miedo de él fue cuando leyó la carta de Roméo. Al ver en su mirada ese elemento indescriptible que establecía su omnipotencia y me hacía sentir más insignificante que un montoncito de polvo. En aquel momento, para él yo no era nada. Solo una cosa que manejaba y con la que más tarde podría saciar una necesidad animal. Creo también que la situación comenzó a degradarse de verdad a partir de aquel día.

Durante semanas y meses estuve centrada por completo en el tratamiento y en mi deseo de tener un hijo. Aceptaba muchas cosas sin resistirme. Solo intenté oponer resistencia cuando me hacía daño de verdad o me exigía relaciones sexuales que me repugnaban. Lo intenté, pero enseguida se vio que era un intento vano. Acabé por rendirme. Era eso o quedarme sola, lo que significaba sin un hijo que concebir. Cuando me poseía sin miramientos, yo pensaba en ese bebé que tanto necesitaba y aquello extendía un velo vaporoso sobre mis dolores.

Desde hace unos meses, creía que estaba protegida, porque este niño que llevo en las entrañas parecía una buena muralla para frenar su brutalidad. Después de todo, él también lo quería. Bueno, creo. Porque lleva unas semanas hablando de él como si fuese un rival. Y todavía me da más miedo.

Cuando ha entrado en la habitación, donde yo descansaba recostada en la cama, bordando un babero en punto de cruz, he visto ese mismo destello indescriptible de omnipotencia. Pero hoy se añadía a él un matiz suplementario, una especie de determinación más fuerte que todas las murallas que he conseguido levantar gracias a este embarazo para protegerme.

He sabido en el acto que ya no estaba protegida. Pero estaba totalmente decidida a resistirme.

—¿Sigues sin querer hacer nada?

—Así es.

—¡Eres muy mala conmigo!

—Estoy cansada.

—¿Te pasas todo el día en casa y te atreves a decir que estás cansada?

A medida que habla, va acercándose lentamente a mí, como el personaje del criminal en una película del oeste, que se lo toma con calma antes de liquidar al otro vaquero porque su suerte está echada.

—Sabes de sobra por qué.

—Es verdad, porque llevas semanas desplazando toda esa masa. Una ballena lo estaría también.

—Hago lo que puedo.

—Haces lo que quieres, sí. Pero yo tengo derecho a follar, ¿no? Y no va a ser un feto quien me lo impida.

—Sabes que el médico ha dicho que era mejor que no.

—¡Me la suda lo que diga el médico! ¿Cuántas mujeres hacen lo mismo que tú? ¡Di! Das razones médicas para evitarme.

—...

—¿Es para evitarme? ¡Contesta!

Las murallas se derrumban una tras otra, noto que la fiera gana terreno. Tengo miedo. Me gustaría pedir auxilio, pero ¿a quién? ¿Cómo? Soy como una gacela que va a ser devorada por un león. Pienso en Malou, en mis padres, en mis amigos de la infancia, a los que quería y he perdido, pienso en Guillaume y en mis compañeros, a los que echo de menos, pienso en Roméo y en su última carta, donde me decía que siempre estaría ahí para mí. Imagino que entra en la habitación en este preciso momento y que se interpone, que se convierte en mi muralla, que salda su deuda. Pero no entrará, porque estoy sola. Sola en el mundo con este bebé, en esta habitación donde, viendo la mirada de odio en los ojos de su progenitor, sé lo que me espera. Pongo las manos sobre mi barriga. Escóndete, bebé, escóndete, voy a protegerte. Hasta el final. El final de qué, no lo sé, pero hasta el final.

—¡Contesta! —repite, apretando los dientes.

Si contesto que no, me acusará de mentirosa y se pondrá furioso. Si contesto que sí, será todavía peor. La gacela arrinconada al pie de un precipicio y ya sin posibilidades de huir. El corazón se me acelera y jadeo. Me he pinchado con la aguja de bordar. Él me arrebató la labor y la arroja al otro lado del cuarto.

—¡Tú lo has querido!

Me levanto y trato de salir, pero él me agarra de una pierna y caigo al suelo, boca abajo. Me coge por los tobillos y me arrastra hacia la cama. Solo pienso en

mi barriga. En mi barriga que sufre. Yo no cuento, al final me he resignado. Pero mi barriga, que frota el suelo duro de la habitación, sí...

Me levanta tirándome del pelo y me arroja sobre la cama. Me debato cuando empieza a bajarme los pantalones, y entonces me abofetea. La quemazón en la mejilla me sorprende, pero encuentro fuerzas para defenderme de nuevo en el momento en que intenta separarme las piernas. Contrariado, me abofetea más fuerte aún. Creo que ha sido un puñetazo en la sien. El dolor se extiende por todo el cráneo. Una arteria late con fuerza en esa sien dolorida. Cuando me rehago, sé que ha ganado él. Me sujeta firmemente las muñecas con una mano. Se ha acabado, es inútil continuar resistiéndose, debo proteger al bebé, y eso exige dejarle hacer. Laurent se ha tumbado sobre uno de mis muslos para que no me mueva, aparta el otro e introduce dos dedos en mi vagina, sin ningún cuidado. Los mueve deprisa, como si se vengara por todas estas semanas sin sexo. Me dice que este niño se ha interpuesto entre nosotros y que no tendría que estar ahí, que está estropeándolo todo. Que yo solo pienso en mi barriga y ni un poco en él. Noto que sus uñas trazan surcos en mis frágiles membranas mucosas.

—¿No dices nada? Así que al final te gusta, ¿eh? ¿Te gusta? Has dejado de resistirte. Eso es que te gusta, ¿eh?

—¡Para! —digo sin ninguna convicción, pues sé que ahora ya no se detendrá.

—No, no voy a parar, ¿y sabes por qué? Porque aún no he acabado contigo.

Saca los dedos, lo que ofrece a mis entrañas un instante de tregua. Le veo desabrocharse los pantalones, impacientarse, porque con una sola mano le cuesta más, aprieta un poco más fuerte aún mis muñecas para que pierda toda esperanza de escapar. Su sexo duro me penetra provocando un desgarró atroz. Las paredes resacas resisten con dolor. Detesto su olor acre, su respiración jadeante, cargada de un aliento fétido, detesto ese cuerpo tumbado sobre el mío y que aplasta mi útero endurecido. Ese útero que permanece contraído como si formara un caparazón para proteger al pequeño ser que contiene y que debe de estar tan aterrado como yo.

—¿Qué es esto?

Me manosea la barriga, que parece molestarle para moverse. La golpea una vez, otra.

—¡¡¡PARAAA!!!

Grito de rabia.

A mi bebé, no. A mí puede hacerme lo que quiera, pegarme, follarme, como él dice, despedazarme, destruirme, pero a mi bebé, no. A él, no.

—¿Qué pasa? ¿Tienes miedo? No te preocupes, un bebé es una cosa sólida, tiene la cabeza dura. ¿Y sabes por dónde va a pasar esa cabeza dura? ¿Eh?

No ha terminado de hacerme la pregunta cuando noto que varios dedos se

meten en mi vagina. El dolor es terrible, como si mi carne desgarrada se incendiara. Grito de nuevo.

—Así sabrás lo que te espera dentro de unos meses. Tendrá que salir. ¿Berrearás también como un animal en el parto?

—¡Paraaa! —le suplico, llorando.

—Pero ¿no sabes que a algunas mujeres les gusta esto? ¿No lo sabes? Ya va siendo hora de que te desinhibas.

Me da la vuelta y me penetra por detrás, sin contemplaciones. Otro desgarro de la carne. No pienso en otra cosa que no sea el bebé, que debe de acurrucarse en un rincón de mi barriga, lo más lejos posible de la zona de combate. Pienso en el bebé y en nada más. ¿Para qué? La gacela ha perdido.

Le oigo alcanzar el orgasmo ruidosamente después de haber regresado a mi vagina, tras lo cual se deja caer sobre mí unos instantes. Ya no lloro, me limito a respirar para sobrevivir. Lo mínimo para no notar el olor, el del sudor, la brutalidad animal, lo mínimo para dar un poco de oxígeno a la placenta y al bebé, que no ha pedido nada.

Luego se retira y me da una sonora palmada en las nalgas. Y otra más fuerte aún. Le oigo ducharse. No me muevo ni un centímetro. Todavía no sé si va a volver conmigo o si regresará a sus ocupaciones como si tal cosa. Se viste y baja la escalera. Permanezco atenta al menor ruido y no empiezo a incorporarme hasta que oigo que la puerta de entrada se cierra y el coche arranca.

Tardo bastantes minutos en ponerme de pie. No he notado ningún movimiento del bebé en todo el tiempo que ha durado la escena. Necesito sentirlo moverse. Me tumbo intentando relajarme, poniendo las manos sobre él, hablándole bajito. Estoy viva, demuéstreme que tú también lo estás, por favor. Una pequeña ola ondula en la superficie de mi piel, bajo mis dedos. Sonrío entre las lágrimas.

Me dirijo después a trompicones al cuarto de baño. El perineo se resiente con los primeros frotamientos, luego se acostumbra. Como todo lo demás. Me aborrezco al verme en el espejo. Juliette Toledano, ¿dónde estás? ¿Por qué te sangra una ceja? ¿Por qué no tienes a nadie a quien llamar para contárselo, ningún sitio donde refugiarte? ¿Por qué no tienes ya ni trabajo ni amigos? ¿Por qué tienes miedo de él, tanto miedo que te impide marcharte? ¿Por qué?

No hay respuesta.

Dejo correr largamente el agua sobre mi piel para desprenderme de la pena y dar calor a mi cuerpo helado. Él necesita calor, el niño, calor y dulzura. Tardo una hora larga en prepararme, en vestirme, en cubrir con maquillaje lo que se

puede, y bajo al salón pendiente todavía del menor ruido. No sé adónde ha ido Laurent ni cuánto tardará en volver. Me he puesto un vestido para que las carnes magulladas no se irriten más en contacto con las costuras de un pantalón. Cojo el bolso y las llaves del coche y me siento al volante, pese a la lluvia que no cesa desde hace días. Necesito distraerme, pensar en el bebé y en el capullo que quiero prepararle para envolverlo en él cuando llegue y que se sienta bien.

Me duele la barriga.

Al cabo de un momento, el dolor cesa.

En el semáforo siguiente vuelve a dolerme.

Cesa de nuevo.

Decido ir a dar una vuelta a la gran tienda de artículos para bebé que acaban de abrir. Como soy supersticiosa, esperé hasta el final del cuarto mes para imaginar algo. Esperaré hasta el final del sexto para comprar algunas prendas y material. Pero eso no me impide explorar, soñar. Con la finalidad, sobre todo, de pensar en otra cosa.

En la autopista cae una tromba de agua sobre los coches. Agarro con fuerza el volante para controlar el vehículo pese a las ráfagas de viento. Casi ha anochecido, y eso que todavía no es ni media tarde. La tormenta se acerca. Por suerte, la salida está a unos pocos kilómetros, y la tienda, apenas a cinco minutos. Allí estaré a resguardo. Al dejar el coche en el aparcamiento, constato que está prácticamente vacío, la gente no ha cometido la locura de salir con semejante tiempo. Empiezo a darme cuenta de que mi salida lo ha sido. Pero me siento muy aliviada de estar aquí. Salgo del coche cubriéndome la cabeza con la chaqueta y corro como puedo hasta la entrada. Desde hace un mes, la barriga me dificulta los movimientos. No veo la hora de que llegue la próxima semana para hacerme la segunda ecografía, necesito estar segura de que está bien formado, he esperado tanto a este bebé... Sigo teniendo fuertes dolores intermitentes.

Cuando las puertas automáticas se cierran a mi espalda, me siento segura en mi pequeño capullo, el nuestro, un capullo protector repleto de cosas bonitas para bebés. La tormenta se aleja y los truenos ya no siguen con tanta rapidez a los rayos. Pero la lluvia no arrecia. Impresionante. La dependienta me sonrío mirándome la barriga. Llevo un vestidito ligero y ajustado. Aunque me marca también las nalgas abultadas, se adhiere a la barriga. Estoy tan orgullosa de ella que paso de las nalgas. Todavía me duelen. Me ha zurrado con ganas.

Deambulo entre los expositores. Otra futura mamá recorre los pasillos de la tienda. A juzgar por el tamaño de su barriga, dará a luz antes que yo. Está sola, pero tiene aspecto de ser una de esas esposas cuyo marido las lleva en bandeja, a las que todo les va bien: la maternidad, el matrimonio, la vida. Envidio a esa mujer.

Me dirijo hacia el centro de la tienda, donde hay, armoniosamente dispuestos, magníficos dormitorios de colores pastel, con detalles enternecedores. La mujer llama por teléfono a su marido para hablarle de una cunita de madera clara mientras la acaricia con un dedo. Se quieren, eso se nota.

El chirrido que oigo entonces me hiela la sangre, no consigo localizar de dónde viene el ruido, pero unos segundos más tarde veo que un gran pedazo de techo se desprende justo encima de nosotras.

Querido Tú:

Mañana es un gran día, un grandísimo día. Hará tres años que estoy con Guillaume. Tres años desde que cruzamos la barrera. La de la lengua, en este caso. Es eso, al fin y al cabo, lo que determina el punto de partida de una relación. El resto, los SMS, los cafés, las risas, los correos, las sorpresas, las miradas intensas, no son más que la preparación del terreno. Pero con el primer beso acaba un baile y empieza otro. Yo bailo con Guillaume desde que Roméo salió volando por los aires.

Los dos bailamos, él un baile más aéreo, y yo, uno más pegado al suelo firme.

¡Y los dos nos las arreglamos bien!

Calculo el camino que he recorrido en tres años. Fíjate, a mí me gustaría que mi historia con Guillaume terminara como la de Cenicienta. Después de todo, las dos se parecen un poco. Él era el príncipe azul de la unidad, y yo era la fregona, la chica con la que nadie quería tener nada que ver en el instituto. Salvo los chicos. ¡Cuando pienso en lo que me presté a hacer en los retretes para formar parte del grupo! Al menos así existía. No podía tener peor fama, pero existía. Sé que las que me miraban por encima del hombro, porque era la pobre chica que venía de un hogar de acogida, me envidiaban un poco. Yo me atrevía, y ellas, no. Yo pasaba de que me considerasen una zorra. Era eso o nada. Ser una zorra es ser algo, así que, en cualquier caso, es mejor que no ser nada.

Lamento todo aquello. Es comprensible, hay circunstancias atenuantes, pero lo lamento. Ha sido Guillaume quien me ha sacado de ahí. Porque he empezado a existir de verdad por él. Esta tarde pasará por el instituto para recogerme y me invitará a cenar en un restaurante para celebrar nuestro aniversario. Estoy contentísima. Guillaume es el hombre de mi vida. Guillaume está pendiente de mí, de la forma en que me visto, de lo que me gusta y lo que detesto, de mis pequeños placeres y de cuidarme. Y de mi cuerpo. Es sensible a mis estremecimientos, incluso los más ínfimos, porque es de una dulzura infinita y porque me oye. ¿Y por qué me oye? ¡Ja, ja, ja! ¡Pues porque me escucha! Su mano se pasea por mi piel más ligera que una pluma. Me retuerzo cuando me hace cosquillas en la parte superior de los muslos, en la cintura, bajo los brazos y en la nariz. La nariz es lo peor. Pero se va enseguida a otro sitio y ahí cambia la cosa, ya no se trata de hacer cosquillas, sino de hurgar en las profundidades de mi placer. Se lo toma con calma, con muchísima calma, hasta que le suplico que venga. Pero él me deja siempre llegar antes que él, por cortesía, por respeto, como esos hombres que sostienen la puerta. Por cierto, él también me sostiene la puerta. Que un hombre sostenga la puerta para dejar pasar a una mujer no es nada. No es nada y a la vez lo es todo. Yo paso olímpicamente de la igualdad de los sexos. Eso son chorradas. Con el pretexto de que quieren los mismos derechos, las mujeres reivindican el mismo trato. Pero nosotras necesitamos que se nos preste atención, necesitamos dulzura, ternura, esos detalles insignificantes que lo son todo. Necesitamos que nos sostengan la puerta. Como mínimo, es una ayuda cuando vuelves de la compra cargada de bolsas. ¡Je, je, je! Pero, sobre todo, necesitamos que nos sostengan la puerta porque, cuando lo hacen, eso significa que no nos soltarán la mano en cuanto sople la primera ráfaga de viento.

Hace tres años, y Guillaume me ha dicho que tiene una sorpresa para mí para celebrarlo. Se pasa el tiempo dándome sorpresas, y a mí me encanta.

Una embarazada en el accidente

No hemos parado desde ayer. Hay más efectivos de servicio de los habituales para hacer frente al mal tiempo. Llevo tres días y tres noches trabajando a causa de las lluvias torrenciales, pero no tengo elección. Dormimos como podemos, nos relevamos para descansar una o dos horas. Eso es lo que acabo de hacer.

Apenas hemos terminado de tomar un café cuando nos llaman. Los dos equipos salen al mismo tiempo, parece que esto no va a acabar nunca. Circulamos un rato juntos, las llamadas proceden del mismo sector. Yo intervengo en el derrumbe de un tejado; el otro vehículo, en el enésimo accidente de coche.

Es el tejado de una tienda de artículos para bebé. Eso significa que tendremos que socorrer a mujeres embarazadas y es posible que a niños de corta edad. La persona que ha avisado ha dicho que había una víctima bajo los escombros. Es horrible.

Cuando llegamos, está inconsciente. La dependienta nos confirma el embarazo, aunque todavía no podemos constatarlo. Solo parte de las piernas y la cabeza sobresalen de los grandes trozos de escayola y chapa deformada. La cara, llena de cortes y cubierta de sangre, es irreconocible. Tiene los ojos cerrados, pero un lado de la mandíbula está hundido. El impacto ha debido de ser brutal. Respira. Eso es lo principal. La liberamos lo más rápido posible para trasladarla urgentemente a un hospital de la ciudad. Los servicios médicos de urgencias no han tardado en llegar. Ojalá el niño esté todavía vivo y su marido pueda reconocerla después de las suturas, los huesos y las carnes remendados. Algunos accidentes cambian con mucha agresividad el paisaje de un cuerpo. Sé de lo que hablo.

No sé si es su primer hijo, pero supongo que lo espera con alegría. Pienso en Juliette y en su deseo de tener un niño. Juliette, que en tres años no ha estado fuera de mi mente más de un día. Espero que haya podido cumplir su deseo, que sea una madre realizada, que sea feliz. Se ponen tantas esperanzas en un embarazo... y en cuestión de segundos todo puede desaparecer. Ojalá el bebé esté vivo.

Voy en la parte delantera del vehículo. Mi compañero se ha sentado detrás.

Sabe que las mujeres embarazadas con contusiones en el cuerpo me ponen enfermo, pero no sabe por qué. No voy a ir contando a diestro y siniestro mis recuerdos de infancia, cuando mi padrastro pegaba a mi madre, que llevaba dentro a la futura Vanessa.

Mi compañero facilita la información de que disponemos, dejamos a la víctima en manos del equipo que nos esperaba en la entrada de la unidad y nos marchamos inmediatamente. ¡Siempre a punto!

Ni siquiera sé cómo se llama.

Lo único que importa

Me cuesta despertarme. Deben de haberme sedado. Tengo un monitor fetal sobre la barriga y oigo latir el corazón de mi bebé. Eso es lo único que importa. Su latido regular me acuna y vuelvo a dormirme plácidamente.

Él está bien.

Así que yo estoy bien.

El nombre de una víctima

Cuando el otro equipo se reúne con nosotros, Éric se acerca a mí, indeciso.

—Oye, Roméo, verás... nos hemos ocupado del accidente de tráfico mientras vosotros estabais en la tienda donde se ha hundido el tejado.

—¿Ha habido víctimas?

—Hemos atendido a una mujer que salía de esa tienda. Debía de estar todavía conmocionada y, en una curva, se ha salido de la carretera. Ha chocado contra un árbol, pero, por suerte, no conducía deprisa. Estaba consciente, ha sido ella quien nos ha contado lo que había ocurrido, el crujido, el tejado que se viene abajo justo delante de ella, sobre otra mujer. Ha preguntado si había alguien que se llamara Roméo en el equipo. Y como tú eres el único bombero del departamento con ese nombre, enseguida he pensado en ti.

—¿Cómo se llama?

—Juliette. Como imaginarás, una Juliette preguntando por un Roméo me sonaba de algo. Me he enterado de que es enfermera. Y está embarazada.

—¿Cómo está?

—Ni idea. La hemos dejado en los ingresos de urgencias y no sé nada más.

—¿De cuánto está?

—Eso es mucho preguntar. Pero yo diría que su embarazo está muy poco avanzado para resistir un golpe en la barriga. ¿La conoces?

—Es la enfermera que se ocupó de mí en reanimación cuando me caí hace tres años. No debe perder el niño.

—Ah, eso no depende de ti.

—Iré a verla en cuanto acabe.

Entro en urgencias de ginecología vestido de bombero. El uniforme da cierta legitimidad, aunque lo he hecho sobre todo para no perder tiempo pasando antes por casa. Le pregunto a la comadrona si puedo ver a la mujer embarazada del accidente de coche y aprovecho para pedirle información sobre el estado de la otra mujer embarazada. Su bebé está vivo. Los dos bebés están vivos. A veces se

producen pequeños milagros en medio del horror.

Cuando entro en la habitación, Juliette tiene los ojos cerrados. Me acerco a la cama. No sé qué hacer para no asustarla. Carraspeo. Ella abre los ojos y vuelve despacio la cabeza hacia mí. Veo entonces el hematoma en su sien. Y los ojos enrojecidos, que acentúan unas ojeras profundas.

—¿Roméo?

—Hola, Juliette.

—Ha venido.

—En cuando me ha sido posible. Mi compañero me ha hablado de usted. ¿Cómo está?

—Más o menos... El niño está bien. Me duele la cabeza y estoy muy cansada. Creo que me han drogado un poco.

—Volveré mañana por la mañana, la dejaré descansar, pero quería que supiera que estoy aquí y que pienso en usted y en el niño. ¿Necesita algo?

—Es muy amable. Mi pareja me traerá algunas cosas.

—¿Quiere que avise a Malou?

—Sí, por favor.

—De acuerdo.

Después le he dado un beso en la frente a la vez que le cogía la mano. Ella no ha estrechado la mía. Una mano inerte. Si la hubiera visto en la calle, no sé si la habría reconocido. Sí, por supuesto, una persona en la que llevas tres años pensando no puede desaparecer sin más ni más del cajón de los recuerdos. Pero habría tenido que tomarme mi tiempo para compensar la sorpresa de semejante metamorfosis.

Juliette ya no es Juliette.

Esta misma noche, en cuanto he llegado a casa, he llamado al bisabuelo para que le dé la noticia a Marie-Louise. Estaba a su lado, así que he podido hablar directamente con ella. Me ha pedido que la lleve a verla al hospital mañana por la mañana, y en eso hemos quedado.

Hace tres años, después de recibir la última carta de Juliette, sentí la necesidad de contárselo al bisabuelo. Es el único con quien puedo abrirme sin temor a ser juzgado. Me consoló y luego, sonriendo, me dijo que, de todas formas, alguna noticia de ella tendría, porque Marie-Louise...

Me pareció increíble que se hubieran enamorado. Su abuela y mi bisabuelo. Y todo gracias a mi caída. Así que conocí a Malou, quien me dio regularmente noticias de Juliette, hasta que a partir de determinado momento empezó a tener

cada vez menos y luego ninguna en absoluto. Con lo unidas que parecían...
Malou estaba preocupada, pero no podía hacer nada.

Y a mí me pasaba lo mismo.

Arcoíris de amor

Estoy sola en una habitación, en la unidad de ginecología. Conozco las prácticas hospitalarias, y no poco. Me han instalado aquí para que no oiga a los otros bebés de maternidad. Su semblante sombrío al anunciarme que, con veintiuna semanas, un traumatismo semejante requería una vigilancia especial, que había riesgo de hematoma retroplacentario y que sería preciso esperar unos días para estar seguros de verdad del futuro del embarazo me ha clavado un puñal en el corazón.

Pero hablar con Roméo me ha devuelto alguna esperanza. Seguiré adelante con este embarazo y daré a luz un niño prácticamente a los nueve meses. No puedo asumir el papel de víctima cuando hace tres años le repetía a él sin parar que eso no solucionaba nada. Voy a pasarme el día hablando al bebé, voy a decirle que lo conseguiremos, los dos, y que voy a seguir manteniéndolo caliente. Por suerte, no tengo nada roto, solo hematomas repartidos por todo el cuerpo, bastante dolorosos, pero que se reabsorberán rápidamente. Llevaba puesto el cinturón de seguridad y no circulaba deprisa.

Laurent me ha llamado hacia las ocho de la tarde, después de los tres mensajes que le he dejado en su teléfono. Me ha preguntado qué hacía en esa tienda con este tiempo. Ha añadido que podría haber conducido con más precaución, que, si perdía al niño, sería por mi culpa. Me he sentido culpable. Me ha dicho que tenía una reunión importante y que esta noche no podría venir. Le he pedido que me traiga al menos algunas cosas y una bolsa de aseo. Vendrá mañana por la mañana, antes de irse a trabajar. Otro habría anulado la reunión para venir a abrazarme.

Otro no me habría hecho lo que él me ha hecho.

Pero no tengo a otro.

Los únicos brazos a los que tengo derecho me golpean.

Aunque le hable al bebé, tengo miedo. Cuando la comadrona entra en la habitación, estoy llorando en silencio. Me coloca un aparato sobre la barriga para escuchar su corazón y comprobar que no tengo contracciones. Un mínimo de treinta minutos. Podría marcharse para hacer su recorrido, pero estoy llorando. Así que se sienta en la cama, a mi lado, y me coge la mano con ternura,

sonriendo.

—¿Qué hay detrás de esas lágrimas?

—Me siento muy mal por lo que he hecho.

—¿Ha chocado contra un árbol deliberadamente?

—Claro que no. Pero estaba demasiado nerviosa para ponerme al volante. El tejado de la tienda acababa de hundirse delante de mí y me he asustado mucho.

—Es humano que haya intentado huir.

—Puede...

—¿Puedo hacerle una pregunta? No está obligada a responder.

—Sí.

—En su historial pone entre interrogantes que los hematomas de la sien y las nalgas no han sido causados por el choque. Y lo del perineo edematoso, con fisuras...

—...

—¿Alguien le ha hecho daño antes del accidente?

—Sí.

—¿Quiere decirme quién?

—No lo sé.

—Aquí está a salvo.

—...

—...

—Mi pareja. Ya no aguantaba más sin tocarme por el embarazo.

—¿Es la primera vez?

—Desde que estoy embarazada, sí.

—¿Y antes?

—No.

—¿Qué piensa hacer?

—No perder el niño. Lo demás es secundario. Si lo perdiera, no sobreviviría.

—Solo hay una cosa importante que usted puede hacer por este niño cuando las cosas no van bien y tiene miedo por él: enviarle un arcoíris de amor.

—¿Un arcoíris de amor?

—Se trata de visualizar su propio corazón y el del bebé, no hay mucha distancia entre ambos, e imaginar un arcoíris de amor que va de uno al otro. Un arcoíris porque el amor es igual de impalpable e inmaterial, e igual de colorido. El bebé lo sentirá y, pase lo que pase, eso le ayudará.

—¿Puedo perderlo?

—Sí. Puede perderlo, pero también es muy posible que no, y su pensamiento debería orientarse hacia esa posibilidad y solo hacia esa. El resto no es más que pensamiento inútil.

Una vez que se ha marchado con el aparato y la gráfica que permitía afirmar que todo iba bien, he cerrado los ojos y he visto ese arcoíris. El bebé se ha movido ligeramente y he sentido que se instalaba contra la pared de mi barriga, sobre mi corazón, como un tesoro al pie de este.

Volver a verla

Llego a la residencia de ancianos, tal como quedamos, a las ocho de la mañana. Marie-Louise aguarda en la puerta y me hace una seña mientras se acerca al coche. Tiene los ojos enrojecidos, pero me sonrío apoyándome simplemente una mano en el antebrazo.

—Te agradezco todo lo que haces por mi nieta.

—Solo voy a visitarla.

—Ya es mucho.

—Me parece lo mínimo.

—No lo es para todo el mundo. ¿Está lejos?

—A unos quince minutos. ¿Mi bisabuelo está durmiendo aún?

—No se levanta antes de las diez. Últimamente está muy cansado.

—Ah, ¿sí?

—Solemos acostarnos tarde. Es que arreglar el mundo lleva mucho tiempo...

—Desde luego, qué casualidad tan curiosa que se hayan gustado.

—¿Todavía crees en la casualidad? ¡Qué conformista! Sal de los caminos trillados y abre los ojos: no hay ninguna casualidad en la vida, ninguna; nuestro destino está trazado, y hay buenas razones para que así sea.

—¿Ninguna ninguna?

—Tal como lo veo yo, ninguna. Somos la suma de nuestras decisiones, pero esas decisiones no las tomamos de manera casual.

—¿En qué forma parte el accidente de Juliette de su destino?

—Yo no he dicho que tengamos siempre la respuesta. Unas veces es evidente; otras, llega más tarde. Y otras, no viene nunca.

Cuando llegamos al pasillo de la unidad de ginecología, vemos a un hombre que sale rápidamente de una habitación y se dirige hacia nosotros con paso decidido. Unos metros antes de llegar a nuestra altura, le espeta a Marie-Louise:

—¿Qué hace usted aquí?

—He venido a visitar a mi nieta, ¿y usted?

—¿Y usted quién es? —me pregunta a mí en un tono agresivo.

—Es el conductor del vehículo medicalizado que me ha traído —contesta Marie-Louise antes de que yo tenga tiempo de balbucir algo.

—Dejen en paz a mi mujer.

—No están casados, que yo sepa —replica ella con un aplomo increíble, teniendo en cuenta que él le saca como mínimo dos palmos.

—De todas formas, déjenla en paz.

—Que tenga un buen día, Laurent.

Así que es él...

Comprendo por qué Juliette tuvo que cortar toda clase de contacto conmigo.

No comprendo que esté con un hombre como ese.

Comprendo que a Marie-Louise le preocupara tener muy pocas noticias de ella desde hacía algún tiempo.

No comprendo que no podamos hacer nada.

Antes de entrar en la habitación, Marie-Louise, que ha observado mi indignación, me pone de nuevo la mano sobre el antebrazo para indicarme que no es necesario hacer ningún comentario sobre ese hombre. Que no debemos.

—Entra conmigo, le gustará...

—¿Está segura?

—¿Tengo cara de dudar? —me contesta sonriendo.

Juliette parece aliviada al vernos entrar. No me cuesta nada entender por qué. De no ser por la fragilidad de su embarazo, creo que me sentiría tentado de raptarla para demostrarle que no pinta nada con ese tipo. Pero no puedo. Además, solo se ve en las películas a esa clase de héroes actuando así. Marie-Louise acerca una silla y se sienta al lado de su nieta.

—Has venido, Malou...

—¿Cómo no iba a venir?

Las lágrimas vuelven a imponerse, las muy ladinas...

—Te he echado de menos...

—Yo a ti también, cariño, yo a ti también... Pero sabías que podías contar conmigo, ¿verdad? Bueno, dinos cómo está ese niño.

—Con el impacto que ha sufrido, todavía no se puede decir mucho, pero, como no hay infección ni desprendimiento de placenta, puede aguantar. No hay más remedio que esperar. Se hará interminable. Estoy asustada, pero tengo fe.

Pasamos dos horas largas con ella, interrumpidas por las visitas del médico para los resultados de las pruebas y de la comadrona para la gráfica. Es increíble oír el corazón del bebé en la máquina. Igual que un caballo al galope. Se aferra, él también tiene fe. Sonríó a Juliette como si yo fuera el padre. Supongo que cuando uno es padre siente el tipo de emoción que me invade el pecho, pero mil veces más fuerte. Bueno, eso depende de los padres. Malou no aparta los ojos de su nieta, como si tuviera que recuperar tiempo perdido. Hablamos a Juliette de la hermosa relación entre Malou y Jean. No estaba al corriente, ya que se alejó de su abuela antes de que esta cobrara consciencia de ella. Se siente agradablemente sorprendida. Me pregunta por Vanessa. Me sorprende que Guillaume no la haya mantenido informada.

—No sé nada de Guillaume desde que dejé de trabajar.

—¿Ha dejado de trabajar?

—Laurent pensaba que era mejor así durante el embarazo. Me decía que, si estaba menos cansada y menos tensa, las probabilidades de que todo fuera bien se multiplicarían.

—Pero eso no le impedía mantener el contacto con sus antiguos compañeros.

—Laurent pensaba que no ejercían una buena influencia sobre mí. Bueno, ¿qué me cuenta de Vanessa?

—Está muy bien. Ha cambiado mucho, ¿sabe? Creo que conocer a su amigo enfermero ha sacudido muchas cosas dentro de ella. Se ha posado delicadamente sobre la vida, como una pluma que hasta ahora había estado atrapada en remolinos de vientos violentos y encuentra por fin una zona sin turbulencias.

—Es muy bonito lo que dice.

—Es la imagen que me da. Ha pasado de ser impulsiva a ser sosegada, de atolondrada a reflexiva, trabaja en clase, lee bibliotecas enteras de libros para superar a la media, para ser la mejor. Tiene planes que la motivan, y me da la impresión de que, desde la aparición de Guillaume, mira hacia delante con determinación. Antes era el pasado lo que miraba.

—¿Qué planes tiene?

—Quiere ser enfermera.

—Me alegro. Cuando pienso que hice todo lo posible para disuadir a Guillaume de que se enamorase de ella... Solo tenía catorce años... ¿Se imagina, si me hubiera hecho caso?

—Yo creo que en parte ha sido mi accidente lo que la ha hecho avanzar, con o sin Guillaume, pero habría sido una lástima que renunciara. Al principio me costó aceptar esa relación, por la diferencia de edad, pero ella estaba tan bien después de todo lo que había pasado... Así que accedí a conocer a Guillaume y nos hemos hecho muy amigos. Tiene casi mi edad.

—¿Les hace dulces?

—Sin parar. Y ahora, Vanessa también. Compiten a ver cuál de los dos hace la presentación más bonita. Y a mí a veces me pesan los kilos cuando subo la escalera.

—¡Ha conseguido subir de nuevo!

—Se lo dije, le prometí que podría sentirse orgullosa de mí. Y que siempre estaría disponible para usted. Yo siempre cumplo mis promesas.

—Me siento orgullosa de usted...

Me he ido a tomar un café a la máquina del vestíbulo para dejarlas solas. Este reencuentro parecía muy importante para Malou. Cuando he vuelto para recogerla, un poco antes de la comida de mediodía, le he dicho a Juliette que estaría de guardia cuarenta y ocho horas en el parque de bomberos, pero que volvería a verla al cabo de dos días. Que cruzaba los dedos y que pensaba en ella y en ese bebé que luchaba por vivir.

En el coche, en el camino de vuelta, Malou se ha puesto a llorar. Sin embargo, el panorama no era tan negro. Los resultados de las pruebas eran buenos. No lo entendía. Pero ella no ha querido decirme nada.

Ver a una mujer de ochenta y siete años llorar como una niña deja una huella imposible de borrar. Porque a esa edad uno ya no debería tener motivos para llorar, debería haber alcanzado el tope máximo. Los contados años restantes deberían ser dichosos, un regalo, la guinda del pastel, la tarta de aniversario de una vida. Una tarta dulce al paladar, no con el sabor salado de las lágrimas...

Lo único que importa

Ya está. Se acabó.

Era una niña. Hasta ese momento no lo sabía. Empecé a tener fiebre anoche. Las contracciones comenzaron enseguida. Corioamnionitis. Brutal, violenta. No pudieron detener el parto. Veintiuna semanas y cuatro días. Aborto espontáneo tardío. Inútil tratar de reanimarla, es demasiado pequeña. Como tenía fiebre, no me pusieron la epidural, solo antibióticos en el gotero y algo para calmar un poco el dolor, que se extendía desde la barriga hacia todas partes. Fue dolorosísimo alumbrar a esa diminuta niña ya formada, que iba a acabar no sé muy bien dónde, pero no entre mis brazos, no en mi pecho, no en mi cama ni en el cochecito que había visto en la tienda que se derrumbó. Lo que se desmorona es el techo de la vida, y yo estoy debajo, incapaz de reaccionar.

El equipo ha sido extraordinario, pero eso no me devuelve a mi bebé. Estaba sola dando a luz. Fue tan rápido... A las tres de la mañana todo había terminado. Llamé a Laurent, pero tenía el teléfono desconectado. Quería llamar a Roméo, pero no tuve fuerzas. Además, probablemente estuviera de servicio. Al amanecer, de vuelta en mi habitación, sin fiebre, sin barriga, sin bebé, sin energía, ya no tenía ganas de llamar a nadie. Quería encerrarme en mi concha y desaparecer.

¡Olvidaos todos de mí!

La enfermera me ha quitado el gotero hace una hora. No he llorado. No sale nada. Soy como un bebé sobre cuya cara soplan con fuerza: contiene la respiración abriendo mucho los ojos, hasta que acaba por rendirse.

Yo no me he rendido aún.

No aguanto más en esta habitación de hospital. No quiero quedarme. Tampoco quiero volver a casa. ¿Para qué? Meto mis escasas pertenencias en la bolsa de deporte guardada al fondo del armario, antes de hacer una visita rápida al cuarto donde está la farmacia. A estas horas, los enfermeros están con el cambio de turno. Encuentro enseguida los antibióticos que debo tomarme para tratar la endometritis. Cojo también unos analgésicos. Y algunos calmantes. Por si acaso, cuando me rinda. No me ha visto nadie. Meto las provisiones de medicamentos en la bolsa de aseo. Mi historial clínico está abierto encima de la cama. Veo el

resultado del análisis: «numerosas colonias de E. coli». La culpa es suya. Me penetró por detrás y luego contaminó mi vagina y mi útero. Y eso que le había explicado, cuando empezó a hacerlo unos meses atrás, que era una práctica arriesgada. La otra noche ni siquiera pude impedirselo. De todas formas, no podría haber hecho nada. Qué cerdo. Es él quien ha condenado el embarazo.

Escribo unas líneas en una hoja de papel que hay encima de la mesa de la habitación.

No sé por qué, solo sé que no debería, pero paso por maternidad antes de irme. Como si necesitara escuchar a esos bebés vivos que llaman a su mamá, como para tomar plena conciencia de que el mío no es uno de ellos. Y de pronto oigo a través del tabique de una habitación a uno que llora muy fuerte. Debe de tener hambre. Entreabro la puerta y lo veo pataleando y gritando en la cuna. Su mamá está duchándose y no lo oye llorar. ¡Pobrecillo! Apenas tiene dos días. Lo cojo en brazos, se calma inmediatamente y vuelve la cabeza hacia mi pecho. Busca con la boca el pezón para mamar. Tiembla. Parece muy hambriento...

Y mi calostro va a perderse...

Una voz me dice: «Vete con él...».

La carta

He cometido una estupidez, me voy. Gracias por todo.
Juliette.

Me despierta la llegada de este SMS al móvil a media tarde, después de recuperarme de la noche de guardia. Tenía pensado ir a verla a última hora, cuando estuviera fresco y despejado.

Salto de la cama y me pongo el uniforme de bombero, lo primero que encuentro, tirado en el suelo, donde lo he dejado al llegar, muerto de cansancio. Bajo la escalera y abro la puerta del garaje. ¡Mierda! ¡El coche! Lo llevé al taller para que le cambiaran los amortiguadores. Tenía que ir a buscarlo más tarde. Ya pensaré en eso luego, la maternidad está a diez minutos corriendo a buen ritmo. El jadeo no me impide pensar en tres mil cosas al mismo tiempo. ¿Qué estupidez ha podido cometer? ¿Adónde va con ese embarazo en la cuerda floja? ¿Por qué me da las gracias por todo, como si se despidiera? No me gusta nada.

Todavía me gusta menos ver los coches de la policía delante de la maternidad. Entro en el vestíbulo y me detengo para recobrar el aliento. Le pregunto a un agente qué ha sucedido. El uniforme de bombero me da una legitimidad que le hace responderme sin dudar:

—Nos han llamado porque había desaparecido un bebé de la maternidad, pero acababan de encontrarlo.

—¿Está bien?

—Sí, parece que sí. Están intentando averiguar qué ha pasado.

Recorro los pasillos a paso rápido hacia la unidad de ginecología, confiando en que Juliette esté todavía allí. Pese a los esfuerzos del personal del hospital por controlar la situación, se percibe la agitación, la electricidad en el aire.

La habitación de Juliette está vacía. Por supuesto. Habría sido demasiado bonito. Me dirijo al puesto de enfermería, donde se encuentra reunido el equipo.

—¿Dónde está Juliette Toledano?

—¿Es usted Roméo? —me pregunta una enfermera, con un papel en la mano.

—Sí.

—Hay una carta para usted. Estaba abierta. La hemos leído por si tenía alguna relación con lo sucedido en la maternidad.

—Sí, claro.

Me la da y siento todas las miradas posadas en mí. Me alejo unos pasos por el pasillo para salir de su campo de visión.

Oigo los susurros.

Me alejo aún más.

PARA ROMÉO, EL BOMBERO.

Querido Roméo, usted es la persona en quien confío. Dígales a todos que estoy bien, bueno, más o menos, digamos que lo suficientemente bien para no preocuparse, que me voy porque necesito tomar el aire, reconciliarme con la naturaleza y los viejos amigos perdidos a los que tan unida estaba. Que el personal no se preocupe por mi salud. Está mal, lo sé, pero he cogido de la farmacia de la unidad lo que necesitaba para mi tratamiento. Soy consciente de los riesgos, pero me cuidaré. Volveré cuando me encuentre mejor.

Gracias por todo. Esa niña era magnífica. Magnífica. Le he puesto Célestine porque la imagino allá arriba, en la inmensidad, en medio de las estrellas. La llevo en mi corazón, unido al suyo por un arcoíris...

Un abrazo.

Una enfermera se acerca entonces a mí. Me explica lo del aborto espontáneo de anoche, el revuelo en todo el hospital a causa del bebé secuestrado y su habitación vacía, con esa nota.

—¿Usted la conocía bien?

—No lo suficiente.

—¿Por qué le ha escrito a usted?

—¿Ha visto a su pareja?

—No. He hablado con él por teléfono para avisarle. No tardará en llegar.

—Cuando lo vea, lo entenderá. ¿Puedo quedarme la carta?

—Sí, hemos hecho una copia.

—Solo una pregunta: ¿tiene algo que ver Juliette con la desaparición del bebé?

—La jefa de enfermería acaba de decirnos que la persona a la que han visto con el niño corresponde con su descripción. ¿Quiere hablar con ella?

—¿Es posible?

—Voy a ver.

Me marchó de la unidad un poco aturdido. La responsable acaba de explicarme lo que han averiguado los investigadores. Una mujer que se parece a Juliette ha entrado en la salita para visitas situada al fondo de la unidad, con un bebé en brazos que quería mamar. Allí estaban una pareja con su recién nacido y los abuelos. La mujer se ha sentado en un sillón y lo ha amamantado. Lo miraba con tanto amor que ni se le ha pasado por la cabeza que pudiera no ser suyo. Luego se ha levantado y ha preguntado al padre si podía coger al bebé un momento, con la excusa de que debía ir a buscar una cosa a la habitación e ir al lavabo. Él la ha visto coger una bolsa de deporte en el pasillo, sin comprender realmente lo que tramaba.

Ha sido al oír, justo después, los gritos de una mujer y el revuelo en los pasillos, y ver a todo el personal que iba de un lado para otro preguntando si alguien había visto a un bebé de dos días, cuando se han sentido como unos idiotas con aquel niño en brazos. El alivio ha sido inmediato en toda la maternidad. La madre del bebé estaba tan contenta, tan aliviada, que no lo ha denunciado. No le ha costado comprender lo que había sucedido, el gesto desesperado de Juliette, su deseo irreprimible, instintivo, de tener, aunque solo fuera un momento, a un niño entre sus brazos.

Y ahí acaba todo.

Juliette no ha ido más allá. Afortunadamente. Lo contrario habría sido terrible. Tengo que encontrarla.

Al pasar por delante del despacho de enfermería oigo voces. Laurent, su pareja, no entiende a la enfermera, quien afirma que la policía no hará nada puesto que Juliette se ha ido por voluntad propia, dejando una carta de explicación.

—¡Es abandono de domicilio!

—¿Están casados?

—¡No!

—Entonces ella puede irse cuando quiera. El agente me ha explicado con claridad que no estamos ante un caso de desaparición preocupante. Se lo repito: ha dejado una carta, necesita estar sola.

—¿Dónde está esa carta? ¡Quiero verla!

—No va dirigida a usted.

—¿A quién está dirigida?

—No puedo decírselo.

—¡Pues no me lo diga, desgraciada! La encontraré solo, ya que nadie quiere

ayudarme...

Procuro no llamar la atención al pasar a su altura por si me reconoce. Sé dónde buscar información, con esta carta, para averiguar adónde ha podido ir. No sé cuándo, no sé cómo, pero la encontraré. Para saldar mi deuda... Y probablemente enjugar sus lágrimas.

Irse

De camino hacia la parada del tranvía, hace un momento, me he cruzado con varios coches de policía con la sirena puesta que me han dado un bofetón. Toma de conciencia súbita. Yo no quería hacer daño a nadie, simplemente calmar a ese bebé que tenía hambre y estaba solo. Simplemente eso. Simplemente eso, ¿me oís? ¿Me oyes, vida? Darle esta leche que quiere brotar por los pezones y que va a perderse. Simplemente apaciguar a un bebé muy vivo, él sí. Muy vivo.

Simplemente eso.

Los movimientos del tranvía que me lleva a la estación hacen que me zarandee. Me noto la entrepierna mojada y me doy cuenta de que no he metido nada para eso en la bolsa, por lo poco previsible que era. Tendré que entrar en una tienda de la estación.

No sé qué tren cogeré, pero alguno habrá que vaya hacia el sur. En cuanto a lo demás, ya veré. No quiero que Laurent me encuentre. Tendrá acceso a todas las operaciones de mi tarjeta, así que retiraré una gran suma de dinero del banco que hay en la plaza de la estación. De la cartilla y de la cuenta corriente. Será la primera vez que lleve tanto dinero encima, pero da igual. Me lo esconderé en el sujetador. Los billetes olerán a leche materna. Eso podría dar un olor agradable al dinero, por una vez.

Cuando entro en el vestíbulo de la estación, miro los paneles de salida de los trenes. Uno de alta velocidad a Lyon dentro de media hora. Es perfecto. Pago ya en efectivo, para que Laurent no sepa en qué dirección huyo de él. Con todos los billetes que me he metido dentro del sujetador, después de haber tomado la precaución de colocar una almohadilla absorbente e impermeable, he aumentado una talla. Compró un billete de primera para poder descansar un poco. Anoche no dormí nada y siento que el agotamiento me acecha.

Ya han anunciado la salida. Una visita a los lavabos para detener la hemorragia, luego compro algo de comer por si me entra hambre durante el viaje. La vibración del aparato que valida el billete en el acceso a los andenes se

propaga por toda mi columna vertebral. Tengo como una sensación de libertad absoluta al realizar este gesto. Una libertad que no me había permitido desde hacía años. Casi sonreiría si no tuviera presentes las razones por las que deseo huir: esa niña que ha decidido no agarrarse y los reproches de Laurent. Lo que me ha pasado es culpa suya, por lo que me hizo justo antes del accidente, y se ha atrevido a tacharme de incapaz, a acusarme de hacerlo desgraciado.

Si las cosas están así...

Avanzo por el andén buscando mi vagón con la sensación de que todo el mundo me mira, me observa, se hace preguntas sobre mí, como si hubiera salido en la primera página de todos los periódicos. Quizá me busca la policía por haber cogido a ese bebé en brazos unos instantes, o puede que me dejen tranquila. Que pase lo que tenga que pasar. De momento, me voy. Espero que Alex esté allí. Su oficio tiene esa ventaja, sabes dónde encontrarlo, siempre está en su puesto, salvo en contadas ocasiones. En esta estación del año, debe de estar. ¿Se acordará de mí? ¿Querrá saber algo de mí?

El tren arranca. Enchufó el cargador de mi teléfono y programo la alarma para que suene media hora antes de la llegada a la estación.

Necesito sumirme en un sueño profundo.

Reparador.

Separador.

Salvador.

Digno de una abuela

Necesito su ayuda, Marie-Louise.

La anciana se ha quedado inmóvil unos instantes. Reflexiona y parece preocupada por mi presencia. Sin embargo, vengo con regularidad a verlos, a ella y al bisabuelo. ¿Presiente que pasa algo? Debo de rezumar inquietud.

—Roméo, ¿qué haces aquí?

—¿Puedo hablar con usted?

—Ven, dejemos dormir a tu bisabuelo, está muy cansado.

—Deberían dejar de arreglar el mundo todas las noches, no sirve de mucho.

—¡A nosotros, sí! Vamos a los silloncitos que están al final del pasillo, allí estaremos tranquilos. Solo hay sordos en esa parte, los instalan en las habitaciones que dan a la carretera, que es muy ruidosa. El equipo médico demuestra tener sentido común, ¿verdad?

—¿Y qué más da si nos oyen?

—¡Infeliz!, ¿no conoces a los viejos? Cotillear es su pasatiempo favorito. No te imaginas lo que he llegado a oír sobre mi idilio con tu bisabuelo. Yo no sé muy bien dónde se sitúa el esplendor de la vida, el punto más elevado de la madurez de un hombre, probablemente entre los cuarenta y los cincuenta años. Pues bien, antes y después de esa edad, hay una especie de relación de simetría que hace que, al envejecer, recuperemos cosas de la infancia. Las dificultades para andar, para controlar las necesidades corrientes. Para contar, a veces incluso para hablar... Y te aseguro que algunos viejos, viejas en particular, recuperan reflejos típicos de la adolescencia. En el comedor, algunas se tiran del moño como en la época del colegio, cuando estaban enamoradas del mismo chico.

Marie-Louise avanza con precaución por el pasillo, cogida de mi brazo. Yo estoy tan impaciente por contarle lo de Juliette que intento ir al meollo de la cuestión cuanto antes, pero, cada vez que empiezo a explicárselo, ella se detiene para escucharme. El famoso hecho intrigante que impide al ser humano, pasada cierta edad, hacer dos cosas al mismo tiempo. Así que echo el freno y espero a que estemos sentados en los sillones.

Me tomo el tiempo necesario, resumo al máximo, pero hay mucho que decir.

Ella espera hasta estar segura de que he terminado para volver la cabeza hacia la ventana y mirar hacia el infinito unos instantes. Con los ojos llorosos, pero con una ligera sonrisa en los labios, agitados por movimientos mudos de la boca, como si necesitara repetir mis palabras mentalmente para tomar plena conciencia de que lo que acaba de escuchar es verdad. No lo entiendo. Casi parece alegrarse de que Juliette se haya ido.

—¿Por qué sonrías?

—Porque hay algo bueno en esta desgracia. Cuando hablamos de las casualidades de la vida, que en mi opinión no existen, me preguntaste la razón de este accidente. No pensé que tendría la respuesta tan pronto.

—¿Qué respuesta?

—Roméo, Juliette se ha ido. La pérdida de esa niña ha sido el elemento desencadenante de algo que espero desde hace muchos años.

—¿Y no le preocupa que se marche así, sin que sepamos adónde va, justo después de un aborto espontáneo tardío y una infección?

—No mucho. Juliette sabe cuidar de sí misma. ¿Debo recordarte que es enfermera? Estoy segura de que esta terrible prueba la apartará de las garras de su pareja, y de no ser porque esa pulguita se ha ido demasiado pronto, seguramente no habría tenido la fuerza necesaria para hacerlo. Vaya a donde vaya, estará mejor que en su casa.

—¿Cree que es para tanto?

—Sí, lo creo. Por eso no le gusto a Laurent y nunca le he gustado. Desde el principio tuve la sensación de que era demasiado bonito para ser verdad. No sé explicar por qué, pero ese hombre me hacía sentir incómoda. Era tierno y encantador con Juliette. Ella no lo vio venir, se dejó embaucar, tan feliz estaba de haber encontrado a un hombre perfecto en todos los sentidos. Y él, jugando al ratón y el gato, creó rápidamente en ella la sensación de carencia. No la llamaba, la dejaba varios días sin noticias suyas. Ella se desesperaba y luego él aparecía de nuevo, más encantador que nunca, y vuelta a empezar. Juliette, absolutamente ciega, cayó en la trampa. Y yo lo veía todo, lo presentía todo, tenía la terrible intuición de que asistía, impotente, a la asfixia de un ser querido.

—¿Y eso se degradó?

—Eso siempre se degrada. Desde el principio la ha mantenido expectante sobre lo de casarse porque sabe que es su sueño de princesa. Era también un poco el mío. Yo quería hacerle el vestido de novia. Era perfectamente capaz, trabajé para Chanel. Él la apartó de sus amigos, incluso de los más íntimos, y de su familia, desacreditándola ante sus padres, que no han visto venir nada. Y lo peor de todo es que Juliette dejase el trabajo, su último escudo contra el

aislamiento. A partir de ese momento, no volví a verla. Pensaba que podía protegerla, pero Laurent ha sido más fuerte. ¿Comprendes ahora por qué me emocioné tanto al verla en el hospital?

—Ahora comprendo muchas cosas.

—La benevolencia y la indulgencia que Juliette sentía por él, a causa de sus fallos, de sus vivencias, de esa capacidad que ha tenido él para construirse pese a una historia difícil, dejaron paso al miedo.

—¿Le pegó?

—No lo sé. Se trataba sobre todo de violencia psicológica. La denigraba permanentemente, la sometía a críticas acerbadas, la ponía en situaciones delicadas... Juliette llegó a avergonzarse de sí misma, a verse fea, gorda, a sentirse mal en su piel, a no considerarse a la altura. Ella tenía la culpa de todo. Por lo poco que me dijo, los escasos dolores físicos que le infligía eran de tipo sexual. La utilizaba como un objeto. No tenía ninguna consideración por ella. Le pedía que hiciera cosas que a ella no le gustaban y se las imponía, reprochándole que era una reprimida. Eso también la hacía sentirse culpable.

—Es insoportable.

—¿Comprendes ahora por qué me alivia que se haya ido? Quizá la pequeña Célestine haya pasado por su vida para ofrecerle la posibilidad de salir de ese engranaje que la habría destruido por completo.

—Resulta difícil de creer.

—Yo lo creo. Todos tenemos un destino y un pequeño papel que desempeñar en la tierra. Me siento triste y aliviada a la vez. Y creo que mi nieta se siente muy desdichada, pero también liberada. ¿Adónde ha ido?

—No lo sé, y por eso necesito su ayuda. Me ha dejado esto, quizá le ayude a hacerse una idea.

Le tiendo la carta. Ella saca unas gafitas, se las pone, y acerca y aleja el papel hasta dar con la distancia adecuada.

—¿Quiere que se la lea?

—Eso todavía sé hacerlo, joven —responde, sonriendo.

Miro su rostro mientras lee. Permanece impassible los primeros segundos, pero enseguida se ilumina.

—¿Le sugiere algo?

Marie-Louise dobla la hoja con una expresión traviesa.

—Si no está donde estoy segura de que está, no soy digna de ser su abuela.

—¿Dónde?

—En la Alta Saboya. La naturaleza y los viejos amigos perdidos a los que estaba tan unida: no se me ocurre que pueda referirse a otra cosa. Pondría la mano en el fuego. Una mano de costurera en Chanel, que no es poco.

—¿En qué parte de la Alta Saboya?

—Para eso necesito un mapa de la zona, he olvidado el nombre de los pueblos. Recuerda que estamos en una residencia de ancianos, un nido de viejos que pierden la chaveta. La pendiente que yo recorro es suave, pero aun así la estoy bajando. De todas formas, si se me refresca la memoria seré capaz de reconocerlos.

Hago algunas búsquedas en el móvil y le digo los nombres de todos los pueblos que bordean el lago Lemán, partiendo de Évian y descendiendo hacia Ginebra. Articulo las palabras despacio, dándole tiempo para pensar. Cuento con la ventaja de que no está andando, sino parada, en plena posesión de sus facultades.

—¡Anthy! —me interrumpe—. Sí, es Anthy. Un pueblo precioso.

—No conozco esa zona.

—En Anthy hay un pescador. Se llama Alexandre, y es un amigo de la infancia de Juliette. Pasaron horas juntos pescando en el Lemán. Los padres de Juliette siempre la llevaban allí de vacaciones. Tenían un pequeño apartamento. En verano disfrutaban del lago, y en invierno, de las estaciones de esquí. Se hizo un grupo de amigos y trabó una sólida amistad con dos de ellos, Alexandre, en el lago, y Babette, en la montaña.

—¿Está segura?

—Recuperar el contacto con la naturaleza y los viejos amigos; está claro, habla del lago al amanecer, cuando salían a pescar juntos, y de la montaña. Le encantan los íbices. Está allí. Pongo mi mano de Chanel en el fuego, te lo repito. Encuéntrala y dile de mi parte que la quiero como no he querido a nadie más.

—Se lo diré.

—Y prométeme una cosa antes de irte.

—Claro, dígame.

—Cuídala mucho.

—¿Tengo cara de querer hacer otra cosa?

—No —me contesta—, pero necesitará una dosis doble. La habitual y una más para que olvide el pasado, porque se mostrará desconfiada. Tenlo en cuenta.

A continuación me abraza, delicadísima, extremadamente frágil. No la estrecho demasiado fuerte por miedo a romperla. De cuerpo endeble, pero con un carácter firme y decidido. Antes de marcharme, paso a saludar al bisabuelo. Se digna abrir un ojo y sonreírme. Pese al cansancio, pese a la vejez, ha conservado su cara de niño. Creo que su temperamento pícaro es lo que le ha permitido conservar esa parte de juventud.

Cuando salgo de la residencia de ancianos, tengo mil cosas que organizar. Mi sustitución improvisada. Christian me lo debe. Sabe lo que yo le debo a Juliette. Avisar a Vanessa. Estará encantada, seguro que hará instalarse a Guillaume en casa durante los días que yo esté ausente. Y sobre todo recuperar el coche.

Preparo rápidamente una bolsa con algunas cosas, encuentro un viejo mapa de carreteras y calculo cuál es el camino para llegar lo antes posible. Pero al cabo de un momento me asaltan las dudas, mis pensamientos chocan entre sí, ya no estoy nada seguro de estar tomando la decisión correcta.

¿Y si necesitara estar tranquila? ¿Quién soy yo para meterme así en su vida, cuando me había pedido que saliera de ella? Sí, me ha escrito, pero para decirme que quiere estar sola, para que no nos preocupemos.

Normalmente sé lo que debo hacer, corro sin vacilar para apagar incendios y salvar a la gente, y por mi hermana también. Pero algunas veces empiezo a hacerme preguntas, sobre todo cuando se trata de tomar decisiones en mi vida privada. Siempre temo elegir mal y después arrepentirme. Algo me empuja a ir en busca de Juliette, a traerla de vuelta aquí. Después de todo, es a mí a quien ha escrito. Y al mismo tiempo otra fuerza me retiene, frena mi impulso. Ella desea estar tranquila, ver a amigos de la infancia.

Tengo que preguntarle a Vanessa cómo lo ve ella.

Mi hermana nunca tiene dudas.

A veces es útil. Nos complementamos bien. Cuando yo titubeo demasiado, ella me empuja; cuando ella echa a correr, yo la freno.

Creo que hoy estoy deseando que me empuje.

La barca de Alexandre

El compartimento es un remanso de paz. Aleluya. Ningún niño llorando, ningún viejo roncando con la boca abierta, ningún ejecutivo haciendo llamadas pese a las indicaciones en contra, hablando en voz alta para demostrar su importancia, sin preocuparse de la tranquilidad de los demás pasajeros. Me pongo los auriculares del teléfono para escuchar música. Dudo entre Merzhin, para dar salida a la rabia que anida en el fondo de mí, y Mozart, para intentar aplacarla. Me inclino por Mozart. Estoy en mi burbuja y me dejo acunar por el movimiento del tren, lanzado a toda velocidad. Cae un fuerte chaparrón. Pienso en la lluvia que provocó el hundimiento del tejado, hizo que fuera presa del pánico y ahogó mis deseos de un hijo en un diluvio de injusticia.

Miro por la ventanilla. Las gotas proyectadas sobre el cristal trazan una trayectoria horizontal, se estiran y tiemblan por efecto de la velocidad. Parecen cientos de espermatozoides que avanzan al unísono en la misma dirección.

Creo que estoy loca.

Cierro los ojos y trato de impregnarme de la música sin pensar en nada más, solo en la música. Me centro en cada instrumento, cada nota, cada variación de intensidad. Y me dejo llevar, no sin haber enviado antes un arcoíris de amor entre mi corazón y el de Célestine. Un arcoíris infinito, que va a perderse en alguna parte al otro lado del horizonte, lejos, muy lejos, en un lugar impreciso, pero donde imagino que ha ido ella. Casi sonrío. Esa imagen me ayuda a soportar el vacío. Lo lleno de ese amor que siento y siempre sentiré por ella. Puesto que no puedo cambiar el curso de la vida. Ni el de la muerte. El vacío ha invadido mi vientre, y mi futuro. Este bebé desvanecido, este billete validado, como si pusiera el contador de mi vida a cero. No sé adónde va a llevarme esto. Pero ¿para qué voy a preocuparme? Ya no me importa nada, solo mantenerme en pie. Y recuperar lo que realmente hacía que me sintiera bien.

La barca de Alexandre...

De momento, me dirijo hacia él.

Con el contador a cero.

El plumífero

No entiendo por qué te lo preguntas siquiera!!!

Está sentada en el sofá y tiene en las manos su plumífero, que ha sacado del armario como si esperase el invierno. Ese plumífero que ha tardado tres años en ser de su talla, porque había decidido que era ese el que quería comprarse en rebajas, pues su mejor amiga, Charlotte, tenía el mismo, y debía ser de ese color preciso, y si yo no se lo compraba, probablemente se moriría de frío, y si no era de frío, sería como mínimo de tristeza. El plumífero del que, en ese color y ese modelo, solo quedaba la talla M, cuando a los catorce años, aunque se comprara la ropa en la sección de mujer porque era alta, mi hermana llevaba una pequeñísima S, más bien una XS, por lo delgada que era. Ese plumífero que nos ocupó la tarde, yo dándole una lista entera de argumentos válidos para no comprarlo, y ella desmontándolos uno tras otro. De todas formas, la perspectiva de la muerte por tristeza hacía saltar por los aires todos esos argumentos. Salimos con el plumífero, no sin que ella me rodeara el cuello mientras estábamos en la caja, delante de todo el mundo, besándome y repitiéndome «te quiero, te quiero, te quiero». Yo también la quería, se lo decía desde siempre, pero era el plumífero, más que cualquier otra cosa, lo que a su entender se lo demostraba. Se pasó el resto de la tarde yendo de tiendas con esa cosa enorme puesta, nuevecita pero demasiado grande para ella. Con aquellas piernas de palillo sobresaliendo por debajo, parecía una oveja sin esquila desde hacía años. Y además llevaba una enorme etiqueta colgando en la espalda, porque no se atrevía a tirar de ella por miedo a rasgar el tejido. Esa es otra de las cosas por las que quiero a mi hermana. Le da absolutamente igual lo que piensen los demás. ¿Que la etiqueta le colgaba en la espalda? Bueno, ¿y qué? Ella llevaba su plumífero, ese que la salvaba de una muerte segura. Así que ¿qué pasaba?

Tres años más tarde, el plumífero sigue aquí. Vanessa se lo ha puesto muchísimo todos los inviernos, tanto que empieza a parecer un gran peluche infantil remendado por todas partes de lo hecho trizas que está.

—¿Qué haces con eso?

—Intento desatascar la cremallera.

—Entonces ¿tú crees que debo ir a buscarla?

—¡Pues claro!

—Pero a lo mejor quiere estar sola, ¿no te parece? Lo pone en la carta.

—Desde luego, tengo que explicártelo todo sobre las mujeres. Si un día me fugo y le dejo una nota a alguien en particular, diciéndole que quiero estar sola, ¿de verdad crees que quiero estar sola?

—Pueees... bueno... si es eso lo que pone en la nota...

—¡No, hombre, no! Le escribo a esa persona que quiero estar sola para que entienda que me siento sola y necesito que venga a animarme.

—Si lo que quieres es eso, ¿por qué no lo escribes y ya está?

—Porque, si lo hago, doy una imagen de pobre chica que necesita a los demás.

—Sí, pero, si es eso lo que esperas, entonces es que los necesitas, ¿no?

—¡¡¡Todos necesitamos a los demás!!! Pero, si lo decimos, nos da mucha vergüenza, así que hacemos ver que no y confiamos en que los demás entiendan que sí.

—¡Qué complicadas son las mujeres!

—Porque los hombres son simples, ¿no?

—En cualquier caso, son francos. No necesitáis estrujaros los sesos intentando comprender que lo que nos gustaría es lo contrario de lo que decimos.

—Es verdad, los hombres son bastante básicos. Un hombre necesita carne, y culos. Por no hablar de los coches, ¿eh?

—Ahórrame eso. De acuerdo, te apuntas un tanto, los hombres son también un poco complicados.

—¡Qué sagacidad, madre mía!

—Pero de todas formas...

—Ve a buscarla y deja de pensar, eso es típico de mujeres.

—Si es así, ¿por qué tú te lanzas sin pensar?

—¡Yo no soy una mujer!

—Y si no eres una mujer, ¿qué eres?

—Un *fomec*...

—¿Como cuando eras pequeña?

—¡Cuando era pequeña jugábamos a los auténticos FOMECC-BOT!^[1] Esto es otra cosa.

Cuando me hice cargo de ella, el día que cumplí dieciocho años, hubo que buscar ocupaciones. Los bomberos se mantenían en buena forma física practicando juegos de guerra y de estrategia al aire libre. Para encontrar a

alguien sin que lo encontraran a uno, había que camuflar los elementos FOMECC-BOT: formas, sombras, movimientos, brillos, colores, calor, ruidos, olores, rastros. Se lo expliqué a mi hermana simplificándolo un poco y reconozco que se le daba bastante bien. Recuerdo los apuros que pasaba cuando no conseguía encontrarla, porque era buenísima con el camuflaje.

Vanessa no me ha mirado ni un segundo mientras me decía todo esto, obsesionada con la cremallera y sin lograr desatascarla. Y cada vez que da un tirón un poco brusco, o cuando cambia de posición el plumífero para intentarlo desde otro ángulo, escapan plumitas de algún agujero en las costuras que no debió de ver en el último zurcido o que se ha hecho después.

—¿Y qué es, entonces, un *fomec*? —le pregunto mientras voy a buscar un poco de jabón para la cremallera.

—Un hombre camuflado en un cuerpo de mujer —dice gritando para que la oiga desde la cocina.

—¿Y por qué dices que eres un *fomec*?

—Porque las chicas me hartan, menos Charlotte y dos o tres más. Las chicas se pasan el tiempo quejándose por chorradas, como que la tía que más odias del instituto se ha comprado unos pantalones iguales que los tuyos, o que se te ha saltado el esmalte de una uña, o que no has sacado la mejor nota de la clase, o que tienes la regla y te duele. Las chicas te dan puñaladas por la espalda, son dañinas y rencorosas. Me siento mejor con los chicos, tengo la impresión de que los entiendo y ellos me entienden a mí. Los chicos no refunfuñan demasiado, y cuando lo hacen, es por razones menos idiotas. Y cuando buscan gresca, la cosa se soluciona con una buena agarrada y después tan amigos. Yo soy así...

—¿Y yo? ¿Qué soy yo en tu enciclopedia humana?

—¿Tú? Tú eres un hombre, uno de verdad, que no tiene miedo de nada. Un cachas con un par. El único problema es que vas con el corazón demasiado en la mano. De buenas a primeras, lo expones a los cuatro vientos, y queda tocado. Pero, bueno, con el tiempo... Es como las plantas de los pies en verano, acaban por curtirse. Un día ya no sentirás ningún dolor y podrás andar sobre las piedras con el corazón.

—Deberías pedirle a Marie-Louise que te lo arregle de una vez por todas. Era costurera.

—¿Tú crees que querrá?

—Creo que estará encantada.

—¿Cuándo te vas?

—¿Para avisar a Guillaume?

—Entre otras cosas. También para saber si vas a cenar aquí. Los *fomecs* cocinan, no sé si lo sabes.

—Son las siete, demasiado tarde. Anoche hicimos varias salidas, tengo que descansar antes de ponerme en camino. Además, no adelantaré nada llegando a las tantas, no voy a llamar a la puerta de un pescador a media noche. Dormiré aquí y saldré mañana temprano.

El jabón ha permitido desatascar la cremallera, busco aguja e hilo para que sigan quedando algunas plumas en el interior de ese plumífero que, lo sé, no volverá al armario hasta que Vanessa ya no quepa dentro, para lo cual faltan unos años.

—Quieres a esa chica, ¿eh?

—No sé...

—¡Trolero!

—¿Tanto se nota?

—¡Un montón! Pero, no te preocupes, sienta bien, ya verás.

—Lo sé.

—He sacado un 8,5 en mates. Y un 9 en ciencias de la tierra y del medio ambiente.

—Eso también sienta bien.

—No sé...

—¡Trolera!

—Sí, sienta bien. Venga, vete a la cama, mañana te esperan horas de carretera.

Apartarse de la inhumanidad

Anthy-sur-Léman: diez kilómetros.»

La meta se acerca. Al final he bajado del tren en Bourg-en-Bresse para acortar el trayecto en coche. El tipo de la agencia de alquiler de vehículos no quería que le pagara en efectivo por la cuestión del seguro. Le he dicho que he perdido la tarjeta. He tenido que insistir mucho, asegurarle que era urgente y muy importante para mí disponer de un coche. Ha hecho falta también que me sentara un momento sujetándome la barriga para que acabara por aceptar. Y ni siquiera he tenido necesidad de disimular, me dolía de verdad, una fuerte contracción.

He programado el trayecto en el GPS integrado y me he dejado guiar. Antes, he escuchado los mensajes que tenía en el teléfono. No lo había oído sonar, ya que había dormido profundamente durante una buena parte del viaje, desde la escena de los espermatozoides en el cristal. De todas formas, no habría contestado. He decidido no responder a las llamadas. Por el momento.

Laurent. Tres mensajes. Está enfadado, se trasluce en su voz una ira fría, no levanta el tono, pero me amenaza, me ordena que regrese inmediatamente, me dice que ya no soy una niña y que toda esta comedia ya ha durado bastante.

¡En efecto!

Yvette, la señora de la limpieza, que se extraña al no verme en casa, tal como estaba previsto. La llamo de inmediato, una llamada breve para preguntarle si puede llevarse a casa a Lisette, mi gatita, pues estaré fuera unos días y las dos sabemos fehacientemente que Laurent no se ocupará de ella. Sería capaz de dejarla morir, incluso de matarla, como en *Atracción fatal*. Detesta los gatos. No quería tener uno. Pero en eso no cedí. Una de las poquísimas cosas en las que no he cedido. Siempre he vivido con gatos y necesito su ronroneo para recargarme. Necesito el espectáculo de su libertad para no negar la mía.

Pero eso no ha sido suficiente.

He negado mi libertad de ser. No obstante, siento que vuelve. La siento acercarse con la fuerza de una potente ola, yo, que hacía la plancha sobre mi vida para no hundirme. Y al romper, esa gran ola me ha empujado, zarandeado, arrojado contra las rocas. Podría haber muerto, pero, puesto que sigo viva, voy a nadar hasta la playa y a huir del tiburón. El olor de la sangre lo ha excitado. Es el

olor de mi vulnerabilidad lo que lo excita desde hace años.

Roméo: un largo mensaje en el que dice estar preocupado por mí, me pregunta dónde estoy, me dice que le ha emocionado mi carta, me pide que me cuide mucho y añade que piensa mucho en Célestine. Se me saltan las lágrimas cuando lo oigo pronunciar su nombre. El hecho de que piense en ella concreta su presencia en el mundo y, sobre todo, su ausencia.

Malou, que me dice que me quiere.

Borro los mensajes y apago el teléfono. Necesito silencio. Le he dicho a Yvette que estoy bien y que no debe preocuparse. Y, sobre todo, que cuide bien de Lisette.

Al entrar en el pueblo siento una especie de sosiego con una pizca de excitación. Acuden a mi mente todos los momentos pasados con la pandilla haciendo trastadas detrás de la iglesia, las noches fumando y bebiendo en la playita de guijarros cuando éramos adolescentes. Los besos de Alexandre en la barca, en medio del lago. Las escapadas por la montaña con Babette.

Recuerdo todas esas cosas sencillas y anodinas que, pese a ello, permanecen grabadas en mi memoria porque se produjeron en un momento crucial de la vida, ese en el que se descubre lo que es existir por sí mismo, para sí mismo, y en el que se perfila el futuro, a la vez angustioso, aterrador y muy atrayente.

Alexandre es un verdadero amigo. La primera vez que nos vimos, supimos que habría algo intenso entre nosotros y que probablemente sería sólido. Bastó que nos relacionáramos durante un verano para que las cartas estuvieran echadas. Teníamos trece años, la edad de las promesas para toda la vida que solo duran una estación. Sin embargo, una vibración en el corazón y un destello en los ojos daban a esas promesas un sabor de certeza. Lo veía todos los veranos. Aunque hubo algunos momentos incestuosos, siempre fue como un hermano para mí. Hijo, nieto y bisnieto de pescadores, siguió de manera natural el mismo camino. Cuando dejé de venir todos los veranos a la Alta Saboya, mantuvimos el contacto. Se había producido un cambio, pero yo sabía que seguía ocupando el mismo lugar en sus pensamientos. Y viceversa. Un viceversa tranquilizador. Saber que hay alguien en algún lugar que piensa en ti, que te reserva un rinconcito en su corazón, al calor, al abrigo de todo, es como una manta suavísima que te envuelve y te protege del frío.

Laurent no era un refugio. Cuando entró en mi vida, perdí uno a uno a mis amigos, bien porque a él no le gustaban o bien porque no me dejaba ninguna ocasión de mantener mi amistad con ellos. ¡No los perdí, fue Laurent quien me

los perdió!

Hace cuatro años que no sé nada de Alexandre. Me llamó una o dos veces, pero un día se puso Laurent y le dijo que dejara de molestarme, que no pertenecíamos al mismo mundo y que más le valdría ocuparse de sus peces, porque la sirenita era ya de otro que podía permitirse un yate, así que ya imaginaría que una pobre barca de pescador...

A quien tengo ganas de ver hoy es a Alexandre. Porque sé que soy de verdad su sirenita y que él sabe de naufragios. Ha seguido en contacto con la naturaleza, viendo salir el sol, muy temprano, viviendo de la pesca, esa actividad tan antigua como el mundo, agotadora pero esencial. Alexandre proporciona alimento a la humanidad. Aunque esa humanidad se reduzca a unas decenas de clientes, da igual, es un pedacito de humanidad.

Necesito este paréntesis para olvidar el resto.

Él pesca todos los días, lo sé, me lo ha dicho muchas veces. «Cuando estoy en mi barca, dejo de estar en el mundo, quedo al margen de los hombres, y eso reconforta.»

Reconfortame, Alexandre, apártame de la humanidad.

Más que nada, de la inhumanidad.

No sé cómo va a recibirme. Es una apuesta a doble o nada. Si no quiere saber nada de mí, volveré directamente al hotel donde he reservado una habitación. Pero algo me empuja a ir a buscarlo ya, así que hago caso a ese algo. Quizá sea Célestine. O quizá Malou, a quien le parecía una lástima que me hubiera alejado de él. Quizá sea la sirenita.

Son las nueve de la noche, aparco enfrente de su casa. Su nombre sigue en la fachada. Debe de estar allí, veo luz a través de la cristalera. Pese al vaho, distingo una silueta que se mueve en el interior, entre el cobertizo y la cámara frigorífica. Lo reconozco pese a los cuatro años transcurridos. Lo recuerdo perfectamente: el color de sus ojos, de su pelo, la forma de sus manos, a las que he visto cientos de veces coger las redes, el tamaño de sus pies, la curva de sus nalgas y sus bíceps marcados, tanto de cerca como de lejos. Es él. Doy unos golpecitos en la ventana. Se acerca, seca el cristal con la manga y pega la cara a él, colocando las manos de modo que la luz del taller no le impida ver el exterior, envuelto en la oscuridad naciente. Retrocedo un poco para no asustarlo. Supongo que mi mirada parece la del Gato con Botas, no soy capaz de mucho más. Oigo girar la llave en la cerradura antes de que abra la puerta. Su sonrisa inmediata me tranquiliza. No me guarda rencor. Me mira como si siempre me hubiera

esperado, como si supiera que un día volvería, a duras penas sorprendido. Me invita a entrar y cierra la puerta a mi espalda. Nos miramos un instante. No sé qué decirle. Me siento culpable, después de estos años de silencio. Es él quien lo rompe, diciendo: «¡Ven aquí, anda!», al tiempo que abre los brazos para estrecharme entre ellos. Todavía lleva la ropa de trabajo. Cómo me gusta ese olor. Mi magdalena particular huele a pescado, a gasoil, a tabaco frío y a hombre trabajador que ha empleado todas las fuerzas de su cuerpo para subir las redes, una magdalena que me recuerda aquellos momentos mágicos pasados con él en el lago, mirándolo luchar contra los elementos durante horas, pero con esta evidencia tan simple: su lugar estaba allí. Yo siento hoy la misma evidencia. Mi lugar está aquí, entre sus brazos.

—Me alegro de volver a verte —me dice acariciándome suavemente el pelo con sus enormes manos, estropeadas por el trabajo.

—Perdona por haber desaparecido así.

—Gracias por haber reaparecido.

—¿No estás enfadado conmigo?

—Lo estaré si eres capaz de crear una cosa semejante.

—Me alojo en el hotel del pueblo.

—De todas formas, ven a saludar a Catherine. Vamos a dar de comer a las gaviotas, y cuando lleguemos a casa, ya habrá acostado a los niños.

—¿Catherine? ¿Los niños?

—Me he casado. Tenemos dos hijos. Un niño de dos años y medio y una niña de seis meses.

—No lo sabía.

—¿Vendrás conmigo mañana por la mañana?

—Por favor, lo necesito.

—Lo sé...

Mete en el coche el cubo con los restos de pescado del día y bajamos hacia el puerto mientras anochece. La barca está ahí, amarrada al pantalán, balanceándose suavemente sobre las pequeñas olas del lago.

Me instalo en la proa y miro cómo pone en marcha el motor y maneja el timón. Nos alejamos rápidamente de tierra firme y luego ralentiza la marcha. Las gaviotas revolotean a nuestro alrededor desde hace unas decenas de metros. Lo saben. Sus gritos penetrantes y sus trayectorias aleatorias, que les hacen acercarse hasta casi rozarnos, dan a la escena un toque Hitchcock en versión apenas menos angustiosa. Cada vez que Alexandre les echa un puñado de restos

de pescado, una bandada de pájaros baja en picado hasta el agua, dispuestos a todo para hacerse con una parte del botín. La luna no está llena, pero ya ilumina bien el crepúsculo y las plumas blancas de las gaviotas que se agitan a nuestro alrededor. Alexandre vacía el cubo y acelera tanto que la barca se aleja en tromba, como para esparcir los restos. Algunos pájaros nos siguen un momento, pero, uno tras otro, acaban por abandonar.

Cuando vuelve a reinar la calma, apaga el motor, y sé que voy a tener que hablar. No se puede reaparecer como una flor sin explicar por qué está marchita. Estoy agotada, así que voy al grano. Intuyo su mirada, unas veces posada sobre mí, la mayor parte del tiempo fija en sus botas blancas de goma. Guarda silencio. ¿Qué podría decir? Está tranquilo, pero callado. Escucha mi relato sin hacer comentarios ni emitir juicios.

Eso me reconforta enormemente. Hecho, ya he vaciado mi cubo de pesares en la barca, como acaba de hacer él con los restos de pescado en el lago.

Todos esos restos con los que no sabemos qué hacer...

Luego, sin cruzar palabra, regresamos al puerto. Me acompaña hasta el hotel.

—Mañana a las seis, ¿te parece bien?

—Perfecto.

—La luz de casa estaba apagada, verás a Catherine mañana. Que duermas bien...

—Gracias, Alexandre.

—¿Por qué?

—Por todo.

—De nada...

Tocado y hundido

¿Por qué tenemos insomnio precisamente cuando más necesitamos dormir? Son las doce y estoy con los ojos como platos. ¿Por qué Marie-Louise parece confiar plenamente, mientras que yo no puedo dejar de preocuparme? Preocuparme por si le ha pasado algo a Juliette, por si se deprime demasiado, por si le entran ganas de acabar con todo. No la conozco lo suficiente para saber cómo puede reaccionar en una situación como la actual. Quizá debería haber salido inmediatamente, no haberle dado tanto tiempo de ventaja. Si llego demasiado tarde, no lo superaré nunca. Al mismo tiempo, me digo que después de todo su abuela la conoce mucho mejor que yo, y ella no está alarmada en absoluto. Voy a dar más credibilidad a ella que a mis temores. Además, Malou es una mujer pequeñita pero matona, ¡algo de esa fuerza le habrá transmitido a su nieta!

Cuando no puedo dormir, voy a ver a Vanessa. Ella tiene una cama grande, podemos estar los dos tumbados sin molestarnos. La rodeo con los brazos, como cuando yo tenía once años y ella era un bebé al que había que acunar si nuestros padres se peleaban. Sentirla respirar contra mí me calma. De pequeña, ronroneaba. En realidad, padecía asma. Todavía hoy, tiene un ataque de vez en cuando. La tranquiliza que la rodee con los brazos en esos momentos. No le gusta tener que esforzarse para respirar y teme asfixiarse. Debió de pasarle algo así en el momento de nacer, para que le entre tanto pánico en cuanto le falta aire.

Llamo a su puerta y me abre antes de que tenga tiempo de girar el pomo.

—Has tardado...

—No quiero molestarte, mañana tienes clase.

—Tengo gimnasia a primera hora, haré como que me tuerzo un tobillo y me tumbaré en una colchoneta.

Levanta el edredón y nos metemos hechos una bola el uno contra el otro, después de haber apagado la lámpara de la mesilla de noche. Quiero a Vanessa más que a nadie en el mundo. Es un trozo de mí. La vida nos ha zarandeado, maltratado y asustado demasiado. Llega un momento en que solo un amor de verdad puede mantenernos juntos e impedir que nos separen. Ese amor es el que nos une desde mi accidente, desde que estuve a punto de morir, desde siempre tal

vez. Un amor a la vida, a la muerte. Un amor que conjura la suerte. Un amor que hace que el otro esté ahí incluso cuando se va.

Susurramos en la penumbra de su dormitorio, iluminado únicamente por la farola de la calle.

—¿No te parece que el bisabuelo tiene mala cara?

—Sí —me responde ella con rotundidad.

—Cuando vuelva, intentaré ver qué pasa. ¿Te las apañarás mientras no esté aquí?

—¿Por qué no iba a apañármelas?

—Porque no voy a estar aquí.

—Roméo... tengo diecisiete años.

—Es verdad. Perdona, no consigo hacerme a la idea de que creces. Para mí siempre serás mi hermana pequeña.

—Una hermana pequeña que muy pronto será mayor de edad. Además, está Guillaume.

—¿Te reconforta?

—¿Te reconfortaba Juliette cuando estabas en el hospital?

—Por supuesto, lo sabes perfectamente.

—Tú también lo sabes perfectamente en el caso de Guillaume.

—Cuando pienso que, si no me hubiera caído desde un octavo piso, no lo habrías conocido... ¡Qué no haré yo para que seas feliz!, ¿eh?

—¡Ja, ja, ja! Muy gracioso. Vivimos lo que nos toca vivir. Siempre hay una buena razón para que ocurra lo que ocurre.

—¿Tú también me sales con esas? Marie-Louise me decía lo mismo hace un rato.

—Ha sido ella quien me ha convencido.

—¿Y el caso de Juliette es igual?

—Pues claro. La encontrarás, la consolarás, le dirás que la quieres y ella te abrazará, compartiréis vuestra vida y serás tan feliz como yo. Y si no sucede así, es que debía suceder de otro modo. Entonces vivirás otra cosa y serás feliz también.

—Si tú lo dices...

—He visto a mamá.

—¿En serio?

—De lejos. Nos hemos cruzado, ella iba por la acera de enfrente. No está mejor. Empujaba una bici con un perrito dentro de un cesto. Iba cantando sola por la calle, con un sombrero de vaquero y una camiseta de lentejuelas.

—¿Te gustaría hablar un día con ella?

—No. Ahora miro hacia delante. Delante está Guillaume, estás tú, no está

mamá. Mamá estaba detrás, y he mirado demasiado hacia atrás, por eso he hecho tantas gilipolleces. Ahora eso se ha acabado.

—¿Quién te ha hecho girar la cabeza para mirar hacia delante?

—Guillaume, tú, las cosas de la vida. ¿Qué quieres que nos aporte mamá? Está medio loca, abotargada por el alcohol. Nunca nos ha querido de verdad. Para ella, los dos éramos accidentes, Roméo, accidentes, y sin un solo airbag alrededor. ¿Tú has visto cómo hemos sufrido? ¿Y quieres estrellarte de nuevo contra la pared?

—Aun así, es nuestra madre.

—No necesitamos una madre, necesitamos el amor de una madre. Y no ha sido ella quien me lo ha dado, sino tú.

—Pero yo no soy tu madre.

—Menos mal. ¿Y a ti?

—¿A mí qué?

—¿Quién te ha dado a ti el amor de una madre?

—No lo sé.

Tocado y hundido. He limitado más o menos los daños afectivos en mi hermana queriéndola como nuestra madre debería haberlo hecho. Pero ¿quién me ha querido así a mí? Nadie. Está el bisabuelo, eso sí. Él nos ha querido como ha podido, el único de la familia al que no le faltaban más tornillos de la cuenta. Pero nos ha querido desde lejos, porque no podía hacer mucho más.

Y también Saïda, la vecina marroquí que me acogía en su casa cuando estaba claro que no era posible dejarme solo en la mía. Una pared mal insonorizada separaba nuestras respectivas viviendas, así que, cuando las cosas se ponían feas, ella se enteraba enseguida. Llamaba a la puerta y proponía hacerse cargo de mí unas horas. Posiblemente Saïda me quiso como una madre. Era dulce, tierna, y deseaba que la vida me fuera bien. Con ella iba por el buen camino. Era a ella a quien le enseñaba las notas, era ella quien se sentía orgullosa de mí o quien me preguntaba si podría haberlo hecho mejor. Cuando era así, me decía, sonriendo para darme ánimos: «Entonces hazlo mejor».

Con todo, tengo ese agujero abierto en mi interior, esa carencia afectiva que, muy probablemente, lleno queriendo a mi hermana. Hace tres años que empecé a darme cuenta. Quizá, si todo en la vida tiene una explicación, como asegura Malou, el accidente ocurrió para eso. Yo no quería que creciera, no quería escucharla, y necesité una larga separación forzosa para percatarme de que estaba asfixiándola. La toma de conciencia se abre camino. Aunque con algunos fallos todavía, ahora la dejo respirar.

Vanessa se ha dado media vuelta para dormir, después de darme las buenas noches y besarme en la frente. La he rodeado con los brazos y ella se ha pegado

a mí, con las frías nalgas contra mi barriga, como la parte redondeada de una pieza de puzle que encaja en el hueco de otra. Aunque ahora Vanessa ha encontrado una pieza nueva.

Ojalá Juliette fuese la pieza que me falta a mí. Yo también debo encontrar una para construir algo.

Me duermo pensando en ella.

¿Dónde está?

¿Qué hace?

¿Me espera?

Huye del lobo...

Cuando el sol sale dos veces

He dormido a pierna suelta. Como un tronco. Puede que como una leñera a rebosar.

Corro a lavarme para mejorar mi aspecto. Todavía está oscuro y en el hotel todo el mundo debe de estar durmiendo. Probablemente he despertado con la ducha a los clientes de las habitaciones contiguas. Me da igual. Ellos hicieron mucho ruido anoche, cuando volvieron a las tantas y estuvieron riendo a carcajadas en el pasillo.

El hotel está en un extremo de la calle principal. Salgo por el acceso de noche y echo a andar hacia la pescadería de Alexandre. El aire fresco resulta increíblemente relajante. Como voy bien abrigada, solo entra por mis vías respiratorias y me proporciona una sensación de frescura interior, de renovación. Respiro hondo, abriendo mucho la boca para disfrutar al máximo de esta bocanada de vida. Casi empieza a darme vueltas la cabeza. Acaba de llover, aparentemente un copioso chaparrón, y el olor del exterior lavado es delicioso. Parece que está despejando por el este, lo que promete una bonita salida del sol sobre el Dent d'Oche. Desde lejos veo la luz. Debe de llevar un rato encendida ya. No se puede decir que teman al trabajo. Alexandre y su padre encuentran el sueño reparador de los navegantes, corto pero eficaz.

Me alegro de estar con ellos. Sé que van a reconfortarme. Los admiro por su valor y su generosidad.

En casi sesenta años de oficio, el padre de Alexandre ha vivido no pocos dramas. El cuerpo del surfero, desaparecido ocho años antes, que un día pescan con la red y cuyas carnes se conservan solo gracias al traje de neopreno. Una especie de momia que es preciso subir a la barca para llevarla al puerto, devolverla a la familia y a la dignidad, a veces para permitir que la viuda cobre por fin la herencia del difunto y se ocupe decentemente de los huérfanos, privados hasta entonces de los bienes de su padre porque simplemente se le ha declarado desaparecido. Si no hay cuerpo, no hay muerte. Y cuando es preciso ir a avisar a la esposa de un compañero de que el coche de este sigue en el puerto, de que han encontrado su barca vacía.

Y sin embargo, todas las mañanas está ahí, con el cuchillo en la mano,

cortando las redes para los clientes del día, sin quejarse del tiempo, de lo que gana, de los días malos sin pesca, porque sabe que nadie lo escuchará. Y que quejarse no sirve de nada.

Eso se llama humildad. Una profunda humildad, sencilla, evidente, incondicional. Comprendo, pensando en todo eso mientras me acerco al edificio, que esa nobleza es lo que necesito para subir a la superficie de las aguas frías y profundas en las que ha estado a punto de sepultarme un tipo. Un tipo indigno que se pasa el tiempo quejándose de que paga muchos impuestos, preguntándose qué inversión le reportará más beneficios para la jubilación y cómo puede burlar mejor al fisco sin apartarse ni un centímetro de la legalidad. Si tuviera que pescar un muerto, él se mearía encima.

La pobreza no está donde pensamos. Y el verdadero valor de los hombres no está bajo la piel de un banquero que amasa millones sin prestar atención a la miseria de algunos clientes, el verdadero valor de los hombres está en las tripas de estos pescadores que se enfrentan a los vientos violentos, el invierno glacial, la vida cotidiana incierta y la implacable muerte que guadaña y ahoga.

Qué bien me siento aquí. Es asombroso constatar que restablecer el contacto con los lugares y las personas a los que se ha amado profundamente te lleva a recuperar al instante los valores que son suyos y que la vida te había hecho olvidar.

Cuando entro en el taller, Alexandre se acerca a mí y me da un beso. Lleva una parka amarilla, unos vaqueros que no tardará en cubrir con unos pantalones impermeables, sus imprescindibles botas blancas y su eterno gorro rojo. Siempre me ha parecido muy guapo, incluso a las seis de la mañana. Siempre me ha parecido muy guapo porque desprende sin cesar esa sensación de ir con el corazón en la mano.

—¿Preparada?

—Sí.

—¿Te has abrigado bien?

—No tengo nada impermeable.

—Ponte esto —me dice, tendiéndome un chubasquero y unos pantalones impermeables.

—¡Voy a nadar ahí adentro!

—Es aconsejable saber nadar cuando uno va al lago. Si quieres poder ayudarnos, debes equiparte.

—Haré lo que pueda.

—Haz lo que quieras. Si te limitas a mirar, no te lo tendré en cuenta.

—Lo único que quiero es olvidar.

—Entonces cuenta los peces, eso te hará olvidar lo demás. Para dormir se

cuentan ovejas, pero para olvidar aquí se cuentan peces.

Alexandre se dispone a soltar la barca, amarrada durante la noche al cuerpo muerto para protegerla de los golpes en caso de que se levante viento. Está tumbado todo lo largo que es sobre la proa del casco, para coger la cuerda sumergida en el agua y abrir el candado.

Ver su cuerpo tendido me conmueve, aunque no entiendo por qué. ¿Quizá porque un hombre es más vulnerable en esa posición que estando de pie, y un hombre vulnerable tiene algo de conmovedor? ¿Quizá porque me recuerda otros momentos en los que estaba tendido así y yo ocupaba el afortunado lugar de la barca?

Dejo de intentar comprender, me gusta verlo así y ya está. Ha debido de notarlo, porque me mira fijamente, obligándome a apartar los ojos, como si me hubiese pillado en flagrante delito. Miro al infinito, aferrándome a las olas y acechando con el rabillo del ojo, como quien no quiere la cosa, el momento en que vuelva a centrarse en su tarea para observarlo de nuevo.

Nos ponemos en marcha en medio de la oscuridad, solos, rodeados de las luces que bordean el lago. La negrura del agua tiene algo de pavoroso y hace cobrar conciencia de las decenas de metros de profundidad que se extienden justo debajo de nosotros, con solo una pared de plástico de unos centímetros de grosor para protegernos de esa inmensidad profunda y helada.

Padre e hijo llevan un rato sin cruzar palabra. No les hace falta. Saben perfectamente quién hace qué, por qué y cómo. A veces una simple mirada entre ellos les basta para entenderse.

Alexandre apaga el motor en la primera baliza, la agarra y tira del hilo plomado con un gesto regular. La red aparece, y con ella los primeros peces. Empiezo a contarlos, pero enseguida me doy cuenta de que no voy a lograr seguir el ritmo. Su padre va desprendiéndolos de la red para echarlos a los cubos, donde se retuercen desesperadamente. Pero es la vida, la suya ya no, claro, pero la vida, en forma de cadena alimentaria, que decide que les ha llegado el final y van a ir a parar a las proteínas musculares de un ser humano. El mismo que un día dará su cuerpo a los gusanos que irán a alimentar a los peces. En realidad es más un bucle que una cadena.

Cuando saltan demasiado, el padre de Alexandre coge un palo y les asesta varios golpes en la cabeza, lo justo para atontarlos sin matarlos. Nunca me ha gustado este momento, pero hoy menos aún, pues en mi corazón tengo el recuerdo de haber sido un pez al que un hombre ha aporreado durante años.

Aturdida, prisionera en un cubo. Con la boca abierta, buscando un poco de aire para no morir. Un último brinco, dado gracias a Célestine, me ha permitido salir de él, escapar, volver al agua fresca que me saca de mi embotamiento. Abrir mucho la boca esta mañana y respirar de nuevo. Reencontrar a Alex y respirar de nuevo. Estar con ellos en el lago y respirar de nuevo.

Lloro en silencio, por la repugnancia que me produce el pasado, pero también por la emoción del momento, por mi hija, por el futuro. Alexandre, que de vez en cuando me observa, se da cuenta de que me tambaleo.

—¿Vienes a relevarme? ¿Te acuerdas de lo que hay que hacer?

—Claro que me acuerdo.

—Será pesado, esta mañana hay muchos. Nos traes suerte...

Me provoca, pues sabe que tengo mi orgullo y que, siempre que me decía que algo sería demasiado pesado para mí, ponía todo mi empeño en demostrarle que estaba equivocado.

Coloca sus manos sobre las mías para acompañar mis primeros movimientos antes de apartarse, feliz de constatar que no he olvidado nada de lo que me enseñó. Va a sentarse en la proa de la barca y me sonrío cada vez que lo miro. Hago un esfuerzo inmenso para que no se dé cuenta de lo tensa que estoy, porque las redes realmente pesan mucho y tengo la sensación de que se me está desprendiendo el útero. Pero desecho esa idea, aprieto el perineo y hago un poco más de fuerza con los brazos, mirando con placer esos peces que aparecen unos tras otros, enganchados a la red como bolas en una guirnalda navideña. La red que estoy subiendo es una especial para farras, especie escasa y apreciada, y esta mañana la guirnalda está increíblemente adornada, cualquiera diría que les traigo suerte de verdad. Sin embargo, en el fondo de mí sé que no tengo nada que ver con eso, que mi pequeño ángel de la guarda debe de divertirse haciéndoles creer que soy su amuleto. Creer tranquiliza, da igual que no creamos lo mismo respecto a un mismo acontecimiento. Cada cual juega a su manera con la verdad para hacerla un poco más agradable a sus ojos. Para ellos, es gracias a mí; para mí, es gracias a Célestine. Los únicos que ya no deben de creer mucho en su buena estrella son los peces que saco del agua. Como un acto puramente simbólico, cojo el pez siguiente, lo desengancho y lo devuelvo al agua. A veces también reconforta devolver la libertad al condenado. Miro al padre de Alexandre con una sonrisa tonta en los labios y él me mira a su vez, sorprendido. Una farra es una farra, caramba...

—Con esa no podía...

La pesca es abundante y antes de que salga el sol hemos recogido casi todas las redes. La lluvia se ha alejado hacia el oeste para quedarse en la punta de Yvoire, donde hay densas nubes y las precipitaciones son intensas. Me ardían los

músculos, así que me he sentado de nuevo en la proa de la barca, de cara al sol. Este aparece lentamente al pie de la primera punta del Dent d'Oche y desaparece detrás de ella, antes de reaparecer unos minutos más tarde en la inmensa falla entre las dos puntas.

—¿Has visto, Juliette? Esta mañana el sol sale dos veces —me dice el padre de Alexandre.

—¿Eso significa que brillará con más intensidad?

—Significa que te ofrece un bonito espectáculo porque sabe que lo necesitas.

Un poco poeta, el padre de Alexandre.

Ninguna nube sobre las montañas. Brilla con intensidad casi al instante. En ese momento, Alexandre me acaricia una mejilla con el dorso de la mano y me invita a mirar a mi espalda. Porque el sol no ha terminado de dar bonitas sorpresas. Se refleja en la grisura de Yvoire para formar un magnífico arcoíris que arranca en el pueblo y se extiende hasta la orilla suiza.

Me echo a llorar, por supuesto. ¿Cómo no hacerlo? A quien veo en el horizonte es a Célestine. Me hace señas. Alexandre se acerca a mí por detrás y me rodea con los brazos, con un frotamiento de telas impermeabilizadas. No me importaría en absoluto que nos quedáramos pegados. Le hablo de la imagen de la comadrona, del arcoíris de un corazón al otro, de mis creencias, de ese amor desbordante que se materializa sobre este lago donde me encuentro a mí misma después de haberme perdido.

Lloro mucho, saco todo lo que he acumulado los últimos días, las últimas semanas, los últimos años. Lloro para liberarme, y mis lágrimas saladas no serán nada en los miles de millones de metros cúbicos de agua dulce que me rodean, pero qué bien sienta dejarlas salir. Qué bien sienta ver ese arcoíris frente a mí. Qué bien sienta estar aquí, en la barca. Qué bien sienta ver de nuevo a Alexandre, a su padre, su sencillez de hombres generosos y respetuosos.

Ya no necesito contar los peces. Dudo entre el sol al este y la lluvia al oeste, entre la luz y el arcoíris, que se desvanece poco a poco. No, Célestine, no te vayas, todavía no, quédate un poco más...

Pero ella ya no está. Cierro los ojos y conservo la imagen en mi interior.

La barca se ha puesto en marcha, avanza rápidamente para regresar al puerto. A Alexandre le espera trabajo para prepararlo todo antes de que lleguen los clientes, que a mediodía o por la noche comerán un pescado que esta mañana todavía coleaba en la negrura del lago.

Esto es la vida. Y yo voy a ir a ver qué aspecto tiene en las montañas. Porque sé que allá arriba encontraré la paz.

Y a Babette.

Mi mejor amiga.

No perderse

Hemos permanecido toda la noche pegados el uno al otro, como una batería que se cargase sobre su base.

Cuando ha sonado su despertador, le he dado un beso en un hombro y le he dicho que iba a ducharme mientras ella se despejaba.

Cuando ha abierto los ojos, el desayuno estaba a punto, y mi mochila también, junto a la entrada. Ella no habla nunca por la mañana, ni siquiera después de ducharse, como si no tuviera enchufados todos los cables desde el momento de despertar. Afortunadamente, el de la sonrisa funciona solo. Algo es algo. Algunas mañanas, lo único que está conectado es el mal carácter.

—Cuídate, hermanita, y llámame si pasa algo, ¿vale? Hacemos lo de siempre. Si me llamas tres veces seguidas, es una gran urgencia.

—No te pierdas...

—Llevo un mapa de carreteras y el GPS.

—No hablaba del camino...

Salgo de casa con la mochila al hombro. Mientras bajo la escalera, me vuelve a la mente lo que acaba de decirme. Mi hermanita de diecisiete años, de la que cuido desde hace diez, me da consejos sobre mi vida afectiva. Después de todo, en tres años ha madurado más deprisa y mejor que muchos adultos; en algunos aspectos quizá sea incluso más madura que yo. ¿Es por mi accidente? ¿Por el hecho de que se haya enamorado, por la meta que se ha marcado en la vida? ¿Por todo a la vez? El resultado es bastante interesante, y debo reconocer que hemos salvado la adolescencia sin demasiados tropiezos. Aparte de su comportamiento con los chicos, que acabó con la misma rapidez que había empezado —gracias, Guillaume—, podría haberle dado por beber, por drogarse, por fugarse. Y no, nada de todo eso. Había adelantado a la infancia a una velocidad increíble, pero se detuvo a tiempo. Al parecer, yo había señalado bien el camino para que no se saliera con facilidad de la pista. Tumbos los dio, grandes tumbos, pero así y todo lo siguió...

El GPS está conectado, el depósito, lleno, no hay más que encontrar a Juliette.

«No hay más que...»

Espero que Malou tenga razón. Después de todo, quizá haya ido en la

dirección contraria a la que voy a tomar yo y me aleje. Pero no tengo muchas más opciones. Y su abuela parecía muy convencida.

No he puesto música, lo que me apetece es pensar en todos los momentos que he compartido con ella, en todas esas cosas que me ha aportado y en todas esas otras que comprendo ahora, con las últimas cartas en la mano, y que no había visto, que ella no había querido mostrarme. Me digo que, si hubiera insistido un poco cuando me pidió que dejara de escribirle, quizá habría podido hacer algo. Pero ¿qué?

Vuelvo a pensar en la teoría de Malou. Nada sucede por casualidad. Supongo que era preciso que Juliette viviese cosas muy duras para liberarse de ese hombre. Eso se llama experiencia. Al fin y al cabo, todos sufrimos, y eso es lo que nos indica el camino que debemos seguir o el que debemos evitar. Para sufrir menos la vez siguiente. Y en ocasiones aceptamos, preferimos quedarnos y soportar, por miedo a perder todo lo demás al escapar de la violencia. Hasta el día en que lo demás ya no tiene sentido. Está bien que se haya marchado. Cuando lo que uno padece es más o menos soportable, continúa aguantando por miedo a encontrarse solo y perder las ilusiones.

Debo ir. Lo ha dicho Vanessa mientras desatascaba la cremallera de su anorak mágico. El lenguaje de las plumas...

Algunos leen en los posos del café...

Lo que lleva Juliette sobre los hombros no es una pluma, debe de ser un yunque. No obstante, tendré que ir con unas tenazas para ayudarla. Unas tenazas para un yunque, el listón está muy alto.

¿Incluye la concepción de Malou la idea de que la vida está dispuesta a sacrificar pequeñas criaturas para salvar a otras? ¿Se ha ido Célestine para que su madre pueda marcharse también?

Necesitaré unas tenazas para acercarme a Juliette, y valor, mucho valor, pero eso sé que lo tengo. Lo he tenido para mí, no hay ninguna razón para que no lo tenga para ella...

Por Juliette, descolgaría la luna. He vuelto a subir la escalera, así que unos peldaños más o menos...

Querido Tú:

Roméo se ha ido en busca de su Juliette. Es curioso que vuelvan a empezar la historia desde el principio. Bueno, por el momento, la historia ha vuelto a empezarla mi hermano solo. Nada garantiza que esta Juliette vaya a convertirse en su Juliette. Además, espero que su historia no acabe igual que aquella. No me gustan las historias que acaban mal. Confío en que mi vida acabe bien. Empezó mal, quizá eso me dé más posibilidades, ¿no? ¡Si has pagado lo que te toca por adelantado, después debería ser gratis!

Sirenita

Hace diez minutos que Juliette se ha marchado de Anthy. Alexandre había empezado a darle mil consejos, pero ella le ha hecho callar. Al final se ha limitado a decirle: «No vuelvas a desaparecer, ¿me lo prometes?».

Se lo ha prometido.

Él la ha abrazado fuerte y se ha puesto a preparar el pescado para no verla marcharse. Era muy duro verla irse otra vez, pese a su promesa.

Va con retraso, pero en la vida hay retrasos completamente justificados, ya se las arreglará con los clientes.

En la radio suena una música ligera. Alexandre se concentra en su trabajo, intentando olvidar lo demás. Cuenta los peces. Y de pronto se detiene al oír las primeras estrofas de una canción de Francis Cabrel.

*Pleure pas petite sirène [...]
Ton histoire commence à peine...*

Intenta reanudar el trabajo. El retraso, los clientes...

*Ce matin est si clair
Ce silence est si doux [...]
Tu déchires tout d'un trait de lumière
Et c'est la vie tout à coup.*

Alexandre, mirando el horizonte, lejos, muy lejos, piensa intensamente en Juliette, que se fue, ha regresado herida y ha vuelto a marcharse después de haberle hecho una promesa.

*Ça se voit que tu viens de chez les anges
T'es belle comme tout.
Ça se voit que nos manières te dérangent,
Et ces lumières partout.*

*Tous ces fantômes qui te touchen,
Ces mains qui te secouent,
Cette bouffée d'air froid dans ta bouche,
C'est la vie tout à coup [...]*

Un agua ligeramente salada baña sus redes. Así tendrán más sabor.

*Voilà que tu viens comme une reine
Juste à la pointe du jour
Avec dans son écho de porcelaine
Ton appel au secours...*

Alexandre no dice nada, aprieta la mandíbula y el mango del cuchillo. Hasta que se hace daño. Más vale que Laurent no se ponga a su alcance, con ese cuchillo en la mano y la rabia en su interior...

*Comme un signal pour que s'égrène
Ce temps qui s'enfuit à son tour
D'abord les heures, les jours, les semaines
Et puis les années d'amour
Les années d'amour...*

Tiene el reverso de la manga húmedo de tanto secarse los ojos. No herirse con el cuchillo, no ofrecer ese espectáculo a los clientes que podrían entrar.

Su sirenita ha vuelto, pidiendo auxilio, es verdad, pero ha vuelto. Es posible que el ojo izquierdo lllore por el dolor de Juliette, y el derecho, por la alegría de haberla recuperado. El dolor y la alegría, la lluvia y el sol, elementos para trazar un arcoíris en su rostro, y a mayor profundidad. Se lo envía a Juliette, que pronto estará allá arriba, con Babette y los íbices.

Un arcoíris de amor de un corazón a otro con los seres queridos, estén aquí o en el infinito. Es verdad que la imagen es bonita. Y en cuanto al arcoíris de esa mañana, el de verdad, en el lago, quiere creer en Célestine.

Alex se seca las lágrimas y se queda únicamente con el placer de haber recuperado a Juliette. Se lo ha prometido.

Pleure pas petite sirène...

El puntito rojo

Llegué a Anthy hacia mediodía. La pescadería estaba cerrada. Di unos golpecitos en la ventana y luego vi el cartel con el horario. Abierto solo por la mañana. No podía esperar hasta el día siguiente.

Llamé a la puerta de al lado, donde figuraba el nombre que me había dado Malou. Ninguna respuesta.

Bajé hacia el puerto. Había algunos hombres guardando material. Les pedí información sobre un tal Alexandre. No estaba, acababa de adentrarse en el lago con la barca. Uno de ellos me explicó que normalmente nunca salía a pescar a mediodía, pero que un rato antes había llegado precipitadamente al puerto y se había montado en la barca sin hablar con nadie, desviando la vista para no cruzar la mirada con ellos, cosa nada propia de él. Era evidente que quería que lo dejaran en paz.

—¿Ve aquel puntito rojo? —me dijo un pescador, señalando con un dedo hacia el horizonte.

—Sí.

—Pues es él.

—¿Alguien podría llevarme hasta allí?

—Para empezar, ¿qué quiere de Alexandre? Soy su padre, quizá yo pueda ayudarle.

—Tengo que hacerle unas preguntas.

—¿Es usted policía?

—No, pero busco a alguien que tiene buenas razones para estar mal y ciertas cosas llevan a creer que ha podido venir a verle.

—¿Se trata de la mujer que estaba con él en la barca esta mañana?

—Es posible. Se llama Juliette.

—Era ella, sí.

—¿Sabe dónde está ahora?

—Ni idea. Hemos vuelto de pescar hacia las ocho y ellos se han ido a la pescadería. No sé nada más.

—Me gustaría mucho hablar con Alexandre.

—De acuerdo. Pero porque se trata de Juliette.

—¿La conoce?

—Hacía mucho que no la veíamos, pero aquí la conocemos desde que era un renacuajo. Su vuelta va a dar que hablar. Suba a la barca de Fernand, voy a decirle que le lleve, pero no le garantizo nada. El lago es grande.

Babette en estado puro

Me acordaba perfectamente del camino. He recorrido ese camino decenas de veces, cientos tal vez... Bernex era mi segunda casa. La estación de esquí, las montañas de alrededor, el Dent d'Oche. Babette.

Ella se enfadó más que Alexandre cuando me alejé. Tiene un carácter endemoniado. Era mi mejor amiga y no entendía lo que pasaba, y si no entiende algo, no lo acepta. Así que, cuando dejé de dar señales de vida, no insistió y pasó a otra cosa, con amargura pero con determinación. Ha sido Alexandre quien me lo ha contado todo esta mañana. Lo comprendo. Espero que ella lo comprenda también. Después de todo, no ha dicho nada hace un rato por teléfono, cuando Alexandre la ha llamado para decirle que iba hacia allí. Quizá lo haya asimilado.

O quizá no.

En una de las últimas curvas, veo la casa a lo lejos.

Espero realmente que lo haya asimilado. No estoy en condiciones de afrontar su ira o sus reproches. Era rencorosa cuando discutíamos. Y cuanto más discutíamos, más nos queríamos. En estos momentos, necesito sobre todo que me rodee entre sus brazos, igual que hace veinte años, y me diga, como Alexandre, que no pasa nada...

La veo en el balcón, quizá pendiente de los coches, escasos por allí. Un vehículo de alquiler solo puedo ser yo.

Tomo la rampa del garaje y la pierdo de vista. Babette ha desaparecido en el interior de la casa.

Me desabrocho el cinturón de seguridad y, cuando salgo del coche, la veo apoyada en el marco de la puerta de entrada. Me mira fumándose un cigarrillo. Lo probamos por primera vez los tres juntos. Alexandre y Babette nunca han llegado a dejar el tabaco. Me observa al principio con bastante frialdad, con ira en los ojos. Yo bajo los míos. No me atrevo a moverme. La oigo dar una última calada, larga, y aplastar el cigarrillo en el suelo. He levantado la cabeza. Ella recoge la colilla y la tira a un pequeño cubo. Me mira fijamente de nuevo. Clavo

los ojos en los zapatos. Espero. ¿Qué? No lo sé. Espero.

Entonces ella se acerca rápidamente a mí y me rodea con los brazos, de un modo casi brutal, como si nada la retuviera, como si no controlara su cuerpo y este me gritara que me añoraba. Me cuesta respirar de lo mucho que me aprieta, pero me gusta este abrazo, para recuperar su huella, borrada con el tiempo, con los vientos violentos, con la distancia y la ausencia.

—Llévame a ver los íbices.

—¿Ahora?

—Sí, ahora. ¿Tienes una tienda? ¿Podemos dormir arriba? ¿Te acuerdas?

—Claro que me acuerdo... Tengo que mirar la previsión del tiempo. ¿Estás segura de que tendrás fuerzas? Alexandre me ha llamado y me ha contado un poco.

—He tenido fuerzas para otras muchas cosas hasta llegar aquí. Además, haremos lo que podamos. Tengo ganas de estar ahí arriba.

—Vamos a preparar algunas cosas e iremos si el tiempo permite concretar esa idea descabellada. ¿Has comido?

—No. No tengo hambre.

—Hay que comer.

—Te digo que no tengo hambre.

—Hay que comer, y la que decide soy yo, yo soy la guía. Si subes con el estómago vacío, te faltará energía y te marearás. Si no comes, no vamos.

—¡No has cambiado!

—¿Y qué esperabas?

—Vale, vale.

—Ve a mirar en la nevera mientras preparo el material.

—¡Eres un incordio!

—Lo sé. Pero también me quieres por eso.

—Lo sé.

—Tú también eres un incordio, porque desaparecer así durante años...

—Lo sé. Pero pese a todo me quieres.

—Lo sé.

Ya está, juntas de nuevo. Babette en estado puro.

Le sonreía al tiburón

He vomitado tres veces.

¡Qué mierda de mareo! En la escalera, como si nada, mirar hacia abajo, al vacío, no me impresiona, pero en el agua... Y pensar que no es más que un lago...

El viejo pescador se ha cachondeado de mí al ver que me quedaba más blanco que el papel.

—Lo siento, pero si quiere que lo alcancemos tengo que ir deprisa. Mucho tiene que interesarle Juliette para hacer todo esto. ¿Es su novia?

—No.

—Entonces ¿por qué va tras ella?

—Me salvó la vida. Se lo debo.

—Es frecuente que las mujeres salven la vida a los hombres...

—Lo contrario lo es menos.

—¿Por qué dice eso?

En lugar de responder, he alimentado a los peces por cuarta vez.

Hemos perdido de vista la barca de Alexandre un momento. Cuando ha vuelto a aparecer, he concentrado la mirada en ella como he podido. Al menos me ha ayudado a vomitar menos, creo. Se ha detenido en medio del lago, después de Thonon. Tardamos diez minutos largos en llegar a su altura.

Está sentado, con un cigarrillo en la mano y los ojos clavados en la montaña. Ha echado un vistazo en nuestra dirección al oírnos llegar y ha vuelto de nuevo la cabeza hacia la cumbre. El pescador de la barca que me ha llevado maniobra con habilidad para situarse a la altura de Alexandre y tocar su barca como quien hace una caricia. La costumbre.

—¡Eh, Alex, te traigo un visitante! Viene por Juliette.

—...

Finge no oír... Da una calada al cigarrillo, despacio, inspira hondo, como para aprovechar cada molécula apaciguadora.

—¡Venga, hombre, no fastidies, ya sabes que me espera Huguette! ¡Todavía voy a llevarme una bronca, como llegue tarde!

—Voy —dice Alexandre, que sumerge la colilla en el agua y la arroja a un rincón de la barca.

A continuación, desconfiado y a todas luces preocupado, sujeta el borde de la barca de su amigo, que hace lo mismo con la de él.

Paso una pierna a la embarcación de Alexandre y luego la otra. Este se despide de su amigo, que se marcha a reunirse con el tal Huguette.

—Me llamo Roméo —le digo, tendiéndole la mano.

—¿Y busca a Juliette? Tiene gracia la cosa... Entonces ¿es usted el Roméo del que me ha hablado? Yo soy Alexandre, rey de los idiotas. —Me estrecha la mano.

—¿Por qué dice eso?

—Porque no vi nada y no hice nada.

—Bienvenido al club.

—Usted está haciendo algo, ha venido a buscarla desde Alsacia, no es poca cosa.

—Usted habría hecho lo mismo si hubiese estado en mi situación, ¿no?

—Sí, pero la situación exigía haber actuado antes. Es como si hubiera estado al final del pantalán, la hubiera visto arrojarse al agua mientras un tiburón merodeaba por los contornos y me hubiera ido a casa, con las manos en los bolsillos, diciéndome que ella lo hacía por voluntad propia, que iban a devorarla, pero que no era asunto mío.

—Ella tampoco le pidió ayuda, estaba hechizada por el tiburón.

—Debería haberlo visto en sus ojos, oído en su voz, notado en el cambio que se producía en ella.

—Lamentarse no sirve de nada. Ahora que lo ha dejado, las cosas irán mejor. ¿Sabe dónde está?

—Se ha ido a casa de Babette a media mañana. Era importante para ella ir allí, como en los viejos tiempos.

—¿Añora usted los viejos tiempos?

—Simplemente me habría gustado que fuese feliz. No que acabara con un cabrón. Yo la habría cuidado de verdad, no como ese gilipollas.

—¿La quiere?

—Desde luego. Siempre he querido a Juliette. Con el tiempo, ese sentimiento ha ido aplacándose. Hoy la quiero de un modo diferente, como a una hermana. Quiero a mi mujer. Pero me habría gustado proteger a Juliette de sí misma.

—¿Podemos proteger de verdad a los demás de ellos mismos? Malou lo intentó y no lo consiguió.

—¿Y usted? ¿La quiere?

—Desde el instante en que la vi.

—Qué romántico.

—En aquel momento no fue nada romántico. Salía del coma.

—Juliette me ha hablado muy bien de usted. Y le encantará que haya venido a buscarla. Solo le pido una cosa: llévela a Alsacia, su vida está allí, pero no la deje volver con ese desgraciado.

—No pienso hacerlo.

—Bueno, volvamos. Tengo trabajo. Necesitaba asimilar un poco todo esto, pero la verdad es que me cae usted muy bien y no le veo ninguna aleta sospechosa en la espalda. Así que supongo que Juliette está en buenas manos. A falta de las mías, ha encontrado las suyas.

—Creo que las suyas también las ha recuperado, ¿no?

—En cierto modo.

El agua helada de la montaña

Babette lo lleva todo. Su condición física se lo permite. Es fuerte, no tiene miedo de nada, ni siquiera de sufrir. Podría llevarme a cuestras, lo haría gustosa, pero con la tienda, las prendas de abrigo, los sacos de dormir, el agua y algunos alimentos ya tiene bastante. Yo llevo todo lo demás: la tristeza, el miedo, el cansancio, los dolores en el vientre y ahora en las piernas, y la culpabilidad. Eso, la culpabilidad, pesa mucho. La repugnancia también.

Hace media hora que caminamos y los cencerros de las vacas empiezan a tintinear allá arriba, en los pastos donde las ordeñan para producir el queso de montaña. Babette avanza delante de mí, a un ritmo lento para darme una oportunidad de sobrevivir. No pienso en nada, solo en el paso que voy a dar después del anterior. Hablamos poco. Cuesta hacerlo. La dificultad para respirar, la dificultad sin más, cuatro años después. Con frecuencia, romper el silencio es delicado, no sabe uno qué ruido seguirá, si una tenue melodía o un estruendo que perforará los tímpanos.

Tener el refugio en la línea de mira me alivia. Aunque todavía esté lejos, representa una meta que alcanzar y cada paso me acerca a ella de forma concreta. Cuanto más empinada es la subida, más noto que desciende el útero, como en la barca, cuando tiraba de la red. Pero me da igual. Ya puestos, que acabe de caer, así sabré a qué atenerme sobre mis aptitudes como gestante. Si él no quiere un niño, yo no lo quiero a él, así que buen viaje. Me sentiría tentada de arrancármelo si no estuviera aquí, con Babette, intentando seguirla, si no me hubiera marcado el objetivo de llegar allá arriba. Lo pensaré a la vuelta.

Cuando por fin llegamos al refugio, me detengo un momento en la fuente para beber agua helada de la montaña mientras Babette intercambia unas palabras con el ganadero que trabaja en sus quesos. Un poco más de esa frescura que parece despertarme por dentro. Bebo a sorbitos y la siento descender despacio hasta mi estómago. Revivo. He tragado demasiadas cosas indigestas durante todos estos años. Es como si esta agua clara que viene del Dent d'Oche, tan inmenso visto desde la perspectiva de mi pequeña persona, me lavara para eliminar las últimas inmundicias. El cubo de agua que se arroja al suelo cuando está demasiado sucia. Me bebería con gusto uno entero de esta agua. Pero evacuarla sería un

problema. A veces va bien ser un hombre.

—¿Estás segura de que aguantarás? —me pregunta Babette, preocupada.

—Iremos despacio, pero quiero verlos esta tarde.

—Entonces en marcha.

Tardamos un cuarto de hora largo en llegar al lago de la Case. Es ahí donde montaremos la tienda esta noche. Un lugar muy tranquilo, en un pequeño circo al pie del Dent d'Oche. Levanto la cabeza y veo las Portes d'Oche, primera etapa, ya muy alta. Resisto, quiero verlas de cerca, quiero ver el Mont Blanc, y Montreux al otro lado. Quiero ver los íbices y la inmensidad de los Alpes suizos, quiero ver los guijarros y las florecillas de montaña, oír el gorjeo de los pájaros resonando en el vasto silencio. Permanecer atenta a los animales que me rodean, con esa sensación extraña, mezcla de impostura y honor, de estar allí.

Esperarla

Estaba seguro de que no la encontraría.

Lo presentía. Lo sabía. Después de todo, no me espera, quizá no desea verme. Vive su vida con sus amigos de la infancia.

¿Y yo qué pinto aquí?

Llamo a Vanessa. Necesidad de su desintegrador de dudas.

—¡Quédate ahí y búscala!

—Está en algún lugar de la montaña y no sé dónde.

—¡Pues la esperas!

—Ya, pero ¿cuánto tiempo?

—¡El que haga falta! No puede ser que hayas hecho todo eso para nada. Vete al hotel y vuelve mañana.

—¿Y si se me escapa de nuevo?

—Entonces quédate en casa de su amiga, acabarán por volver. ¡Duermes sobre el felpudo y arreglado!

Perfecto. El desintegrador de mi hermanita es potente. A mí no se me habría ocurrido nunca lo del felpudo.

Con todo, intento buscar información entre los vecinos, averiguar si alguien las ha visto marcharse, pero me cruzo con muy poca gente. Una anciana ha visto el coche de Babette dirigirse hacia la zona baja del pueblo. Cree que iban dos personas dentro, pero eso es todo. No me ayuda mucho. Tengo la impresión de ser un ladrón, de merodear en torno a la casa en busca de un sitio donde dormir.

Al final aparco el coche delante de la puerta del garaje y decido pasar la noche en el asiento trasero. Siempre llevo un saco de dormir en el maletero. Una toalla doblada hará las veces de almohada, para que no me torturen demasiado los relieves duros de la puerta. Dormiré mal, pero ¿qué otra opción tengo? Vanessa tiene razón, no voy a dar marcha atrás ahora que sé que no está lejos y forzosamente regresará. Malou acertó. Siento la necesidad de llamarla para confirmar su intuición.

—¿Malou?

—Dime...

—No se quemará la mano de costurera de Chanel.

—Lo sabía. ¿Cómo está?

—No lo sé, todavía no la he visto. Se me escapa por poco cada vez que me acerco a ella. Ya sé dónde está, lo que pasa es que ahora no está.

—¿Dónde estás tú?

—En casa de Babette. Pero no hay nadie. Voy a esperarla.

—Dile que la quiero.

—Se lo diré. Gracias, Malou. Estoy aquí gracias a usted.

—Te debes a ti mismo la mayor parte del trabajo.

Encuentro un enchufe exterior para cargar el teléfono, porque está quedándose sin batería. ¿Y Juliette? No sé cómo estará aguantando el golpe. No hay que olvidar que parió hace dos días. Debe de estar recurriendo a sus reservas de energía para ser capaz de subir a la montaña. He retirado cuerpos de personas que habían llevado sus fuerzas más allá del límite, en carreras fuera de pista y maratones. Y no habían sufrido un aborto espontáneo dos días antes. Espero no encontrarme en la misma situación con ella.

Ahí están

El último paso antes de llegar a la garganta siempre produce sensación de alivio. Porque, generalmente, al otro lado empieza el descenso. Uno ha sufrido, pero se ve recompensado por el espectáculo, por la satisfacción de haber llegado hasta allí.

Yo he llegado. No hemos alcanzado la meta última, pues las Portes d'Oche estaban demasiado lejos teniendo en cuenta mi estado. Estoy loca por arriesgarme de este modo, pero ¿tengo algo que perder aparte del útero, que cuelga peligrosamente? Durante los últimos años he estado perdida. Ahora solo puedo reencontrarme. He recogido parte de los jirones de mí misma en la barca, los restantes deben de estar tirados por aquí.

Hacemos un descanso y Babette saca una botella de agua. Le explico que necesito un rincón tranquilo, alusión que comprende inmediatamente.

¿Cuánto tiempo voy a seguir sangrando?

El tiempo rojo del desgarro.

Cuando regreso, sonrío con tristeza, pero Babette no me deja tiempo para ponerme melancólica, reanudamos el camino inmediatamente. Hay que recorrer una especie de circo en la ladera de la garganta para acceder a otro. Si no recuerdo mal, desde el centro de ese circo veremos el Mont Blanc. Miro dónde pongo los pies, pues este camino es pedregoso y, si resbalo, caeré rodando hasta abajo.

Babette se ha detenido, me espera con la cámara de fotos en la mano.

Ahí está, muy lejos y a la vez muy cerca, el pico más elevado de Europa. Gracias a una ilusión óptica, casi tengo la sensación de estar a la misma altura que esa gran montaña blanca. Me siento sobre una roca y lo contemplo. Su Majestad de los picos, dame un poco de tu paz, enséñame a resistir el azote de los vientos violentos, a no dejarme arrastrar, a aferrarme a mis puntos de apoyo y no volver a desviarme.

Babette ya se ha puesto en marcha. Creo que teme la llegada de la noche.

Dadas las circunstancias, no podemos asumir que no vayan a flaquearme las fuerzas. No está segura de que aguante el ritmo para llegar al albergue antes del crepúsculo. La alcanzo después de cruzar otro camino cubierto de piedras amontonadas sin ton ni son, a veces de manera inestable.

El paso de Pavis nos recibe, verde, extendiéndose hacia Montreux y todos los Alpes suizos. El viento sopla con fuerza. Babette acelera, ese paso es menos accidentado, y de pronto se detiene para anunciarme, apuntando con el dedo en su dirección, que están ahí, que los ve.

Cuernos sobre una cresta en el horizonte. Sí, ahí están. Me cuesta seguir a Babette, que aumenta el ritmo y trepa ahora por la ladera, sobre la hierba y las rocas, en dirección al grupo de machos que distinguimos cada vez mejor.

Y, una vez allí, lo que se ofrece a nuestros ojos es un espectáculo increíble. Cuanto más avanzamos, más numerosos son. Diez, quince, veinte... unos de pie, otros tumbados. Nos miran llegar, tranquilamente. Hay que precisar que Babette sabe acercarse a ellos. La mujer que susurraba a los íbices.

Ahora estamos en medio de la manada. Cuántos machos, jovencísimos algunos, otros muy viejos. Nos hallamos a dos metros escasos de sus cuerpos robustos, de sus cuernos enormes y temibles. ¿Somos conscientes del peligro? Me da igual, siento tan bien estar aquí... Acabo de encontrar unos jirones más, que contribuyen a vendar la herida abierta, a completar la que yo era antes, la que soy de nuevo. Juliette, la Juliette de las montañas y del lago, la Juliette de Alexandre y de Babette. La Juliette feliz de vivir todas estas cosas bonitas, lejos de los humanos sin humanidad. Aquí lo que late es el corazón de la vida. La paz en la inmensidad. Arriba, entre el viento y el panorama; abajo, en el lago donde esta mañana he sentido la inmensidad con la misma intensidad. La misma paz también.

Me he sentado en la hierba y cierro los ojos para sentir esa inmensidad dentro de mí. Están las personas a las que quiero. Y solo ellas. Porque es eso la inmensidad interior. Es la belleza de las personas a las que queremos y que nos quieren con respeto. Su imagen dentro de mí vuelve a coser los jirones unos a otros.

Me duele menos el vientre. Me duele menos la vida.

Doy las gracias a Babette con la mirada. Ella aparta la suya para ocultar su emoción. Odió dejar ver que se emociona, los momentos en que se podría pensar que es débil. Si ella supiera lo fuerte que me parece...

Nos quedaríamos aquí para siempre.

Dejo los íbices a mi espalda. Sé que están ahí, volveré mañana para verlos de nuevo y terminar de recoger los pedacitos de mí misma. El descenso es fácil, aunque a cada paso noto el peso de mi feminidad magullada entre las piernas. A medio camino, Babette me dice que se adelanta para ir a buscar las cosas al refugio y me propone que nos encontremos en el lago de la Case. En lo que yo tarde en llegar al lago, ella ya habrá subido, tan fácil le resulta el esfuerzo. Le hago una seña y la miro lanzarse pendiente abajo. Es casi tan ágil como un íbice. A fuerza de estar con ellos, ha acabado pareciéndoseles. La veo desaparecer detrás de una loma y reaparecer unos minutos más tarde, unas decenas de metros más abajo. No tendré que esperar mucho a orillas del lago, sé que llegará enseguida.

Hago una larga parada, pues bajando de las Portes d'Oche hay una vista sin obstáculos del lago Lemán, y al oeste, de la puesta de sol. El espectáculo es sublime. El viento empuja las nubes, que se acumulan en capas superpuestas y forman un degradado de colores irisado por los últimos rayos. Alexandre está ahí, abajo, con su mujer y sus hijos. Pienso en él. Por primera vez desde que lo conozco, siento esa evidencia que ignoraba hasta ahora. Que quizá no quería ver. Debería haberme ido con él hace veinte años. Pero ya es demasiado tarde.

El ocaso sobre el lago, visto desde esta montaña que lo domina, es lo que hace evidente todo eso. Como si el viento de las alturas pasara una página, como si el telón bajara con la caída de la noche. Lo que cae es una parte de mi vida. Y otra se levanta. El asunto está zanjado. He reencontrado a Alexandre reencontrándome, y no lo perderé otra vez porque no quiero perderme yo otra vez, pero entre nosotros nunca volverá a ser como antes, nunca volverá a existir ese terreno de lo posible que tal vez me hizo huir, que tal vez me precipitó a la boca del lobo. Lobos, no quiero más; sueño con un pastor, y solo lo imagino como pastor.

La sirenita y el pastor.

Salvar nada menos que la vida

Son las tres de la madrugada.

Me duele todo. Tengo la espalda dolorida, calambres en las piernas, la nuca rígida. Y el frío, no contento con haberme anestesiado la carne y los músculos, empieza ahora a roerme los huesos. La mantita de tejido polar sobre un viejo saco de dormir resulta totalmente ineficaz contra los rigores de las noches en la montaña.

Debería haber salido ayer a las cuatro de la mañana y la habría alcanzado a orillas del lago. La habría encontrado delante de la barca y quizá estaríamos ya camino de vuelta a Alsacia. Pero tenía a mi hermana y su calor pegados a mí. No puedo dejarla en medio de la noche cuando la hemos empezado juntos. Es así. Debe de remontarse a la infancia. Solo me tenía a mí cuando lloraba por la noche. A nadie se le ocurriría alejarse del fuego en el Gran Norte mientras los lobos aúllan de noche. Yo era su fogata.

Pero lamentarse no cambia las cosas. Lo hecho, hecho está...

Me gustaría dormirme sin más, recuperar algunas fuerzas para luego. Ese luego del que no sé nada. Solo con que bajen, será fantástico. Supongo que Babette tiene obligaciones profesionales. ¿Y si no vuelven? ¿Qué hago entonces? ¿Voy a buscarlas? ¿En qué dirección?

Tienen que volver.

Y yo tengo que dormir.

En cualquier caso, me alegro de estar aquí. Alexandre también lo habría hecho. ¿Por qué tiene tan mala conciencia? Hizo lo que pudo. ¿De verdad podemos salvar a las personas de ellas mismas? Pero, si no es así, ¿por qué estoy aquí?

A ver, ¿puede alguien decirme por qué estoy aquí, a las tres de la madrugada, doblado en tres en el asiento trasero de un coche helado, delante del garaje de una tía a la que no he visto en mi vida, esperando que regrese con una mujer a la que apenas conozco?

Pero esa mujer a la que apenas conozco me salvó la vida.
Me salvó nada menos que la vida.
Nada menos que eso.
Así que aquí estoy.

Y además, la quiero.
Ya lo he dicho.

Los dientes de la madre

Me entretuve tanto anoche en el descenso para contemplar el Lemán y la puesta de sol que Babette ya estaba en el lago cuando yo llegué. La oscuridad iba en aumento. Todavía podíamos ver lo que teníamos delante porque ninguna luz perturbaba nuestro campo visual, pero aquello no duraría. Babette sacó la tienda de su funda y dejó que se montara sola. Cuando éramos jóvenes, teníamos que clavar las piquetas. Cuando nos hacemos mayores, apreciamos la comodidad. El aire era helado y húmedo. Metimos todo el material precipitadamente y nos refugiamos en el interior, retrocediendo veinte años de un salto. Encontré de nuevo el calor del capullo que tejíamos regularmente de adolescentes cuando íbamos a acampar a la montaña sin ningún temor. Sin embargo, era peligroso. Dos chicas solas en medio de ninguna parte. Pero Babette nunca tuvo miedo. Así que yo, tampoco.

Encontré también de nuevo el caos indescriptible en sus cosas, aunque siempre encontraba lo que buscaba, el olor de sus botas de marcha cuando se las quitaba y las dejaba en un rincón de la tienda. A mí eso me traía sin cuidado. Era mi otra magdalena. Yo tengo magdalenas particulares. Babette infló las colchonetas y nos tumbamos una frente a la otra. Su cabeza descansaba en un rincón de la tienda y la lucecita tamizada solo me permitía distinguir la forma de su rostro, a duras penas sus ojos. La veía sonreír. Una sonrisa entreverada de añoranza. La mía estaba llena de futuro. La de los reencuentros y los siempre.

—Debes dormir, no deberías que estar aquí. Como empieces a encontrarte mal, voy a verme en un apuro.

—¡Tengo un ángel de la guarda, no te preocupes!

Me cogió una mano y me la apretó muy fuerte. Era nuestra manera particular de decirnos «te quiero». Unos largos segundos de ternura, simplemente para decir que...

Luego retrocedió un poco y me hizo la pregunta fatídica:

—¿Por qué has llegado a esto, Juliette? ¿Por qué no te fuiste?

—Me daban miedo sus amenazas.

—¿Y por qué no te fuiste antes?

—Porque antes era amable.

—Pero cuando notaste que dejaba de serlo...
—Me daba miedo quedarme sola.
—Más vale estar sola que mal acompañada.
—No soportaba la idea de volver a estar sola...
—¿Incluso cuando empezó a tratarte mal?
—Cuando empezó a tratarme mal, era demasiado tarde...
—Nunca es demasiado tarde.
—Lo sé... Pues no, no sé exactamente por qué. Tal vez por el niño.
—¿Por qué necesitas tanto tener un hijo?
—¿Tú no quieres uno?
—A veces pienso en eso, pero no es algo indispensable en mi vida. Mientras que para ti...
—Para mí es vital.
—Y te olvidaste de vivir. Ese tipo te aisló del mundo y tú ni siquiera te diste cuenta, o le dejaste hacerlo por esa falsa buena razón y mira adónde te ha llevado. ¿Te ha pegado?
—...
—¿No te atreves a decírmelo?
—Vas a enfadarte.
—¡No!
—Me violó antes de que tuviera el accidente. Creo que perdí el bebé por su culpa.
—¡Qué cabrón! ¿Vas a denunciarlo?
—Me he ido, ya es suficiente. No tengo fuerzas para enfrentarme a él. En cualquier caso, ahora no. De momento necesito sentir que revivo para no morir.
—Comprendo. Pero tendrá que pagar por lo que ha hecho.
—Ya veremos. En estos momentos solo necesito que me abracés y me digas que todo eso ha terminado...
Cosa que hizo inmediatamente, sin decir nada. Los gestos bastaban para convencerme de que había terminado. De que estaba segura. Y tenía menos miedo sola con Babette, en una tienda de campaña rodeada de oscuridad en medio de la montaña desierta, que bajo el mismo techo que Laurent, en un bonito piso con cámaras de vigilancia. Porque allí el peligro venía del interior.
Pasamos así el resto de la noche.

Nos han despertado los cencerros. No nos habíamos movido. Ella se ha desperezado ronroneando y ha vuelto a pegarse a mí para estrecharme un poco

más. Debía de pensar que mejor aprovechar que me tenía al alcance de la mano, por si me iba otra vez. Sabía que iba a volver a irme. Después he tenido que negociar arduamente para que me dejara sola allí. Yo quería subir de nuevo por la mañana a la zona donde estaban los íbices. Y Babette no podía quedarse, tenía una cita importante en el valle. Conseguí que me permitiera ir a verlos con la condición de dejar la tienda tal cual y no correr NINGÚN riesgo.

Babette sabía que, ahora que recuperaba el sabor de la libertad, haría lo que me viniera en gana, aunque fuese arriesgado. Por la noche habíamos hablado de todo lo que me había sucedido en los últimos cuatro años. Sospechaba que yo necesitaba inspirar hondo para emerger a la superficie. ¡El gran azul! El submarinista que vuelve a respirar después de una apnea prolongada.

Nos hemos comido unas barritas de cereales y hemos bebido un zumo de naranja. Pese al frío de la mañana, nos sentíamos reconfortadas: al calor desprendido por nuestros cuerpos durante la noche se sumaba el del reencuentro.

Acaba de marcharse, para no llegar tarde. Busco algo para cambiarme y para refrescarme un poco. Aún estoy sangrando.

Compruebo que no haya nadie a la vista y me agacho junto al lago para asearme rápidamente. Dejo correr un poco de agua de una botella entre mis piernas; está helada, la habíamos dejado fuera de la tienda. El agua se tiñe de rojo.

Los dientes de la madre. Mordedura de la vida.

La vida, a veces, tiene dos buenas hileras de dientes acerados y una fuerte mandíbula.

Preparo la mochila: algo de comer, agua, una muda y el teléfono, que no he encendido desde ayer, ¿para qué?

Y me pongo en marcha.

La llaman testaruda

Me sobresalto!

Una mujer da fuertes golpes en la puerta del coche. Estaba profundamente dormido. Tardo unos segundos en recobrar la conciencia y comprender que es Babette. Lanzo una rápida mirada a su alrededor. Nadie más. Me han echado una maldición.

Salgo del coche en calcetines, metiéndome la camiseta por dentro de los pantalones para protegerme, aunque solo sea un poco, del frío.

—¿Quién es usted para aparcar así delante de mi casa? —me dice en un tono agresivo.

—Soy Roméo, un amigo de Juliette.

—¿Roméo? ¿El bombero?

—Sí.

—¿Qué hace aquí?

—Busco a Juliette, y está con usted.

—¿Qué quiere de ella?

—Ayudarla.

—¿Y quién le ha dicho que necesita ayuda?

—Mi hermana pequeña.

—¿Cómo?

—No, nada. Ha sido Malou quien me ha enviado aquí.

—¿Malou? ¿La conoce?

—Es la novia de mi bisabuelo.

—Nada menos.

—Juliette me cuidó cuando estaba en coma.

—¿Y eso le da derecho a perseguirla?

—Se trata más bien de un deber. Alexandre me ha dicho que le gustará saber que la busco.

—Si Alexandre lo ha dicho... Se ha quedado allá arriba.

—¿Sola?

—No se puede luchar contra Juliette. Es la personificación de la testarudez.

—¿No corre ningún peligro?

—Sí. Pero así es la vida. En este caso, la suya.

—¿Puede indicarme dónde está?

—Si se empeña... Por cierto, si sube a buscarla, ¿podría bajar la tienda?

—Si la encuentro, sí.

—No tiene pérdida. Solo hay un camino posible, para ir y para volver, se cruzará forzosamente con ella. La tienda está montada junto al lago. ¿Sabrá arreglárselas?

—Seguro que sí, soy bombero.

—¿Y por qué estaba en coma?

—Me caí desde un octavo piso durante una intervención.

—¡Caramba! Juliette debe de admirarle.

—No más que a cualquier otro.

—¡Qué sabrá usted! Tráigala, necesitará una buena ducha y un chocolate caliente.

Babette me invita a continuación a tomar café, acompañado de unas galletas, y saca un mapa de la región para dejármelo, con el itinerario. Parece fácil, en efecto. Dos horas de marcha tranquila para subir. Una hora larga estando bien entrenado.

Yo estoy bien entrenado. Y Juliette está allí arriba, sola e indefensa. Eso me da fuerzas para ir lo más deprisa que pueda.

Me dispongo a despedirme de Babette.

—¿Y qué va a hacer cuando la haya encontrado? —me pregunta antes de que cierre la puerta del coche.

—Lo que ella decida. Es Juliette, ¿no? ¡Testaruda como ella sola!

—Ánimo.

—Eso no me falta.

—Mejor así. Tenga cuidado con los íbices. Si se ponen a resoplar, es que están enfadados. En ese caso siéntese en el suelo y mírese los zapatos. Les espero esta tarde. Llámeme si surge algún problema. Le he apuntado mi número en el mapa.

Querido Tú:

Hay hombres groseros, que piensan que los tienen bien puestos y aplastan con su virilidad malsana a las mujeres demasiado frágiles, y hay hombres elegantes y delicados, que las valoran y las respetan en su fragilidad.

También hay mujeres fatales que lo único verdaderamente fatal que tienen es el vacío intersideral de su corazón y que maltratan a los hombres sensibles, y hay mujeres consideradas a quienes conmueven los hombres que se atreven a mostrar sus defectos.

Ciertas combinaciones en el interior de este pequeño mundo a veces son improbables, mientras que otras tienen lugar con una armonía perfecta, porque todo funciona, todo encaja, incluso los defectos. Los defectos de manera especial.

Con Guillaume, todo funciona.

La primera vez que lo vi, mi hermano estaba hecho papilla, la vuelta al hogar de acogida me acechaba. Él estaba ahí, me sonreía amigablemente para apoyarme mientras miraba a mi hermano, cuyos jirones se mantenían juntos gracias a hilos, vendas y probablemente un poco de Espíritu Santo en spray. Una vocecita interior me decía: «Vete con él».

Sin embargo, me fui con el jefe de bomberos y su mujer infollable, porque así debía ser. Pero en ese momento me dije que un día, más adelante, me iría con él para siempre.

Durante las visitas siguientes, cuando lo veía en el hospital, tenía la misma sonrisa amigable, además de palabras reconfortantes. Otras veces eran unas golosinas, porque «lo dulce sienta bien cuando no te pasa por la garganta ninguna otra cosa». Tenía razón. Creo que empecé a enamorarme de él saboreando sus *macarons* de pistacho y sus *cookies* americanas. Me recordaban lo reconfortante de sus dulces sonrisas.

Después intercambiamos los números de teléfono; después, sms; después, copas; después, anhelos, deseos y palabras tiernas; después, caricias; después, vértigos mucho más vertiginosos que los de los retretes del instituto. Me adentraba con él en la vida, muy despacio, sin acabar de creérmelo de tan improbable que era. Se lo conté todo, yo soy así. Directa al grano, para no ocultar nada. Puestos a irme con él, mejor arrancar partiendo de unas bases sólidas y honestas. Mi madre caso social, mi padre no mucho mejor, los chicos que me tiraba para existir en un mundo que no quería saber nada de mí. Ellos eran los únicos que querían saber de mí.

Guillaume me explicó que lo que nos hacía existir era principalmente el respeto. Y tuvo que empezar explicándome qué era el respeto. ¡¡¡La de cosas que descubrí!!! Fundamentalmente, que estaba equivocada en todo. Eso es un palo tremendo. Pero él era enfermero, podía prodigarme los primeros auxilios. Cosa que ya hacía con mucha delicadeza.

Más adelante me enseñó a corregir las faltas de ortografía en las redacciones y en los trabajos de geografía e historia. Primera etapa.

Luego, a expresarme correctamente, eliminando de mi vocabulario las palabras vulgares y sustituyéndolas por sinónimos. Segunda etapa. Esta fue larga.

Tercera etapa: me hizo escuchar a Charles Trenet y leer libros. Muchos libros. De manera progresiva. Había que empezar poco a poco para que fuese acostumbrándome. Por si tenía un choque anafiláctico.

Consiguí que ya no pudiera vivir sin leer. Clásicos, modernos. Al principio uno al mes, luego uno a la semana, hasta llegar a devorar algunos en una noche. Desde entonces escribo mejor, ¿no? ¿A ti qué te parece?

Y luego me habló de su hermosa profesión. A eso me dedicaré. Así, antes de dormirnos, podremos hablar de goteros, catéteres centrales, úlceras y curas en tres pasos.

¡Ja, ja, ja! ¡Es broma! Tenemos cosas mejores que hacer antes de dormirnos. Pero un día, cuando esté diplomada, antes de que tengamos hijos, colaboraremos con una organización humanitaria. Es mejor que hagamos esas cosas antes de tener niños. Él, sobre esto último, si se le pide su opinión, dice que quiere cuatro. Yo, personalmente, desde que hice las prácticas en maternidad, en tercero, pienso que quizá, llegado el caso, lo intentaría con uno y después pensaría si repito. Porque, incluso siendo joven, no parece que sea todo de color rosa.

De una cosa por lo menos estoy segura. Será un padrazo.

Bueno, y ayer me propuso que nos casáramos. Tiene previsto que la boda se celebre el día que yo cumpla dieciocho años. Riendo, me dijo que recogería el testigo de manos de mi hermano, mi tutor legal hasta que llegue a la mayoría de edad, como en los relevos de cuatrocientos metros de los Juegos Olímpicos. Le contesté que tendría que practicar para no dejarme caer, de lo contrario, quedaría descalificado.

Tengo que darle la noticia a mi hermano. Pondrá mala cara, pero, la verdad, no podría encontrar un partido mejor. Un tipo amable, con buena situación profesional, buen cocinero, atento, el cuñado ideal.

Y está enamorado de mí.

Y me sostiene la puerta.

Ni de un perro

Subo despacio. Más despacio que ayer. Noto como un cansancio acumulado, y esta sensación de vaciarme de mi sustancia. En lo físico y también en el alma. El vacío absoluto. Cuando uno está vacío, no es nada. ¿Qué soy yo? En cualquier caso, una madre, no. ¿O quizá sí? ¿Bastan unas semanas de embarazo para declararse madre? ¿Valida el niño muerto lo establecido previamente? Pienso en el gilipollas del ginecólogo que estaba de guardia la noche que lo expulsé: «Tendrá otro, señora». Estuve a punto de agarrarlo del cuello y escupirle a la cara todo lo que había tenido que hacer para llegar hasta allí, y decirle que quizá ese bebé era el único que me ofrecería la vida. Y que ningún otro sustituiría jamás a ese. Ni de un perro se dicen cosas como esa. Ni de un perro. Habría mordido hasta el hueso la mano de ese tipo que intentaba borrar mi pena con unas palabras como se apartan las migas del mantel después de comer.

Ni de un perro...

Tengo tiempo. Tengo todo el tiempo del mundo. Tengo la vida por delante para subir a ver los íbices. Babette no volverá hasta la tarde. Comeré allí arriba, con los animales.

Me conozco el camino de memoria, solo espero dos cosas: ver de nuevo el Mont Blanc y volver a encontrar la manada de ayer. No, tres. Saber, cuando baje, qué dirección tomar. No es razonable quedarme eternamente allí arriba. ¿O a lo mejor sí?

A lo mejor...

Reflexiono mientras camino. Pienso en las personas a las que he dejado atrás, en Malou, de quien nunca debería haberme alejado. Ella era mi faro, y Laurent me vendó los ojos. En Roméo, que estaba ahí en el momento más crítico de mi vida, igual que yo estuve ahí para él. Tampoco de él debería haberme alejado. Pero ¿qué podía hacer? Tenía la soga al cuello. Pienso en Alexandre, en Babette. Deben de ser eso los verdaderos amigos. Los que siguen ahí aunque te vayas, los que encuentras al volver, una semana, un mes, un año, cinco años después.

Intento no odiarme, no arrepentirme, pero es imposible. Estoy furiosa con la que he sido todos estos años, con la dejadez y la ceguera que dejaron el campo libre a ese tiburón. Me siento como una pobre chica. Buena y tonta a la vez. Tenía a mi alrededor personas extraordinarias y, sin embargo, un malnacido ocupó todo el espacio. Todo el espacio, incluso el mío. Quizá por eso he necesitado recuperar grandes espacios. La inmensidad de las montañas y la del lago. Para estirarme un poco, dar de nuevo elasticidad a mi propia existencia, poner fin al encierro en el interior de mí misma. El Big Bang. Cuidado, no os fieis, voy a salpicaros con toda esta vida que renace en mí.

Respiro.

Respiro casi sosegadamente. El aire de las alturas tiene menos oxígeno. Aunque depende del oxígeno del que hablemos. Aquí me inyecto en vena aire puro y paz. Una perfusión de sol que sale por encima de los picos, un gota a gota de riachuelos que fluyen entre los guijarros, un parche de olor de animales salvajes que el tumulto humano deja tranquilos aquí. Tal vez estoy asilvestrándome. O tal vez me he asilvestrado en los últimos años y por fin voy a recuperar la civilización.

Voy a encontrar los íbices dentro de nada. Ellos me dirán por dónde ir...

El eco que llamaba a Juliette

La subida es empinada, dura, pero rápida. Estoy acostumbrado. Aparte de algunos músculos que me dan tirones, secuelas del accidente, he recuperado la forma física de antes. El kinesioterapeuta del centro de rehabilitación me decía que, con buenas bases de partida, se recuperaban mejor las aptitudes anteriores. Sudé para recuperar mi posición de bombero en activo. El día que, tras una visita médica, me declararon apto para el servicio fue uno de los momentos más bonitos de mi vida. Porque significaba que el pasado había pasado, que no había sufrido en balde, que la claridad volvía a inundar el futuro. Que podía salvar vidas de nuevo. Empezando por la mía.

Así que si no fuese capaz de subir en menos de dos horas...

He pasado por el refugio de los pastos, por el lago de la Case, donde he visto la tienda que tendría que recoger a la vuelta, y estoy a punto de llegar a las Portes d'Oche. Ando tan deprisa que oigo rodar las piedrecitas a mi espalda, por la fuerte pendiente. Estoy sin aliento, pero he llegado, estoy en las Portes, en el circo que me ha descrito Babette, con el lago abajo y, al final, el paso de Pavis.

La reconozco inmediatamente. Es ella, distingo su silueta, minúscula por lo lejos que está, desde luego, pero es la suya. Tiene los brazos levantados. Unos segundos después, la veo tomar impulso y desaparecer en el vacío.

El grito sale de mí sin ningún control posible: «Julieeeeeeeeeeeeeette». El eco lo repite, mientras yo me precipito ya por el sendero abrupto del otro lado del paso:

Julieeeeeette.

Julieeeeeette.

Julieeeeeette.

Julieeette.

Julieette.

Juliette.

No intento siquiera ver el Mont Blanc, solo miro dónde voy a poner el pie en

el paso siguiente para optimizar la carrera y llegar al otro lado lo más rápido posible. Ha saltado. Es demasiado tarde, me he retrasado un cuarto de hora. Me esfuerzo por no llorar para no quedarme sin aliento del todo. Lo intento, pero no lo consigo. Sabía que debía salir antes, dejar a mi hermana pequeña en medio de la noche. ¡Maldita fogata! No me lo perdono, no puedo perdonármelo. Todo esto para esto. El rey de los idiotas no es Alexandre. Estoy a punto de caerme dos o tres veces, y me tiene sin cuidado. Si me caigo, quizá eso me evite verla aplastada al pie del precipicio y decirme que ni siquiera he sido capaz de socorrerla. Que, en mi carrera como salvador de vidas, la más importante es aquella que se me ha escapado.

No me queda aire, me pregunto incluso cómo consigo seguir avanzando, pero al echar un rápido vistazo al camino recorrido me doy cuenta de que estoy casi a la altura del segundo paso, del lugar desde donde he visto saltar a Juliette. Me concentro de nuevo en el suelo para no tropezar.

El sendero se convierte en tierra y hierba, más llano y regular, así que levanto la cabeza para hacerme una idea de dónde me encuentro y entonces la veo. Corre en mi dirección. No haremos el remake de «shabadabada» en versión montaña porque me desplomo, mareado.

—¿Roméo? —dice ella, sorprendida, arrodillándose a mi lado.

—¡Está... viva!

A duras penas consigo articular las palabras, tan falta de aire estoy, tan asustado, hasta tal punto respiro con el corazón.

—Pues sí, estoy viva. ¿Por qué no iba a estarlo?

—La... la... he... visto... saltar...

—Iba a ver los íbices. Al otro lado la pendiente es suave y he saltado desde una roca. Y entonces he oído el grito. Los ha asustado, se han dispersado por la montaña.

—Su... miedo... no es... nada... al lado... del mío.

—Ha venido...

—He pensado... que era... demasiado tarde.

—Tranquílcese, estoy bien.

—¿Está bien? ¿De verdad?

—Estoy mejor que si hubiera saltado por un precipicio. Por lo que respecta a lo demás, me recupero poco a poco. Me alegro de que haya venido. ¿Cómo me ha encontrado?

—Malou. Su carta. Enseguida pensó en Babette y Alexandre.

—¿Los ha visto?

—A Alexandre, ayer. Se me escapó usted por poco. Cuando llegué a casa de Babette, ya se habían ido. He dormido en el coche delante de su casa. Esta mañana me ha indicado el camino para encontrarla.

—Me alegro mucho. ¿Está mejor? ¿Quiere beber un poco de agua?

—Estoy mejor, sí. Bien, incluso. Está viva. Gracias, Juliette. De lo contrario, no me habría repuesto.

—Me alegra oírlo.

Me quedo un momento tendido, con los ojos cerrados. Las convulsiones de mi cuerpo debidas a la falta de aire dejan paso a espasmos de risa. Río. Río de alegría.

La he encontrado.

No ha saltado.

Finalmente me siento a su lado en la hierba. Ella me mira. Parece realmente contenta de verme. Gracias, Vanessa. Ha sido tu patada en el trasero lo que me ha enviado hasta aquí. Permanecemos un rato sin decir nada. Ella mira la montaña, las chovas que atraviesan el cielo, las nubes que pasan, sonrío, saboreando el aire y el cielo. El sol de la mañana le acaricia la mejilla. Acaricia la mía. Qué agradable es este calor.

—¿Vamos a intentar verlos?

—¿A los íbices?

—¿Ha visto alguna vez alguno?

—En la vida real, no.

—Hay una manada de machos impresionante ahí abajo. Espero que no se hayan ido demasiado lejos.

Se levanta y echa a andar en su dirección. Yo sigo sus pasos. Distinguimos cuernos en la cresta, no se han ido muy lejos pese a mi grito, que ha rasgado el espacio como una hoja de papel. La sigo de cerca, no estoy tranquilo, es una situación nueva para mí. Incluso creo que tengo miedo. Los humanos, por agresivos que sean, continúan siendo humanos, nunca llegan a pesar trescientos kilos y a tener un par de cuernos del tamaño de mi brazo. Juliette está sentada en la ladera de la montaña y los contempla. Me siento casi pegado a ella. Un viejo macho está tumbado ahí mismo, a dos metros de nosotros. Rumia con calma mirando el lago. Está tan cerca que casi podríamos tocarlo. Es fantástico verlos a tan poca distancia, en su medio, lejos de todo, de los humanos en especial. Aquí son los hombres los que están de más. Los animales dominan y deciden. No

estoy seguro de que sean ellos los salvajes.

Disfruto. Juliette también parece hacerlo. De vez en cuando me mira, callada. ¡La menor palabra estropearía este instante! Me coge con delicadeza la mano. Creo que desea simplemente compartir este momento conmigo. ¡Yo también!

Al poco unos machos jóvenes se sacuden rápidamente, arrastrando a la manada como en un movimiento de masa y obligando al viejo a levantarse y seguirlos. Nos rodean y suben hacia los peñascos, adonde probablemente nadie irá a buscarlos.

Ahora estoy solo con Juliette. Miramos a lo lejos, en la misma dirección. Al parecer el amor es esto.

Noto la vibración del teléfono en el bolsillo y no tengo ganas de contestar. Ahora no. Es inoportuno, ¿no?

—¿Cómo se siente? —le pregunto.

—Aliviada.

—¿De verdad?

—Sí, creo que sí. Quizá Célestine no estaba hecha para este mundo, para esa pareja coja que formábamos su padre y yo. Debería haberme ido mucho antes.

—¿Y por qué no lo hizo?

—No lo sé. Al principio no me di cuenta de nada, y luego era demasiado tarde.

—Entonces actuó de la mejor manera posible.

—Hice lo que pude, no lo que debería haber hecho.

—No sirve de nada decirse a posteriori que debería haber actuado de otro modo. Alexandre se reprocha haberla dejado alejarse, y yo también, debería haber insistido.

—Fui yo quien los rechazó, a los dos, a los tres, a los cuatro contando a Malou, a todo el mundo, en realidad.

—No fue usted, sino su pareja, ¿no?

—Sí. Supongo que quería aislarme para tenerme solo para él, para debilitarme, hacerme vulnerable.

—Y lo consiguió.

—Sí.

—¿Cómo es que no se dio cuenta?

—Porque supo convencerme, seducirme, arreglárselas para volverse indispensable en mi vida, o al menos para hacérmelo creer. Además, estaba ese niño que tanto deseaba. Creo que no me di cuenta de nada porque ese deseo me

hacía olvidar todo lo demás.

—¿Por qué es tan importante para usted?

—Uno no es nada si no tiene hijos.

—Es uno mismo. Los hijos son nuestra descendencia, no son nosotros.

—¡Sí, pero la descendencia nos constituye! Si yo no tengo hijos, para mí no hay continuidad a escala del universo.

—¿Y tan grave es que no haya continuidad después de usted?

—En tal caso, no habré servido para nada.

—El objetivo no es servir, sino ser, ¿no?

—Yo no soy nada sin hijos.

—¿Quiere que le diga lo que pienso?

—Sí.

—Usted es Juliette, con hijos o sin ellos, usted es Juliette, una mujer formidable que se preocupa por los demás, que sonrío, que nos amenaza cuando flaqueamos, que nos presta apoyo cuando nos damos por vencidos, que está ahí cuando la necesitamos. ¿Eso no es nada?

—No sé, ya no lo sé. Supongo que es algo.

Está tumbada sobre la hierba, con las manos detrás de la cabeza, y mira el cielo. Puede que mire al universo a los ojos para preguntarle si es tan grave imaginar que no habrá continuidad después de ella, si son los hijos quienes constituyen a sus padres o si cada uno, al final, no es más que un elemento independiente formando un todo. Pero si ella forma parte del todo, no es nada. Con o sin hijos.

Y también puede ser perfectamente que no piense en nada mirando el cielo...

—¿Y ahora?

—¿Ahora?

—¿Qué va a hacer?

—Pensaba pedirles su opinión a los íbices.

—¿Le hablan?

—¿A usted no?

—No. ¿Y qué le dicen?

¿Y?

Me dicen: «Vete con él, no te quedes aquí arriba, pero vuelve cuando quieras, en cuanto te haga falta respirar un poco».

Me conmueve profundamente que Roméo haya venido a buscarme. Eso indica claramente que me aprecia. Y me alegro muchísimo de que me haya encontrado. Él asegura que no tiene ningún mérito, que de no ser por Malou no lo habría logrado, pero tiene al menos el mérito de haber ido a ver a Malou. Me ha dicho que ella me quiere de todo corazón y que parece dar mucha importancia al hecho de que lo sepa. Lo sé, pero gusta oírlo de nuevo.

Recuerdo el momento en que lo conocí. Estaba hecho un desastre, con vendas por todas partes, la piel ennegrecida y la moral por los suelos. Sin embargo, le tomé apego, no sé por qué. Tres años después, ha recorrido un buen trozo de Francia, bordeado medio lago y subido una montaña para estar sentado aquí, a mi lado.

Deja pasar un largo rato en silencio después de cada pregunta que me hace. No sé si es porque reflexiona sobre la cuestión o si lo hace para darme tiempo a que encuentre la respuesta. Las dos cosas tal vez. Luego menciona a Laurent.

—Lo vi en el hospital.

—Me reprochó que hubiera perdido al bebé.

—Es verdad que si lo hizo usted expresamente...

—¡Por supuesto que no!

—Entonces ¿cómo puede reprochárselo, Juliette?

—Empezó a criticarme en cuanto vio que dependía lo suficiente dependiente de él para no poder llevarle la contraria.

—¿Y cómo ha reaccionado desde que se marchó usted?

—No soporta que me distancie. Justo ahora me ha dado un ultimátum: si hoy mismo, dentro de una hora exactamente, no he vuelto, tirará todas mis cosas por la ventana. Y sé que lo hará.

Veo que Roméo se saca el teléfono del bolsillo.

—¿Cuál es su dirección?

—¿Qué hace?

—Pedir a mi hermana y a su novio, bueno, usted ya lo conoce, Guillaume, que

vayan a recoger sus cosas.

—Se lo llevarán todos los demonios.

—¿A Guillaume?

—No, no, a Laurent.

—¿Y?

—...

No sé qué contestar. ¿Y? ¿Y? ¡Pues nada, absolutamente nada! Aunque destrozara mis cosas, me tendría sin cuidado. Me ha destruido a mí, no puede hacer nada peor que eso. Mientras que aquí, a dos mil metros de altitud, estoy segura con Roméo y una veintena de guardaespaldas con cornamenta. No puede seguir destruyéndome. He puesto a salvo a Lisette, el resto son cosas materiales.

¿Y?

¡Pues que salgas de mi vida!

Recibo en ese momento un mensaje de Laurent insistiendo en su ultimátum: «Es tu última oportunidad, Juliette. No me has contestado. Dentro de media hora lo tiro todo por la ventana».

—Mire, sigue fatigándome. ¿Le contesto?

—Contéstele «OK».

—¿Simplemente «OK»?

—Sí, «OK». ¿Quiere volver con él?

—No.

—Entonces, contéstele «OK». ¿Qué quiere que replique a eso? Es la mejor respuesta cuando uno ya no sabe qué responder, cuando está deseando romper, pero no encuentra ninguna solución para que las cosas acaben de forma civilizada. Contestas «OK» y te desentendes de todo. A veces sienta bien desentenderse. Ha sido Vanessa quien me lo ha enseñado. En su caso se trataba de menudencias, pero aun así me sentaba bien. Inténtelo, ya verá el alivio que siente.

Escribo «OK» en el teléfono. Dudo un instante antes de pulsar la tecla de «enviar». Pienso en todo lo que eso implica, lo que puede hacer para vengarse. Implica también que renuncie a todo lo que había tratado de construir, pero lo comparo con la libertad que siento en este momento. Envío el mensaje.

«OK.»

Roméo tiene razón. Alivia. Más aún, sienta increíblemente bien. Lo escribo otra vez para estar segura de que lo recibe y también porque la segunda vez sigue sentando bien. Y lo dejo ahí, lo saboreo.

—La quiero, Juliette.

Me lo ha dicho sin previo aviso. Soy idiota, uno no avisa a la persona a la que va a decirle que la quiere, es ridículo. Se lo dice y punto. Como acaba de hacer

él. Pero no me lo esperaba. Supongo que era previsible. ¿Tan obnubilada estoy por mis propias preocupaciones para no haberme esperado algo como esto?

Me salva su teléfono. Lleva un rato vibrando.

—Perdone, tengo que contestar, es mi hermana. Cuando me llama tres veces seguidas es que se trata de algo urgente.

—Claro, no se preocupe.

Basta con decirlo una vez

Joder, ¿se puede saber qué haces? ¿Por qué no contestas? ¡La residencia ha acabado por llamarme a mí! No consiguen ponerse en contacto contigo. ¡Dicen que es urgente y no quieren decirme nada a mí porque soy menor! ¡Los muy imbéciles! Cumpliré dieciocho dentro de menos de un año. ¡Estoy segura de que le ha pasado algo al bisabuelo!

—Ahora los llamo.

—¿Y qué clase de loco es este? Echa las braguitas de tu amiga una tras otra, bajan revoloteando como hojas en otoño... Hay un montón a nuestro alrededor. Lo recogemos todo y nos damos el piro. Este tipo es un tarado.

—Sí, ya lo sé. Gracias por lo que haces.

—¡Porque eres tú, que si no...! De todas formas, sus braguitas no están nada mal. ¿Crees que me dará una o dos por la molestia?

—Creo que es capaz de dártelas todas. Te dejo, voy a llamar a la residencia.

Debe de ser el momento más indecente de mi vida. Le he dicho «te quiero» a una mujer que para mí es más importante que todas las demás juntas, y acto seguido mi hermana me habla por teléfono de las braguitas de esa mujer, antes de que cuelgue porque tengo que llamar a la residencia donde está mi bisabuelo. Pero supongo que es por una razón de peso. No puedo dejarlo para luego.

Me alejo un poco. Así Juliette tiene tiempo de asimilar lo que le he dicho y meditar sobre el asunto. Me ha salido de repente, sin pensar, como el grito de antes cuando creí que la había perdido.

Sin eco esta vez para que oiga bien que la quiero.

Pero basta con decirlo una vez.

¡Córcholis!

Vanessa, con unas braguitas en la mano, se vuelve hacia Guillaume y de improviso, mientras él intenta reunir las hojas de un archivador que el tipo ha tirado sin miramientos por la ventana, le pregunta:

—¿A quién invitaremos a la boda?

—Pues... bueno... ¡córcholis, a las personas a las que queremos!

—¿Córcholis?

—Sí, córcholis.

—¡¡¡Seguro que eres el último ser de la tierra que utiliza esa palabra!!!

—¿Y qué?

—¡Córcholis, pues nada! —contesta Vanessa sonriendo—. Son muy monas estas braguitas, ¿no te parece? —dice, colocándoselas a la altura de la cintura, por encima de los pantalones.

Guillaume se aleja un poco para recoger unos libros que han caído más lejos, no sin señalar a los transeúntes curiosos que seguramente tienen mejores cosas que hacer que mirar la vida privada de su amiga extendida sobre la acera.

—Por mi parte, no hay mucho que pensar: Roméo, mi bisabuelo y mis amigas, Charlotte y Lou-Anne. Ya está. No quiero a nadie más.

—¿Estaré yo?

—¡Por supuesto! ¿Y tú? ¿Qué harás? ¿Invitarás a la familia en pleno, tíos y tías, primos y primas, y todos los que gravitan alrededor?

—Quiero una boda íntima.

—Yo quiero que sea un gran día. ¿Me darás carta blanca para la decoración?

—Te la daré del color que quieras, pero que quede claro que puede ser una boda íntima y a la vez un gran día.

—¡Pero se necesita mucha gente para comer una gran tarta!

—Se puede hacer una gran tarta sin que sea demasiado grande.

—¿La haremos nosotros?

—¡Eso espero!

—¿Y tu familia no te reprochará que no la invites?

—Es mi boda, la nuestra, decidimos nosotros. Se les pasará.

—Sí, bueno, pues eso, ya veremos, ¿vale?

—Ya está todo visto...

—Pero, entonces, ¿seremos muy pocos a la mesa?

—Da igual, no es el número lo que importa. Así las raciones de tarta serán más grandes. Un piso para cada uno, ¿te imaginas qué lujo?

—Y el vestido, ¿qué? Y el sitio. Y tu traje...

—¡Calma, calma! Tenemos tiempo.

—Pero puedes decirme cómo ves las cosas, saber si estamos de acuerdo.

—Yo veo una boda al aire libre: tú llevarías un vestido sencillo, sin floripondios que puedan impedir a mis manos deslizarse por debajo, con una trenza de flores naturales en el pelo y un poco de colorete en las mejillas, nada de carmín demasiado fuerte para que mi boca no salga embadurnada en las fotos, porque ya imaginarás que no seré capaz de evitar besarte... Y unas bailarinas planas, si no serás más alta que yo. O no, mira, puedes ponerte tacones, de todas maneras eres más alta que yo, no más grande en conjunto, pero sí más alta. Y llevarás un bonito ramo, y lo lanzarás hacia los invitados intentando apuntar a Juliette, tal vez eso le dé una oportunidad de casarse dentro del mismo año.

—¿Sabes ya dónde podríamos casarnos?

—No. En un paraje bonito, natural e insólito. Un lugar tranquilo e inmenso a la vez.

—¿En la meseta del Larzac?

—Es una posibilidad. En ese caso, te pondrás encima del vestido un chaleco de lana hervida, y en los pies, unos zuecos de madera. Y en la foto llevaremos un corderito en brazos cada uno.

—¿Crees que podré ponerme un vestido blanco?

—En la meseta del Larzac, no te lo aconsejo, más que nada por las cagadas de oveja.

—Lo del Larzac era broma.

—¡Eso espero! ¿Nos casaremos por la iglesia?

—Supongo que no.

—Entonces puedes ir de blanco para simbolizar la pureza de tu corazón.

Guillaume y Vanessa interrumpen unos instantes su recogida minuciosa para abrazarse y besarse. Una pareja se rompe mientras otra se instala tiernamente en la existencia. La vida también es así.

Al regresar a la realidad de la calle donde recogen las cosas de Juliette, constatan que el hombre ha dejado de arrojar objetos por la ventana. Una vez que han terminado de cargar el coche, cuando se disponen a irse, ven un trozo de papel que revolotea en el aire. Vanessa sale del vehículo y se desplaza de un lado a otro intentando atrapar el papel al vuelo. Es una foto. Una foto rasgada. En ella aparece Juliette, radiante. Se ve un brazo alrededor de sus hombros,

probablemente el de Laurent. Vanessa se la enseña a Guillaume, que sonríe al verla.

—Ser a un buen objetivo para ella. Guárdala como oro en paño.

¡Te lo prometo, vida!

Por su semblante descompuesto cuando regresa hacia mí, después de apartarse para hacer esa llamada importante, comprendo que ha ocurrido algo grave.

—Debemos volver, Juliette, luego se lo explico... Pero debemos volver enseguida.

—Tenemos dos horas andando y cinco en coche...

—Precisamente por eso. Debemos ponernos en marcha ya.

Yo quería quedarme, pero presiento por su mirada que no tengo elección. No entiendo por qué, simplemente sé que debo acompañarlo. Podría haberle propuesto quedarme y que volviera él solo, pero presiento que debemos volver los dos. Me dice que me lo explicará todo cuando estemos en el coche. Propone adelantarse él para desmontar la tienda mientras yo bajo a mi ritmo, y darse una ducha rápida en casa de Babette antes de ponerse al volante. De pronto todo es urgente.

Hagámoslo.

Confío en él.

No ha dicho casi nada.

Odio eso.

Almaceno rápidamente en mis recuerdos los íbices, el lago, a Alexandre y su corazón en la mano, a Babette y su tierna amistad, la inmensidad y la paz que he recuperado aquí, la esperanza también. Me los llevo conmigo. Nadie podrá quitarme esta maleta, tan llena que me ha costado cerrarla.

Yo quería quedarme un poco más. Solo un poco.

Volveré.

¡Te lo prometo, vida!

Antes de partir

Mi dulce Juliette:

No me guardes rencor. Necesito explicarte las razones de esta marcha, porque a lo mejor te parece muy cobarde.

Debo contarte mi vida para que entiendas mi muerte...

Cielo, ¿te acuerdas de la canción que me ponías en el coche? Gérald de Palmas: «Te has ganado un lugar en el paraíso, / y si pasa un ángel, vete con él».

Me voy con él.

Jean es el ángel que ha pasado por mi vida.

No sé ni por dónde empezar...

Tu abuelo Alfred no era en realidad el hombre cuya imagen quería dar en sociedad. Yo estuve enamorada de él, muy enamorada, y luego también sometida, muy sometida. ¿Por qué crees que me consternó la entrada de Laurent en tu vida? Porque veía repetirse la misma historia que había vivido yo. Alfred era el yerno ideal, y en nuestra época, a los yernos ideales no había que dejarlos escapar. Así que mis padres le echaron el guante y me casaron. Él era amable, lo fue las primeras semanas, los primeros meses, mientras me encariñaba con él, mientras me hablaba de su vida, de lo que supuestamente había sufrido. Yo quería satisfacerlo, complacerlo, compensarlo. Además, tenía miedo de que me dejara: se había interesado por mí y yo dudaba terriblemente de que lo mereciera. Malditas inseguridades.

El cambio se produjo de modo imperceptible. Él se presentaba como víctima a la vez que yo era siempre culpable, de la sopa demasiado salada, de vestirme mal, de haber engordado, o adelgazado, o de tener ojeras, o de no ser lo bastante activa en la cama, o lo bastante considerada cuando regresaba de sus viajes diplomáticos. Nada estaba suficientemente bien para satisfacerlo. Nunca. Durante años intenté mejorar para gustarle, hasta que un día comprendí que era una meta imposible. Cuando una se da cuenta, es demasiado tarde, ya no puede irse, es prisionera del miedo. Pensé en escapar, incluso le advertí de que lo haría, pero él me juraba que no lo permitiría, que me amargaría la existencia hasta tal punto que lamentaría mi decisión de por vida. Hacía planear la amenaza de quitarme a los niños. Como diplomático, tenía una gran influencia, relaciones en el ámbito de la justicia. Yo sabía que podía poner en práctica sus amenazas. Así que me pasé toda una vida soportando sus comentarios desagradables, cuando no eran humillaciones, bruscos cambios de humor, exigencias sexuales que no tenían nada que ver con mi placer, que a él le tenía sin cuidado, evidentemente. Me quedé con él y salí de mí misma para no presenciar el espectáculo de mi degradación.

Un día, Pierre entró en mi vida. Por casualidad, discretamente, como una mariposa que se posa a tu lado sin que te hayas dado cuenta de que se acercaba. Yo había ido a Brest para un desfile excepcional de la casa Chanel, no recuerdo con motivo de qué. Él era modisto en esa ciudad. Un profesional modesto que tenía una pequeña tienda en el centro de Brest, donde confeccionaba trajes a medida y bonitos vestidos de novia. Aquel hombre, con su dulce timidez, me respetó desde el primer instante. Pasamos momentos inolvidables hablando de costura, de creación, de materiales, de telas, de técnica y de poesía. Era un poeta, un auténtico poeta. No de los que se lamentan escribiendo *Las*

flores del mal. Era un poeta feliz, que ponía belleza en la vida más corriente. Sus cartas eran de una sencillez, una dulzura y una armonía magníficas. Las he guardado cuidadosamente todas en el desván. Las encontrarás en el pequeño costurero de madera que me regaló el día que cumplí cuarenta años. Me respetaba tanto que nunca hubo nada entre nosotros. Era un amor tan fuerte que no necesitaba pasar por el cuerpo. Él sabía que, si yo corría el menor riesgo, estaba en juego mi seguridad, y como bien sabes en aquella época una mujer no podía hacer el amor sin exponerse a quedar embarazada. Porque él lo sabía todo sobre Alfred, por supuesto. Fue mi confidente, mi calmante, mi consuelo, mi amante invisible y casto. Me decía que era encantadora, que era competente, sensible, delicada, generosa, que era la mujer más guapa que había conocido y que siempre estaría ahí para mí. Cuántas veces deseé hacer la maleta y marcharme de París para reunirme con él en Brest, en su casita, pese a que estaba al pie del puente de los suicidas. Trató con muchas de las almas en pena que vagaban por su jardín, huérfanas, alrededor del cuerpo que les servía de envoltorio y que se había estrellado allí, tras una caída de cuarenta metros. Cuando le preguntaba por qué no se mudaba a otra casa, siempre me decía que tenía la impresión de que su lugar estaba allí, para poner un poco de bálsamo en esas almas antes de que se fueran no se sabe adónde. Era tan bondadoso que me sentía tentada de creerle.

Tomé varias veces el tren en Montparnasse para ir a Brest a verlo. Ahora comprenderás mi debilidad por el parís-brest. Ese pastel era para mí todo un símbolo. Me recordaba los billetes de tren que me proporcionaban la bocanada de oxígeno vital para soportar a Alfred, ante quien degustaba ese dulce pensando en Pierre. Pierre, que siempre me esperaba con un ramo de flores y bombones en el andén de la estación.

Un día nos vimos en Alsacia, también en relación con nuestro trabajo de confección. Y subimos juntos a la catedral. Me dijo cosas que jamás olvidaré. Fue una declaración de amor tan bonita que creí morir por no poder responder a ella. Pero Alfred estrechaba el cerco, había solicitado un puesto fijo en París. Me resultaba difícil contar con unas horas siquiera de libertad. Así que, poco a poco, tuve que dejar de ir a Brest, dejamos incluso de escribirnos, porque mi marido controlaba el correo. Aquello fue un poco como mis puentes de Madison.

Un día recibí una carta de su hermana, que también vivía en Brest y a quien él había abierto su corazón, informándome de que también él se había arrojado desde el puente de los suicidas porque no le encontraba sabor a la vida desde que yo ya no estaba en la suya. Me pasé una semana encerrada en el cuarto de baño sin comer. Quería morirme yo también. Pero estaban los niños. Así que salí de mi refugio para padecer sin rechistar la tiranía de un marido abyecto, yo, que había perdido definitivamente a mi amante virtuoso.

Ahora puedo decirlo, me da igual, ya no me expongo a nada y me sentiré liberada. Cuando Alfred sufrió el infarto, las cosas no sucedieron exactamente como te las hemos contado. Yo estaba allí, lo presencié, le vi buscar aire, empezar a ponerse azul, alargar los brazos hacia mí dirigiéndome una mirada implorante. Podría haber llamado a urgencias de inmediato, hacerle un masaje cardíaco, y es probable que aún estuviera aquí. Pero me detuve a reflexionar. Salvarlo suponía certificar mi perdición. Cuanto más lo pensaba, más me decía que su muerte me salvaría. Lo miré asfixiarse y, cuando estuve totalmente segura de que ya era imposible que saliera de aquella, llamé a urgencias. No me avergüenza haberlo hecho, fue en legítima defensa. Se había pasado la vida amenazándome. Si debía avergonzarme, era más bien por no haber tenido el valor para irme, por haber aceptado cobardemente aquella vida. Por haber sido ese modelo para mis hijos, para mi hija, que probablemente te transmitió el mismo esquema. Ella no reaccionó a lo que te hacía Laurent porque le parecía normal.

Posteriormente, trabajé mucho con una persona que me ayudó a reflexionar sobre mi vida, sobre lo que había pasado, sobre lo que debería haber hecho para no quedar atrapada en ese engranaje. Una sola palabra reaparecía sin cesar: respeto. Ella me decía que, en todas las decisiones de la vida, debíamos actuar respetándonos a nosotros mismos y que, cuando ese respeto se hallaba en peligro, era preciso hacer lo imposible para salvaguardarlo.

Cuántas mujeres viven actualmente sin respetarse, aceptando ser desvalorizadas por su cónyuge, o por su jefe, en la vida cotidiana, en casa, en el trabajo. Cuántas intentan hacer las cosas mejor, y

mejor aún, para complacer a ese marido que un día las sedujo, pero olvidan que un día no significa siempre y que lo que él considera un derecho adquirido sería cuestionado por completo solo con que ellas exigieran respeto. Pero ellas temen ser abandonadas, estar solas, porque para muchas la soledad es insoportable. La soledad es el vacío, es la muerte. Cuántas se dejan hacer pasivamente en la cama porque creen que el deber conyugal es una obligación cuando el señor necesita aliviarse, aunque ellas no tengan ganas porque el señor les habla mal o no les dice que cuentan mucho para él. Se abren de piernas para evitar el conflicto. Piensan que es lo mejor que pueden hacer, pero están lejos, muy lejos de respetarse a sí mismas.

También hay hombres que viven este tipo de vejaciones. Muchos menos, porque la naturaleza humana está hecha de manera que casi siempre es el macho quien domina a la hembra, y las excepciones no hacen sino confirmar la regla, pero las hay, y son igualmente lamentables. En el caso de ellos, son menos los que se dejan hacer pasivamente. Algo es algo.

Intenté abrirte los ojos, pero era imposible. No podías oír. Estabas atrapada en el interior de la tormenta. Podemos tender la mano para ayudar al otro a salir de ahí cuando él lo ha decidido, pero no podemos obligarlo a decidirse, sobre todo cuando los vientos soplan demasiado fuerte. Me dolió mucho ver que te deslizabas hacia el precipicio y no poder retenerte. Luego llegó Célestine. La lucha por tenerla, el accidente por cuya causa la perdiste. Y tu marcha. Me sentía a la vez triste y aliviada. Triste por el hecho de que esa niña se hubiera ido al limbo, aliviada por el hecho de que tú te hubieras marchado. Nada sucede por casualidad, y espero que algún día le encuentres sentido a todo esto. Aunque sé que es muy difícil.

Y luego vino Roméo con esa carta, esas preguntas, ese firme deseo de encontrarte. Tomé conciencia en ese momento de que él era el ángel de tu canción... Sus sentimientos por ti eran sinceros. Me quedaba tranquila. Sabía que podía marcharme, te dejaba en lugar seguro, porque en su mirada había mucha determinación. No volvería a soltarte la mano.

Jean y yo habíamos tomado la decisión de irnos hacía poco, simplemente necesitaba estar segura de que podía dejarte, saber que estabas fuera de peligro y en paz.

Jean me ha permitido saborear lo que no pude vivir con Pierre, pues uno y otro éramos libres, tanto dentro de nuestra pareja como en relación con la sociedad. A nuestra edad, ¿quién podía prohibirnos nada? Esa libertad quizá no ha hecho sino acentuar la dicha de habernos conocido. Pero Jean tiene leucemia y está cada día más débil. Se niega a seguir un tratamiento, a someterse a quimioterapia y estar ingresado en un hospital. Quiere que, a su edad, lo dejen tranquilo, vivir menos tiempo tal vez, pero más intensamente. También quiere decidir el momento de poner fin a su vida antes de no poder mitigar él mismo los dolores, ya que sabe que nadie lo hará por él.

Y yo no quiero quedarme sin él. Es mi primavera, no tengo fuerzas para afrontar el invierno. Afrontar sola la vejez, deteriorarme progresivamente para acabar siendo una de esas mujeres que están ya idas, que se vuelven hacia el interior como un calcetín, como para volver a ser un amasijo de células originales. El proceso empieza por la boca, en la que la dentadura ya no cabe, por los labios, que se hundén, sigue por la espalda, que se curva cada vez más, y las extremidades, que se encogen hasta adoptar la posición fetal, y así sucesivamente para acabar regresando al lugar de donde venimos. La piel cae sobre los huesos como una sábana secándose en una cuerda de tender. Y la dignidad decae a la vez que los cinco sentidos. No, de ninguna manera, no puedo.

Esta noche nos iremos llevándonos nuestra dignidad, porque para los dos es fundamental y así nadie podrá privarnos de ella. Sé que lo comprenderás, porque sabes que es lo mejor para mí. Si me echas de menos, envíame un arcoíris de amor, como has aprendido a hacer. Envíalos dobles, Célestine y yo no estaremos lejos la una de la otra y los recibiremos al mismo tiempo.

Ya siento y saboreo este nuevo comienzo para ti. Roméo es un chico encantador. Ahí está tu ángel, vete con él, te lo ruego. Aunque no sea una evidencia inmediata. Aunque te parezca demasiado pronto y preferirías mantenerte alejada de los hombres. Acéptalo, despacio, progresivamente, y aprenderás a amarlo. Te sentiste muy unida a él al principio, eso quiere decir que es un terreno fértil.

Tengo que pedirte una cosa. Reparar en mi nombre una falta. Se trata de algo que deseaba profundamente hacer y nunca he podido. Si tú puedes, si quieres, me gustaría mucho que fueras a Brest, al puente de los suicidas, y echaras desde allí una bolsa de pétalos de rosa, símbolo de todas las almas que Pierre recogió, y una rosa blanca, entera, para él. En el andén de la estación, siempre me regalaba rosas blancas porque sabía cuánto me gustaban.

Tengo que pedirte otra cosa, y sé que Jean, por su lado, va a pedírsela a Roméo y a Vanessa: nos gustaría que nos incinerasen juntos y desaparecer después con el viento en un lugar que vosotros elijáis de común acuerdo.

Jean me espera, todo está a punto. Como suele decirse: atrás el miedo. A no ser que uno de nosotros sobreviva. Pero lo hemos calculado todo para que no sea posible.

No te abandono, mi dulce Juliette, yo solo pasaba por la tierra, eso es lo que hacemos todos, y conviene ser consciente de ello para no perder la humedad. No te abandono porque te llevo en mi alma y en mi corazón, pues te quiero como raramente somos capaces de querer.

Estoy segura de una cosa: aprendemos a vivir durante toda la vida. Creo que incluso muriendo seguimos aprendiendo a vivir.

Prométeme que siempre te respetarás y harás que te respeten, vivirás cosas hermosas y evitarás las que no son buenas para ti. Pídele a Roméo que te proteja, él sabrá hacerlo, lo necesitas. Pero protégelo tú también a él. No hay personas sensibles que no necesiten un escudo.

Dale un beso a Vanessa y cuídala también a ella. He aprendido a conocerla y la metamorfosis de la frágil oruguita es espectacular. Esa chiquilla solo necesitaba que un hombre que no fuera su hermano la quisiese de verdad. Todos necesitamos sentirnos amados de verdad, que nos reconozcan con nuestras cualidades y a pesar de nuestros defectos. Así podemos desarrollarnos plenamente sin temor y sin ser juzgados.

Todos tenéis muchas cosas que vivir. Las viviremos con vosotros, desde lejos, pero juntos.

Te quiero,

MALOU

En el agua y en el viento

Cuando Roméo me dijo en el coche que debíamos regresar los dos porque Malou también había muerto, no entendí cómo era posible tal cosa. ¿Podía, pues, exigir el amor que la muerte se llevara a la pareja para evitarle la separación? Fue entonces cuando me explicó que Malou y Jean habían sido más fuertes que la muerte, ya que eran ellos los que habían tomado la decisión.

Hablamos muy poco en el camino de vuelta. Roméo llevaba varios CD de Jacques Brel en el coche y los escuchamos todos como mínimo dos veces. Yo me concentraba en las letras, las magníficas letras que hablan tan bien de la vida, la muerte y el amor. Las grandes cuestiones, después de todo. Esas a cuyo alrededor giran todos los problemas del mundo. No lloré, no quería llorar antes de entender lo que había pasado. Solo sabía que en la residencia me esperaba una carta. Y además, acababa de disolver mi pena en la inmensidad del agua y de las montañas, llevaba ventaja a la tristeza.

Cuando llegamos, por la noche, la directora nos explicó que los habían encontrado abrazados en la cama de Jean, tapados hasta más arriba de la frente por el grueso edredón de plumas de Malou. Al levantarlo, habían descubierto una ligera sonrisa en los labios de ambos. En la mesilla de noche había un vaso de agua prácticamente vacío y unos cuantos somníferos. Probablemente ya habían tomado suficientes. El edredón era una precaución suplementaria, por si acaso. La enfermera que los encontró nos dijo después que, una vez superada la conmoción de haberlos descubierto así, le habían parecido de una gran belleza. Iban ligeros de ropa. Jean, con una camiseta y unos pantalones de algodón, y Malou, con un camisón blanco de lino bordado. Estaban de cara uno a otro. Jean había pasado las piernas por encima de las de Malou, y ella, rodeando con los brazos a Jean, había posado una mano sobre su mejilla. Él estaba recién afeitado, ella iba muy bien peinada y maquillada, y olían bien. Y además, aquella sonrisa. Con los ojos cerrados, pero sonriendo.

Se querían con locura. Habían elegido. Habían tenido una muerte hermosa.

No nos quedamos mucho tiempo, habían trasladado los cuerpos al tanatorio, adonde no podíamos ir hasta el día siguiente.

Yo no sabía dónde iba a dormir. Pero Roméo no tuvo ninguna duda. Aparcó

delante de su casa y subió mis cosas. Vanessa lloraba entre los brazos de Guillaume, en el sofá del salón. Aparte de Roméo, su bisabuelo era el último resto de familia que le quedaba. Ya solo eran dos. Le costaba encajar el golpe. Guillaume hacía de airbag como podía, acariciándole el pelo.

Roméo me condujo al dormitorio de Vanessa y se sentó a mi lado, en silencio, mientras yo leía la carta de Malou. Unos minutos después de que hubiera vuelto a doblarla, me miró y me dijo que podía instalarme algún tiempo en su habitación, que él dormiría en el salón. Después de todo, mis cosas ya estaban allí, recuperadas de la calle, un poco revueltas, pero allí.

Seis meses más tarde, continuó viviendo en su casa. Roméo ha vuelto a ocupar su habitación sin que yo la haya abandonado. Llegar a esto ha llevado su tiempo, para él y para mí.

Él es de los que te cogen de la mano después de la décima cita, y aun así, temblando.

Yo necesitaba dar tiempo a la semillita para que creciera en el terreno fértil del que hablaba Malou. Habían pasado muchas cosas desde el día que había llegado a reanimación.

No es tanto el corte lo que hace daño, sino el proceso de cicatrización. Y cuanto más profunda es la herida, más tarda en curarse. Sin embargo, al final siempre acaba por cerrarse. Siempre. ¿Por qué no iba a suceder lo mismo con el corazón?

Me di tiempo para conocerlo mejor, reír en su compañía, llorar también, apasionarme por su trabajo.

A Roméo he aprendido a quererlo. He posado día tras día, instante tras instante, una mirada benévola sobre lo que era, alegrándome de sus cualidades, haciendo caso omiso de sus defectos, compartiendo, reflexionando con él, sin temer exponer mis puntos de vista. No siempre resultó fácil, teníamos muchas diferencias, pero acabé por encontrar su longitud de onda y me conecté a ella para permanecer en sintonía.

Me reincorporé al trabajo. Solicité un puesto en reanimación, con Guillaume, para disfrutar de él más a menudo. Después de todo, mi sitio estaba ahí. Me gusta coger la mano a los pacientes para evitar tener que atarlos.

Roméo y yo fuimos unos días a Brest para cumplir el deseo de Malou. Antes

de salir, encargamos en una floristería de la ciudad una bolsa de pétalos y una rosa blanca, tal como ella quería. Ese día llovía. Brest. Una lluvia ligera, que no perturbó el lento y revoloteante descenso de los pétalos hasta abajo del todo. Siguió la rosa, para Pierre. Había llevado otra para Malou, porque ella estaba un poco allí, con nosotros, además de una margarita para Célestine. Después me agarré a la reja de protección del puente para sostenerme en pie mientras me decía « acepta los hechos », puesto que, de todas formas, no podía cambiarlos. Me hizo falta mucha energía para no tambalearme, pero resistí, porque sabía que todos ellos estaban bien, y estaban juntos, me atrevía a imaginarlo.

Roméo puso las manos sobre mis hombros, me hizo volverme hacia él y me besó por primera vez. En el puente de los suicidas de Brest. Algunos dirán que hay sitios más románticos que ese para un primer beso. Desde luego. Pero en ese gesto había también un bonito símbolo. Abajo, la muerte; arriba, la vida.

Antes de volver a casa, fuimos a la Alta Saboya. Alexandre nos llevó al centro del lago. Soplaban un fuerte viento, y lo necesitábamos así de fuerte para que se llevase parte de las cenizas de la urna que yo sujetaba en horizontal sobre el agua. Al día siguiente, entre los íbices, en el paso de Pavis, donde también sopla el viento, esparcimos la otra mitad de las cenizas. Fue un momento intenso: sé que Malou y Jean ahora forman parte de la inmensidad.

He pensado a menudo en Alexandre. Nuestro reencuentro, justo después de la marcha de Célestine, firmó el renacimiento, inmediatamente seguido de su final, de ese amor increíble que había sentido por él desde siempre y sobre el que había extendido un velo. Conseguí dejar atrás la amargura de la no-elección de mis veinte años. Somos la suma de nuestras elecciones, pero también de nuestras no-elecciones. Es preciso asumir, y lamentarse no cambia el pasado. En cambio, enturbia el presente. Alexandre sigue estando aquí, junto a mí, como una lucecita que ilumina mi vida. Pero de otro modo. Si bien no es posible volver atrás, sí lo es al menos contemporizar con el presente para que lo que siga sea mejor. Hemos encontrado cada uno nuestro lugar respecto al otro. Es el mejor amigo que cabe imaginar.

He hablado con Guillaume de cuando conoció a aquella chiquilla descarriada, que parecía una oveja herida entre los lobos y enseñaba los dientes para que no la devorasen. Me ha dicho que nunca ha intentado entender los acontecimientos. Los ha vivido. Me ha recordado, con motivos más que sobrados, el efecto que causó Alexandre en mí cuando yo era adolescente. Era lo mismo. No hay edad para sentir esa emoción: la evidencia. Esa misma que muy pronto uniré en

matrimonio a Guillaume y a Vanessa. El vestido de novia lo encontramos entre las cosas de Malou. Lo había previsto todo. Incluido un patrón que permite ajustar la cintura por unas costuras precisas. Un vestido de una sencillez y una elegancia perfectas, a imagen y semejanza de su creadora. Así ese día Malou estará un poco con nosotros.

Con Roméo, si bien la evidencia no fue inmediata, ahora guía mi vida. También tenemos derecho a elegir y construir evidencias cuando intuimos que se adaptan especialmente a nuestra felicidad.

He recuperado una forma de equilibrio, aunque el combate contra Laurent ha sido duro. Él no se saltó sus normas de conducta y creo que, si no hubiera contado con el apoyo de Roméo y Guillaume para hacer frente a sus agresiones permanentes, sus tentativas de desestabilizarme, sus palabras frías y violentas, me habría vuelto loca. Y además, el fornido Roméo entró un día en la sucursal bancaria de Laurent, fue directo a su despacho, se plantó delante de él en plena reunión y le dijo que, si volvía a intentar acercarse a mí, le partiría la cara aunque se expusiera a que lo condenaran. Debió de resultar muy convincente. No he vuelto a tener noticias de él.

Me separé de ese hombre dejándolo todo atrás, algunos muebles y, sobre todo, mis ahorros, pero me fui ligera, sin nada delante, pero ligera. Había podido salvar a Lisette, lo principal, mis álbumes de fotos y algunas prendas de vestir que me gustaban. Las braguitas de encaje se las regalé a Vanessa. Ella me abrazó como una chiquilla, la chiquilla feliz que era.

He pensado a menudo en esos años, tratando de comprender lo que pudo pasar para que cayera en aquel engranaje malsano. Me he dado cuenta de que lo único que realmente me había faltado era ese discernimiento que uno necesita para saber si se respeta. Malou tenía razón en lo que decía en su carta. Dejando que ese hombre me despreciara, me maltratara primero psíquicamente y luego también físicamente, lo que hice fue no respetarme.

Actualmente, compruebo día a día si estoy suficientemente alerta y avanzo exigiendo a la vida que preserve mi capacidad de juicio. En todas partes y en todo momento.

Evoluciono en ese estado mental aceptando la idea, en ocasiones difícil y sin embargo indudable, de que gran parte de nuestra existencia no nos pertenece. Los encuentros, los amores, las ocasiones, las despedidas temporales o definitivas, las pequeñas alegrías y las grandes penas, las pequeñas penas y las grandes alegrías. Cada uno participa en ellos a su nivel, pero al final es el destino

el que decide. Como decía Malou.

El destino.

Con frecuencia por buenas razones.

Con todo, decidimos influir un poco en ese destino para que se encaminara hacia otras experiencias. Roméo se había enamorado de la Alta Saboya cuando vino a buscarme y convenció a Vanessa y a Guillaume de que se instalaran allí con nosotros. Por mi parte, no hicieron falta argumentos, ya había dicho que sí antes incluso de que se le ocurriera. Vanessa se presentó al examen de ingreso en la escuela de enfermería de Thonon-les-Bains y no tuvo ninguna dificultad para aprobarlo. Había trabajado muchísimo en el instituto y había madurado. Guillaume y yo solicitamos el traslado. Para los enfermeros, es bastante fácil. Para los bomberos, también. No obstante, fueron necesarios unos meses de gestiones para lograrlo. Para empezar, hemos optado por alquilar un piso grande, con una habitación para cada uno, conservando la libertad de rescindir el contrato si uno de nosotros quiere volar con sus propias alas. Hemos decidido también organizar la boda de Guillaume y Vanessa a orillas del lago, en un pequeño restaurante cerca de Anthy. Les Cygnes, en el puerto de Sechex. La complicidad de Alexandre nos permitirá adentrarnos en el lago a medianoche con unas botellas de champán y mucha, mucha alegría para acompañar ese momento.

No tengo hijos, pero no estoy sola. Ya no estoy sola. En primer lugar, porque me he reencontrado. Después porque me siento rodeada. He preguntado al universo y me ha confirmado que soy una persona completa, aunque no tenga hijos.

Estoy completa y soy feliz.

Querido Tú:

Mañana me caso y dejo con un palmo de narices a la vida. Saboreo la revancha. Está todo organizado para nuestro comité, más que reducido. Solo faltará Christian. No podrá venir. ¡Ha encontrado a su media naranja! Después de mis acertados consejos de hace tres años y ante el hermetismo de su mujer, se registró en una web de contactos. Empezó a buscar y no tuvo que esperar mucho. Encontró a una martiniquesa de unos cincuenta años, dulce y tan cálida como su isla, a la que se ha ido dejándolo todo tras de sí. Menos mal que me hizo caso.

El puñado de personas que estarán forman parte del clan. Un clan reducidísimo, pero un auténtico clan, como en *La edad de hielo*. ¡¡Yo quiero ser Sid!!! No, yo soy más bien la mamut que cree que es una zarigüeya. La mujer que cree ser un hombre. Dicho esto, con Guillaume he vuelto a ser una mujer. Una mujer a la que le sostienen la puerta. Conservando, aun así, algunos automatismos. Comportarse como un hombre a veces es útil para defenderse de los tiburones.

Creo que voy a dejar de escribirte. Voy a empezar a estudiar en la escuela de enfermería y no tendré mucho tiempo. Y además, ahora a quien se lo cuento todo es a Guillaume.

Pero me gustaría que te acordaras de las dos palabras importantes que han cambiado mi vida para siempre, por si se me olvidan y quiero recordarlas...

Evidencia n. f. – Carácter de lo que se impone en la mente con tal fuerza que no hay necesidad de ninguna otra prueba para saber que es verdadero, real.

Respeto n. m. – Sentimiento que lleva a conceder a alguien una consideración admirativa, en razón del valor que se le reconoce, y a comportarse con él de forma discreta y moderada.

Esas dos palabras han cambiado mi vida para siempre, porque ahora avanzo teniéndolas permanentemente en el punto de mira. Eso traza el camino, un camino juicioso que permite saber adónde vas, cómo y por qué.

Yo sé adónde voy.

Y voy con él.

La buena vida, ¡ya!
En fin... me he deshecho de los restos.

NICOLE FERSCHNEIDER

Para acabar, me gustaría decirles...

A todos los «Laurent» cordiales de mi entorno y de fuera de él, que me perdonen. Era imprescindible elegir un nombre. He conocido también a «Laurent» tiburones... Actualmente, solo recuerdo a los buenos.

A Régis, mi amable banquero, cuya humanidad aprecio y que no se parece en nada al personaje de esta historia, que me perdone también. Era imprescindible elegir una profesión. (Este comentario es sincero y no persigue conseguir un interés más favorable en una próxima negociación. Una vez aclarado esto, ¡lo uno no quita lo otro!)

Gracias a todo el equipo de Albin Michel por su apoyo y su amabilidad, y en particular a Pierre, por creer en mí.

Gracias a mis numerosos lectores, sin los cuales no estaría aquí...

Gracias a Laeti, Corinne y Joël por el ambiente «reanimatorio» y la experiencia de los cuerpos fracturados.

Gracias a los adolescentes y sus mamás, que me han iluminado sobre lo que ignoraba de sus relaciones.

Gracias a Hervé, el jefe de bomberos, por sus precisiones técnicas y su indefectible ayuda.

Gracias a Ariane Seccia por haber cambiado mi vida para darle más sosiego y serenidad, así como por haberme transmitido las herramientas que me permitan hacerlo yo con las personas que conozca.

Gracias a mis grandes relectores, siempre dispuestos a releerme y guiarme, así como a todas las personas que han participado de cerca o de lejos en la elaboración de esta novela y a las que no he citado personalmente.

Gracias a Jean-Louis, el hombre que susurraba a los íbices, que hace preciosas fotos de esa montaña que me descubrió (fue un momento mágico), fotos que encontrarán en su sitio web: <https://www.facebook.com/photosjle>.

Gracias a Guillaume, el pescador con un corazón de oro, por haberme hecho descubrir el lago, la barca, la pesca y esa humanidad de la que hablo en el libro (otro momento mágico). Guillaume hace también unas fotos magníficas que pueden verse aquí: <https://www.facebook.com/LaFermeduPecheur>.

¡¡¡Y vende un pescado buenísimo en Anthy-sur-Léman!!!

Gracias a todas las mujeres que sufren o han sufrido por haberse atrevido a

levantar el velo y haberme enseñado, ellas también, lo que a veces es la vida. A Marie y Régine en particular.

Gracias a Emmanuel por ser mi Roméo y haber conseguido volver a subir la escalera después de nuestra caída vertiginosa.

Gracias a Nathanaël, que no pasó por nuestra vida por casualidad, y hacia el que envió un intenso arcoíris de amor por encima del horizonte, hacia el infinito y más allá.

Gracias, por último, a todas aquellas y todos aquellos que den un paso más hacia el respeto a sí mismos después de haber leído este libro, y recordando esta cancioncilla en mi opinión importantísima:

*Hago todo lo posible,
respetándome a mí mismo,
con las cartas del instante,
el resto pertenece a la vida.*

«Una novela luminosa sobre el amor y la esperanza»



La emotiva historia de una enfermera entregada a los demás. Con una prosa delicada, Agnès Ledig nos sumerge en un mar de emociones junto a unos personajes que se tienden la mano cuando la vida hiere y aprenden juntos a mirar hacia delante. Una novela inspiradora que brilla por su autenticidad y vitalidad.

Atenta y cariñosa, Juliette se entrega en cuerpo y alma a los demás, pero a veces se olvida de sí misma. Esta enorme vocación hace que los pacientes del hospital la consideren mucho más que una enfermera. Y así se entrega también a Roméo, un joven bombero que acaba de ser ingresado tras entrar en coma al precipitarse de un piso en llamas cuando salvaba a un niño. Con suma ternura, Juliette lo acompaña durante todo ese tiempo en que él bucea en la oscuridad.

Cuidar de los demás permite a la enfermera abstraerse de sus propios problemas, de su batalla interior. Juliette ansía ser madre, un deseo que la naturaleza le niega y que empieza a convertirse en una obsesión. Además, en casa, su pareja no la entiende e incluso la menosprecia y la humilla. Los momentos junto a Roméo, que lucha por sobrevivir y recuperarse, le insuflan vida y se convierten en un soplo de esperanza que conlleva toda una lección: para ser feliz, lo importante es mirar hacia dónde vamos y no de dónde venimos.

Con un talento innato, Agnès Ledig mezcla episodios dramáticos con grandes lecciones de vitalidad y solidaridad siempre con una narrativa fresca y ágil. Una novela esplendorosa que te envuelve en un cálido abrazo

«Agnès Ledig es una optimista incorregible. Su nueva novela es un himno a la vida. ¡Magnífica!»

Femme actuelle

«Con una narración directa y próxima, la autora arropa a sus personajes con una esperanza y una felicidad todavía posibles»

Revista Télérama

«Un canto a la vida. Una historia tonificante que mejora el ánimo»

L’Infirmière libérale Magazine

«Leer a Ledig es vibrar, vivir, amar, crecer, avanzar»

Blog Les chroniques de Koryfée

AGNÈS LEDIG es comadrona en Alsacia. Comenzó a escribir como terapia personal al enfermar su hijo de leucemia. En 2011 publicó su primera novela, que fue seleccionada para el premio de la revista *Femme actuelle*. Con *Justo antes de la felicidad* (Grijalbo, 2015), Ledig fue laureada con el premio de los libreros Maison de la Presse 2013 y obtuvo una excelente acogida por parte de la crítica y de los lectores franceses. Con su nueva novela, *Lo único que importa*, volvió a figurar durante semanas en las listas de best sellers del país galo. Su obra ha sido traducida en quince países y ha llegado a vender más de 800.000 ejemplares de sus novelas, convirtiéndose en un referente de la literatura francesa actual.

Título original: *Pars avec lui*

Edición en formato digital: febrero de 2018

© 2014, Éditions Albin Michel
© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2018, Teresa Clavel Lledó, por la traducción

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial
Imagen de portada: © Corbis

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 9788425356100

Composición digital: Newcomlab S.L.L.

www.megustaleer.com

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

Notas

[1] La sigla está formada por la inicial de las palabras francesas: *formes*, *ombres*, *mouvements*, *éclairages*, *couleurs*, *chaleur*, *bruits*, *odeurs*, *traces* (formas, sombras, movimientos, brillos, colores, calor, ruidos, olores, rastros). Vanessa hace un juego de palabras con FOMECC y *faux mec* (falso hombre), que se pronuncian igual. (*N. de la T.*)

Índice

[Lo único que importa](#)

[Lo único que importa](#)

- [1. Después, la oscuridad](#)
- [2. ¿Quién es Josiane?](#)
- [3. Una bruma suave](#)
- [4. La ecuación del deseo](#)
- [5. Una conciencia sin conciencia](#)
- [6. Entre *macaron* y *macaron*](#)
- [7. La oscuridad-refugio](#)
- [8. Con la yema del dedo](#)
- [9. Un pequeño faro](#)
- [10. Su hermana pequeña](#)
- [11. Una insolente fragilidad](#)
- [12. Irreconocible](#)
- [13. Impotencia absoluta](#)
- [14. Costurera en Chanel](#)
- [15. Al aire libre](#)
- [16. Algo es algo](#)
- [17. Por una cerveza](#)
- [18. ¡Ya vale!](#)
- [19. Víctima](#)
- [20. Una vida ordenada](#)
- [21. Una tarta de manzana](#)
- [22. Verla marcharse](#)
- [23. ¡Vacía!](#)
- [24. Echar de menos](#)
- [25. Malou y la desdicha de la gente](#)
- [26. *Free hug*](#)
- [27. Fin del plazo](#)
- [28. Una carga para nadie](#)
- [29. Bisabuelo-sorpresa](#)

- [30. Fuera del matrimonio](#)
- [31. La astucia de los psicólogos](#)
- [32. En lo alto de la catedral](#)
- [33. La luz se apaga](#)
- [34. El ángel Guillaume](#)
- [35. La vacuidad de un casillero](#)
- [36. ¿Decírselo?](#)
- [37. Vergüenza](#)
- [38. Soltar la barra](#)
- [39. Sola en casa](#)
- [40. Sonreír como un idiota](#)
- [41. Ejecutar](#)
- [42. Hecho trizas](#)
- [43. El multimillonario ruso](#)
- [44. El perro de Pavlov](#)
- [45. La próxima vida](#)
- [46. Algunos síntomas incipientes](#)

[Tres años más tarde](#)

- [47. Demasiada lluvia](#)
- [48. Una embarazada en el accidente](#)
- [49. Lo único que importa](#)
- [50. El nombre de una víctima](#)
- [51. Arcoíris de amor](#)
- [52. Volver a verla](#)
- [53. Lo único que importa](#)
- [54. La carta](#)
- [55. Irse](#)
- [56. Digno de una abuela](#)
- [57. La barca de Alexandre](#)
- [58. El plumífero](#)
- [59. Apartarse de la inhumanidad](#)
- [60. Tocado y hundido](#)
- [61. Cuando el sol sale dos veces](#)
- [62. No perderse](#)
- [63. Sirenita](#)
- [64. El puntito rojo](#)
- [65. Babette en estado puro](#)
- [66. Le sonreía al tiburón](#)
- [67. El agua helada de la montaña](#)

- [68. Esperarla](#)
- [69. Ahí están](#)
- [70. Salvar nada menos que la vida](#)
- [71. Los dientes de la madre](#)
- [72. La llaman testaruda](#)
- [73. Ni de un perro](#)
- [74. El eco que llamaba a Juliette](#)
- [75. ¿Y?](#)
- [76. Basta con decirlo una vez](#)
- [77. ¡Córcholis!](#)
- [78. ¡Te lo prometo, vida!](#)
- [79. Antes de partir](#)
- [80. En el agua y en el viento](#)

[Agradecimientos](#)

[Sobre este libro](#)

[Sobre Agnès Ledig](#)

[Créditos](#)

[Notas](#)